

HISTORIAS DE LA BIBLIA PARA NIÑOS

1

La Vida de JESUS



HISTORIAS PADRE DE AMOR

MARLISE SCHNEIDER

La Vida de Jesús

Autor: Marlise Schneider

Traducción al Español: Carlos Hernández

Diseño y Portada: Leandro Pena



Maranathamedia.net (Maranathamedianet@gmail.com)

Febrero 2024



+54 9 3731 54-8007

denardopuro@gmail.com

“DIOS AMA AL DADOR ALEGRE”

Impreso en Argentina Por NARDO PURO (denardopuro@gmail.com)

HISTORIAS DE LA BIBLIA PARA NIÑOS

1

La Vida de
JESUS
HISTORIAS PADRE DE AMOR

MARLISE SCHNEIDER

Índice

ÍNDICE	4
INTRODUCCIÓN	8
1. UN BEBÉ LLAMADO JUAN	11
2. MARÍA CREE EN LAS PALABRAS DE DIOS	14
3. EL NACIMIENTO DE JESÚS	17
4. LA DEDICACIÓN DE JESÚS	20
5. LOS REYES MAGOS	22
6. EL NIÑO JESÚS	26
7. EL JOVEN JESÚS EN JERUSALÉN	29
8. JUAN EN EL DESIERTO	33
9. EL BAUTISMO DE JESÚS	36
10. TENTADO EN EL DESIERTO	38
11. LOS DOCE DISCÍPULOS	41
12. EL SERMÓN DEL MONTE	44
13. EL AGUA SE CONVIERTE EN VINO	48
14. LA PURIFICACIÓN DEL TEMPLO	50
15. NICODEMO	53
16. LA MUJER SAMARITANA	56
17. JESÚS SANA AL HIJO DEL NOBLE	59
18. JUAN EL DESINTERESADO	61
19. LA MUERTE DE JUAN	64
20. LA PESCA MILAGROSA	67
21. LA CURACIÓN EN EL ESTANQUE	69

22. JESÚS RECHAZADO EN NAZARET	73
23. EN CAPERNAÚM	76
24. JESÚS SANA A UN LEPROSO	78
25. EL TECHO ABIERTO	80
26. EL SÁBADO	83
27. LA CURACIÓN DEL SÁBADO	86
28. EL SIERVO DEL CENTURIÓN	89
29. EL HIJO DE LA VIUDA DE NAÍN ES RESUCITADO	92
30. LA VERDADERA FAMILIA DE JESÚS	94
31. CALLA, ENMUDECE	97
32. LOS HOMBRES ENDEMONIADOS	100
33. LA MUJER ENFERMA Y LA HIJA DE JAIRO	104
34. EL RESTAURADOR	107
35. APRENDIENDO A SER OBREROS DE JESÚS	110
36. COMIDA PARA CINCO MIL	113
37. UNA NOCHE EN EL LAGO	116
38. LA MUJER FENICIA	120
39. ALIMENTACIÓN Y SANIDAD PARA LOS NO JUDÍOS	123
40. EL CIEGO DE BETSAIDA	125
41. EL HIJO DE DIOS GLORIFICADO	127
42. ¡AYÚDAME A CREER!	130
43. EL MÁS GRANDE EN EL REINO DE DIOS	133
44. DINERO EN UN PEZ	136
45. EN LA FIESTA DE LOS TABERNÁCULOS	138
46. UN DIOS COMPASIVO	141
47. JESÚS SANA A UN CIEGO	143
48. AMAR A LOS SAMARITANOS	147

49. LOS DIEZ LEPROSOS	149
50. JESÚS Y LOS NIÑOS	151
51. EL JOVEN RICO	153
52. A LOS PIES DE JESÚS	156
53. LÁZARO	159
54. ZAQUEO	162
55. BARTIMEO	165
56. PERFUME PARA JESÚS	167
57. LA ENTRADA TRIUNFAL	171
58. LA ÚLTIMA VISITA DE JESÚS AL TEMPLO	174
59. LA HIGUERA	178
60. LA OFRENDA DE LA VIUDA	181
61. LOS GRIEGOS VIENEN A JESÚS	183
62. SEÑALES DEL FIN	186
63. EL SIERVO MÁS GRANDE	190
64. LA ÚLTIMA CENA	193
65. LA ÚLTIMA CONVERSACIÓN	196
66. EN GETSEMANÍ	199
Parte 1: En el jardín	199
Parte 2: Judas traiciona a Jesús	202
67. EN EL PATIO DEL SUMO SACERDOTE	206
68. EN LOS TRIBUNALES DE PILATO Y HERODES	211
El Gobernador Pilato	211
El Rey Herodes	213
A Pilato otra vez	214
69. JESÚS ES CRUCIFICADO	217
Parte 1: Camino a la Cruz	217

Parte 2: En la Cruz	218
Parte 3: Jesús muere	220
70. ¡HA RESUCITADO!	223
71. DE CAMINO A EMAÚS	228
72. JUNTO AL MAR CON JESÚS	232
73. JESÚS REGRESA AL CIELO	236
ÍNDICE TEMÁTICO	240

Introducción

Los niños son uno de los regalos más preciosos que Dios nos ha confiado. Con su llegada a nuestro mundo, empezamos a ser conscientes de todas las necesidades que tienen nuestros pequeños, de las que antes éramos tan ignorantes. Es nuestra responsabilidad llevarlos a los pies de Cristo, para que conozcan a Dios. Es importante que se les presenten las verdades que entendemos que son distintivas y claves para la experiencia del pueblo de Dios en estos últimos días. Todas las historias bíblicas que se les presenten deben enmarcarse en los preciosos principios con los que Dios nos ha bendecido y que tanto apreciamos.

Marlise, en su afán por bendecir a nuestros hijos Lukas y Sarah, comenzó a tomar notas de las historias que les contaba a nuestros hijos. Pronto, a medida que esas notas se multiplicaban, quedó claro que también podían ser de gran valor para todos aquellos padres que se enfrentaban a desafíos similares. Así, esas notas se transformaron en un proyecto, del que este es el primer volumen. Tal vez el lector se pregunte: ¿por qué el primer volumen de una serie de historias bíblicas sería sobre la vida de Jesús? ¿Por qué no empezar en orden cronológico? ¿Por qué no empezar con la historia de la creación? Puesto que todos los relatos bíblicos tienen al Padre y al Hijo como protagonistas centrales, ¿no sería más conveniente presentarlos directamente y en primer lugar?

Puesto que Cristo revela al Padre (Mateo 11:27), y el que ha visto a Cristo ha visto al Padre (Juan 14:9), se hizo evidente la necesidad de presentar primero la belleza de la persona de Cristo para que al ver a Cristo, nuestros hijos conozcan a Dios. Y al conocerlo, lo amarán, porque él es amor (1 Juan 4:8). Así, deseamos que nuestros hijos tengan una relación con Dios basada en el conocimiento de nuestro Padre celestial a través de Cristo. Por eso empezamos con la vida de Jesús antes de abordar otras historias bíblicas.

Al preparar estas historias, se ha prestado especial atención a que se basen en la comprensión de los pactos según el Mensaje de 1888. El hombre no es consciente de la profundidad de su pecaminosidad, de su autosuficiencia y del grado de desconfianza que tiene en Dios. Estas realidades se manifiestan a lo largo de muchos relatos bíblicos, así como el constante anhelo de Dios de que toda la humanidad, desde Adán y Eva hasta nuestros días, acepte el nuevo pacto. Esta alianza de Dios consiste en recibir y atesorar su palabra, en recibir el perdón de Dios y en recibir a Cristo. La experiencia del nuevo pacto se expresa más claramente en la vida de Cristo.

Cada lección contiene un versículo bíblico para memorizar que, a juicio del autor, presenta la esencia de la historia. Además, se proporciona la referencia bíblica de cada historia, así como una referencia a los escritos de Ellen G. White para aquellos que quieran profundizar en ella. DTG se refiere al Deseo de todas las Gentes, HAp a los Hechos de los Apóstoles y PVGM a Palabras de vida del Gran Maestro. Al final del libro se ha incluido un índice temático para facilitar la búsqueda de historias específicas.

Es el deseo de Marlise que este material sea de tanta bendición para ti y tu familia como lo ha sido la preparación de este material para nuestra familia.

Que Dios los bendiga al ser padres y maestros de aquellos a quienes pertenece el reino de los cielos.

Daniel E. Bernhardt

1. Un bebé llamado Juan

"Porque nada hay imposible para Dios." Lucas 1:37

Lucas 1:5-25, 57-80 / DTG capítulos 4 y 10

Habían pasado 400 años desde que el último profeta habló a Israel. Los israelitas estaban ahora bajo los romanos. Habían perdido su reino debido a su desobediencia a las leyes de Dios, y ahora tenían que obedecer al emperador romano en todo. Sin embargo, todavía se les permitía vivir en su tierra y adorar a su Dios.

Los israelitas esperaban a un héroe de Dios que lo arreglara todo, un hombre al que llamaban el Mesías. Algunas personas estudiaron las Escrituras más profundamente que otras, y estas personas entendieron que muy pronto el Mesías vendría como un bebé. Uno de estos hombres era Zacarías. Era uno de los sacerdotes, y había estado estudiando las Escrituras y orando por la venida del Mesías durante mucho tiempo.

Un día le tocó ministrar en el santuario. Lo hacía dos veces al año. Mientras estaba de pie ante el altar de oro del Lugar Santo, vio a un ángel. Zacarías tuvo miedo.

“No temas”, le dijo el ángel, “Dios ha escuchado tus oraciones, y tu mujer Elizabet te dará un hijo, al que llamarás Juan. Y tendrás alegría y gozo”. El ángel siguió diciendo: “Será grande a los ojos del Señor, no beberá alcohol y estará lleno del Espíritu Santo. Volverá a

unir a las familias y preparará a la gente para la venida del Señor (¡el Mesías que estaban esperando!)”.

Era una noticia maravillosa. Elizabet, que era demasiado mayor para tener hijos y que nunca los había tenido, iba a tener un bebé. Y este bebé haría una obra muy importante para Dios. Pero a Zacarías le costaba creerlo. “¿Cómo puede ser esto?”, preguntó, “Mi mujer y yo ya somos viejos”. ¿No recordaba Zacarías que Abraham y Sara también habían tenido un bebé cuando ya eran viejos?

El ángel le respondió: “Soy Gabriel. Estoy en la presencia de Dios, y él me ha enviado para darte esta buena noticia. Ahora no podrás hablar hasta que nazca el bebé, porque no me has creído”. Como Zacarías no creyó este mensaje de Dios, Dios no pudo protegerlo, y durante unos meses perdió la capacidad para hablar.

Zacarías había olvidado que sólo podemos hacer cosas con la ayuda de Dios, y que para Dios todo es posible. No podemos hacer nada por nosotros mismos. Durante nueve meses se le recordaría esto, porque durante todo ese tiempo, no sería capaz de hablar una palabra. Sin la ayuda de Dios, ni siquiera podría hablar por sí mismo.

Mientras Zacarías estaba con el ángel dentro del Lugar Santo, la gente lo esperaba afuera. Estaban preocupados porque tardaba mucho. ¿Le habría pasado algo en el Santuario? Se sintieron muy aliviados cuando lo vieron salir. Cuando Zacarías salió del Tabernáculo, se esperaba que orara por el pueblo, pero no pudo decir ni una palabra. La gente vio que su rostro estaba brillante, y comprendieron que algo importante había sucedido en el Lugar Santo. Zacarías se apresuró a escribir la historia para que el pueblo supiera lo que había sucedido.

Nueve meses después nació el hijo de Zacarías e Elizabet. Cuando cumplió ocho días, le hicieron una fiesta especial. La gente

quería que el niño se llamara Zacarías, como su padre. Pero Elizabet decía una y otra vez: “No, ese no es su nombre; se llama Juan”. Así que la gente le pidió a Zacarías, que todavía no podía hablar, que escribiera el nombre del bebé. “Juan es su nombre”, escribió Zacarías. De repente, Zacarías pudo volver a hablar. Alabó a Dios y profetizó sobre el futuro trabajo de su hijo. Toda la gente que les rodeaba estaba asombrada, y se dieron cuenta que Juan era un bebé muy especial.

Zacarías y Elizabet criaron a su pequeño Juan en el desierto, lejos de las ciudades y de las muchas malas influencias. Pero la gente sabía de él y del milagro de su nacimiento. Ellos siempre les recordaron que, con la ayuda de Dios, todo es posible, pero por nosotros mismos, no somos capaces de hacer nada. ¿Confiarás hoy en Dios y dejarás que te ayude?

2. María cree en las palabras de Dios

“He aquí la sierva del Señor; hágase conmigo conforme a tu palabra.”

Lucas 1:38

Lucas 1:26-56; Mateo 1: 18-25 / DTG capítulo 10

Cuando Elizabet estaba embarazada de seis meses con el bebé Juan, el ángel Gabriel se acercó a una joven llamada María. El ángel tenía un mensaje muy agradable para María: “Eres muy favorecida y el Señor está contigo; eres bendita entre las mujeres”. Cuando el ángel vio que María estaba un poco asustada, la tranquilizó: “No temas, María, has encontrado el favor de Dios. Quedarás embarazada y darás a luz a un niño. Se llamará Jesús. Será grande, se llamará Hijo del Altísimo y Dios le dará el trono de David. Su reino no tendrá fin”.

María escuchó atentamente, y luego preguntó cortésmente: “¿Cómo será esto? Todavía no estoy casada”. El ángel le explicó: “El Espíritu Santo vendrá a ti, y el niño se llamará Hijo de Dios”. El ángel también le dijo a María que su prima Elizabet ya estaba embarazada del bebé Juan, a pesar de que era demasiado mayor para tener un bebé. “Porque para Dios nada es imposible”, le aseguró el ángel.

María aceptó de buena gana lo que el ángel le dijo. Respondió al ángel: “He aquí la sierva del Señor; hágase conmigo conforme a tu palabra”. Entonces el ángel se marchó.

María viajó a Judá, donde vivían Elizabet y Zacarías, y pasó unos meses con ellos. Sabía que ellos entenderían lo que le estaba ocurriendo. Cuando María saludó a Elizabet, el bebé Juan saltó dentro de la panza de Elizabet. Ambas mujeres alabaron a Dios. Sabían que era una bendición maravillosa ser madres de bebés tan especiales.

Pero mientras Elizabet entendía lo que le ocurría a María, otras personas no lo comprendían. Una de estas personas era José, el hombre que iba a casarse con María. Cuando José se enteró de que María estaba embarazada, se afligió. No quería avergonzarla delante de los demás, así que decidió cancelar discretamente la boda. Pero mientras pensaba en esto, tuvo un sueño. En ese sueño, el ángel de Dios se le acercó y le dijo: “José, no tengas miedo de tomar a María como esposa. El bebé que lleva dentro le ha sido dado por el Espíritu Santo. Tendrá un niño y lo llamarás Jesús. Él salvará a su pueblo de sus pecados. Sucedió así para que se cumplieran las profecías”.

Cuando José se despertó, hizo lo que el ángel le dijo. Creyó lo que el ángel había dicho y se casó con María.

Tanto María como José creyeron en las palabras de Dios. Sabían que mucha gente no entendería lo que estaba pasando, y que hablarían mal de ellos, pero no dejaron que eso les impidiera obedecer a Dios. Y Dios los bendijo con una de las mayores bendiciones por las que los seguidores de Dios habían estado orando: la venida de Jesús, el príncipe del cielo, como un bebé en la tierra. De la misma manera podemos pedirle a Dios que nos ayude a confiar en él, como lo hicieron María y José. A veces, confiar en Dios significa hacer algo difícil, o algo que los demás no entienden. Pero Dios nos ayudará; nunca nos pide que hagamos algo sin darnos toda

la ayuda que necesitamos. Él está esperando para bendecirnos, ¡si tan sólo aceptamos sus palabras! ¿Aceptarás hoy lo que Dios te dice?

3. El nacimiento de Jesús

"En aquel tiempo, respondiendo Jesús, dijo: Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas de los sabios y de los entendidos, y las revelaste a los niños." Mateo 11:25

Lucas 2: 1-20 / DTG capítulo 4; PVGM página 61

La panza de María estaba ya muy grande y pesada. Su bebé nacería en cualquier momento. Pero justo entonces, ella y José recibieron la noticia de que tendrían que viajar a Belén. Esto se debía a que el gobierno romano estaba haciendo un censo. Un censo es cuando un gobierno cuenta a todas las personas de un país. Para llevar a cabo el censo, todos tenían que ir a los pueblos y ciudades de sus antepasados. Como María y José eran de la familia de David, tuvieron que viajar a Belén.

El viaje debió ser muy incómodo para María. Las mujeres embarazadas se cansan fácilmente. Como José y María eran pobres, no tenían caballos ni carruajes para el viaje. Tal vez tenían un burro, o tal vez tuvieron que caminar. El viaje les llevaba varios días. La mayoría de la gente lo hacía en unos cuatro días, pero con María embarazada, les habrá llevado alrededor de una semana en hacerlo. Cuando finalmente llegaron a Belén, la ciudad estaba llena de gente. No pudieron encontrar ninguna habitación para dormir; la posada estaba completamente llena. Alguien les ofreció un establo, para que al menos pudieran estar bajo un techo. Y allí, en un establo con

animales, nació el bebé Jesús. María envolvió al niño en unos pañales y utilizó un pesebre como cuna.

El Hijo de Dios acababa de nacer en este establo. Era el bebé especial que Israel había estado esperando durante cientos de años, y del que hablaban las Escrituras, pero nadie, excepto José y María, estaba allí para darle la bienvenida. Sin embargo José y María no estaban solos; todos los ángeles estaban mirando. Los ángeles querían dar esta buena noticia a todo el mundo, pero al buscar a los creyentes que podrían estar preparados para recibir esta noticia, encontraron muy poca gente. Los sacerdotes y líderes de los judíos, los que mejor conocían las Escrituras, no estaban preparados. Estos hombres nunca habrían aceptado a un bebé que hubiera nacido en un establo; querían un príncipe en un palacio. Así que los ángeles buscaron un poco más, hasta que encontraron a un grupo de pastores que estaban vigilando a sus ovejas esa noche. Estos pastores habían leído las Escrituras y habían estado orando por la llegada del Mesías. Estaban preparados para recibir la buena noticia.

Los pastores estaban vigilando a las ovejas cuando, de repente, un ángel se acercó a ellos y la gloria del Señor brilló a su alrededor. Los pastores tuvieron miedo, pero el ángel les aseguró: “No teman, tengo una buena noticia. Hoy, en la ciudad de David, ha nacido el Salvador. Es Jesucristo, el Señor. Pero deben saber que lo encontrarán envuelto en pañales, acostado en un pesebre”.

De repente, los pastores vieron un enorme grupo de ángeles en el cielo. Los ángeles comenzaron a cantar hermosas alabanzas a Dios: “¡Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz y buena voluntad para los hombres!”.

Cuando terminó el hermoso canto y los ángeles se fueron, los pastores se apresuraron a ir a Belén para ver a Jesús. Encontraron a

José, a María y al niño en el establo. Después de esto, contaron a todos los que vieron lo que habían visto y oído.

De todo el pueblo de Israel, Dios envió a sus ángeles mensajeros sólo a un grupo de pastores. Estos pastores no eran predicadores ni líderes, pero amaban a Dios y creían en su palabra. Los líderes y sacerdotes de Israel eran tan orgullosos, y estaban tan llenos de ideas equivocadas sobre Dios, que fueron incapaces de recibir el hermoso mensaje de los ángeles. Dios da sus mensajes a las personas que están abiertas a recibir su palabra, tanto si son líderes y predicadores importantes, como si son personas corrientes. Necesitamos pedirle a Dios un corazón abierto a su palabra, como el que tenían los pastores. ¿Se lo pedirás hoy?

4. La dedicación de Jesús

“Porque un niño nos es nacido, hijo nos es dado, y el principado sobre su hombro; y se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios Fuerte, Padre Eterno, Príncipe de Paz.” Isaías 9:6

Lucas 2: 21 - 39 / DTG capítulo 5

Cuando Jesús tenía cuarenta días, José y María lo llevaron al templo. Todos los padres judíos tenían que dedicar a su primogénito allí. El sacerdote que los recibió ni se dio cuenta de lo especial que era esta familia. Lo único que pudo ver el sacerdote es que eran pobres: iban vestidos con ropas muy sencillas y sólo habían traído dos tórtolas, que traían los que no tenían dinero en lugar de un cordero.

Al igual que hizo con otros innumerables bebés, el sacerdote levantó al niño Jesús ante el altar, se lo devolvió a su madre y luego escribió “Jesús” en el rollo de los primogénitos. Para él, ese era el final de la dedicación de este bebé.

Este momento fue realmente especial. Jesús, el Hijo de Dios, estaba siendo presentado en el templo. El templo entero representaba al Hijo de Dios. Cada altar, cada mueble, cada ceremonia, todo apuntaba al Hijo de Dios. Y ahora aquí estaba él, como un pequeño bebé, siendo ofrecido al mundo, y el sacerdote ni siquiera se dio cuenta porque no había estado orando ni estudiando las Escrituras cuidadosamente.

Pero alguien sí reconoció a Jesús. Había un hombre en Jerusalén llamado Simeón que había estado orando durante muchos años por la llegada del Mesías. Tiempo atrás, Dios le había dicho a través del Espíritu Santo que podría ver al Mesías antes de morir. Ese día, Simeón fue al templo - y allí vio a José, María y el bebé, y Dios le hizo saber quiénes eran.

Con alegría, se acercó a ellos. El sacerdote acababa de devolver el bebé a María, y Simeón lo tomó suavemente de sus brazos. Lo levantó al bebé hacia el cielo, y alabó a Dios y dio gracias: “¡Oh, Dios, se ha cumplido lo que dijiste! He visto al que nos salvará. Él será una luz para los extranjeros, y es la gloria de nuestro país. Ahora puedo morir en paz”.

Luego bendijo a María y a José y dijo: “Este niño hará que unos se levanten y otros caigan. Es un milagro de Dios, pero muchos estarán en contra de él. Esto es para que se vean los pensamientos de los hombres”.

Justo entonces entró una profetisa llamada Ana. Ella también dio gracias a Dios y habló a todos los que pudo sobre el bebé. “¡Esto es lo que hemos estado esperando!” decía ella. Ana había sido viuda durante más de ochenta años, y estaba en el templo todos los días, orando y ayunando. Dios también pudo mostrarle quién era el niño Jesús.

Dios acababa de enviar a su Hijo al mundo para que se convirtiera en nuestro ejemplo y nuestro Redentor, y muy poca gente se dio cuenta de su llegada. Sólo aquellos cuyos corazones estaban abiertos a la Palabra de Dios y a sus verdades pudieron recibir a Jesús en su nacimiento. Pidamos a Dios que nos ayude a tener los corazones y las mentes abiertas para entender su palabra y su verdad hoy.

5. Los Reyes Magos

“Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios.” Juan 1:12

Mateo 2 / DTG capítulo 6

Cuando Jesús nació, muy pocas personas en Israel estaban listas para recibirlo. Muy pocos israelitas habían estudiado bien las Escrituras y lo esperaban. Sin embargo, en tierras lejanas, había otros que sí entendían las profecías y que esperaban al Mesías. Los antiguos libros sagrados decían que el Mesías haría grandes obras casi 490 años después de la orden de reconstruir Jerusalén, y se acercaba ese momento. ¡Seguramente Cristo el Mesías nacería pronto!

Había unos sabios ricos en un país lejano que deseaban con todo su corazón ver a este niño, y creían que Dios les daría una señal de alguna manera. Una noche vieron una estrella inusualmente brillante en el cielo. Recordaron una profecía que decía: “Saldrá una estrella de Jacob”. Como acogieron la luz y se preguntaron qué significaba, se les dijo además en sueños que debían ir a buscar al Príncipe recién nacido.

Empacaron costosos regalos de oro, incienso y mirra para el bebé, junto con todas las cosas que necesitarían para su largo viaje a Israel. Durante muchas noches viajaron, por fe mirando hacia la estrella y siguiéndola, hasta que llegaron a Jerusalén.

Los sabios empezaron a preguntar: “¿Dónde está ese niño, el rey de los judíos?”. Sin embargo, nadie parecía saber nada. ¡Qué sorprendente debió ser esto para los sabios! ¿Cómo es posible que los israelitas no supieran que su rey había nacido?

El rey Herodes oyó hablar de estos hombres. El miedo lo invadió. ¿Crecería este nuevo bebé y le quitaría el trono? ¡Él jamás lo permitiría! El rey Herodes llamó a los sacerdotes y les pidió que le explicaran las profecías. Los sacerdotes se sintieron muy incómodos. Habían oído hablar de la visita de los ángeles a los pastores, pero habían rechazado lo que escucharon. Eran demasiado orgullosos para creer que hubiera nacido y que Dios se lo dijera a los humildes pastores y a los extranjeros, y no a ellos. Por eso, le dijeron a Herodes lo menos posible. Pero Herodes pensó que todos estaban complotando contra él para tomar su poder. “¿Me estarán ocultando algo estos sacerdotes? ¿Estarán escondiendo al bebé? ¿Estarán tratando de proteger a este bebé para luego hacerme algo?” se preguntaba Herodes.

Entonces Herodes llamó a los reyes magos. “¿Cuándo vieron la estrella por primera vez?” Les preguntó. Quería saber qué edad tenía el niño. Entonces los envió a Belén. "Cuando lo hayan encontrado, vuelvan a mí, por favor, para que yo también pueda adorarlo", mintió. No quería adorar al niño; quería matarlo.

Los reyes magos siguieron la estrella hasta Belén. La estrella se detuvo finalmente sobre la casa donde estaba el niño Jesús. Gozosos, lo adoraron y dejaron sus costosos regalos de oro, incienso y mirra a María y José. Esa noche Dios les dio a los sabios un sueño, diciéndoles: “No vuelvan al rey Herodes”. Los reyes magos obedecieron a Dios y utilizaron un camino diferente para volver a su país.

Dios también le dio un sueño a José: “Levántate, toma a María y al bebé y vete a Egipto. Quédate en Egipto hasta que yo te diga, porque Herodes tratará de encontrar al bebé para matarlo”. José obedeció inmediatamente. Viajaron durante la noche para que nadie los viera partir.

El rey Herodes esperó durante algún tiempo. Cuando se dio cuenta de que los sabios no volverían a verlo, se puso furioso. Ordenó que se matara a todos los niños de dos años o menos, en Belén y en sus alrededores. Si tan solo los israelitas hubieran estado orando y estudiando, habrían recibido a Jesús, Herodes habría sabido que Jesús no estaba aquí para quitarle su trono, y Dios habría podido proteger a los israelitas de esta terrible cosa que sucedió. Dios quería mantener a los niños judíos a salvo, pero no pudo, porque los judíos apartaron a Dios por su incredulidad.

Mientras tanto, el bebé Jesús estaba a salvo con sus padres en Egipto. Vivieron en Egipto durante unos años, hasta que el rey Herodes murió y Dios le dijo a José que era seguro volver a Israel. Los regalos de los sabios ayudaron a José a pagar por todo lo que necesitaron mientras viajaban a Egipto y vivían allí. ¡Qué agradecido debió estar José por la forma en que Dios cuidó de ellos! Después de la muerte del rey Herodes, José llevó a su familia de vuelta a su pueblo de Nazaret, y allí creció Jesús.

Los sabios no eran judíos, pero escucharon al Espíritu de Dios que les hablaba al corazón y creyeron en Jesús. Seguían lo que entendían de las Escrituras, y eran verdaderos hijos de Dios. Por otro lado, los arrogantes líderes judíos se creían los más honrados de Dios, pero aunque habían crecido con las Escrituras, no estaban preparados para recibir a Jesús porque no creían. Dios quiere que cada uno de

nosotros sea su hijo y crea en lo que nos dice. ¿Quieres creer a Dios como lo hicieron los reyes magos?

6. El niño Jesús

"Y Jesús crecía en sabiduría y en estatura, y en gracia para con Dios y los hombres." Lucas 2:52

Mateo 2:40; Lucas 2:51 / DTG capítulo 7 y 9

Jesús pasó su infancia y juventud en Nazaret, una pequeña aldea de montaña. La gente de otras ciudades pensaba que Nazaret era pobre y que algunos de sus habitantes eran malvados. Sin embargo, allí Jesús creció en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y los hombres.

De niño, Jesús siempre estuvo dispuesto a ayudar a los demás. Desde muy joven, comprendió que estaba aquí en la tierra para bendecir a la gente. A menudo compartía su propia agua y comida con los que lo necesitaban, incluso si eso significaba que no tendría nada que comer. Jesús animaba a cualquiera que hubiera sido maltratado por otros. Era educado, paciente y veraz.

Aunque había una escuela en su pueblo con rabinos como maestros, Jesús no fue a esas escuelas. Las enseñanzas allí se habían corrompido; en lugar de enseñar las verdades de la Biblia, enseñaban sus propias ideas. Por eso, Jesús aprendió las Escrituras en su casa, con su madre, y las aprendió diligentemente.

Además de aprender las Escrituras, Jesús también estudió la naturaleza. Al estudiar las plantas y los animales, obtuvo nuevas ideas sobre cómo explicar las enseñanzas de Dios. Los ángeles invisibles estaban allí, ayudándole a entender las verdades de Dios. Cuando fue

mayor, los rabinos, e incluso los hermanos mayores de Jesús del primer matrimonio de José, intentaron que estudiara en las escuelas, pero él se negó amable y cortésmente. Cada vez que los rabinos hablaban con Jesús sobre las Escrituras, podían ver que Jesús entendía las Escrituras incluso mejor que los propios maestros.

Todos los niños pueden aprender sobre Dios como lo hizo Jesús: orando, aprendiendo de la Biblia, observando la naturaleza y siendo amables y solidarios con los demás. Los ángeles estarán ahí para ayudarles a comprender. Cuanto más aprendan los niños, más se parecerá su carácter al de Jesús: hermoso, amable y puro. Jesús también fue un niño, y aprendió como cualquier niño puede crecer y aprender.

Satanás no estaba contento de que Jesús no pecara. Constantemente lo tentaba y molestaba, pero Jesús se mantenía cerca de su Padre, Dios, y evitaba esas tentaciones. Había cosas malvadas en Nazaret, pero Jesús nunca se unió a ellas. Cada vez que era tentado, Jesús citaba un versículo de las Escrituras, y eso le ayudaba a no ceder a la tentación.

Los padres de Jesús eran pobres, por lo que desde pequeño tuvo que trabajar con ellos y ayudarles. Esto le ayudó a luchar contra la tentación, porque lo mantenía ocupado. Aprendió carpintería con José, y trabajaba con cuidado, pulcritud y honestidad. Este tipo de trabajo también hizo que su cuerpo fuera fuerte y saludable.

Aunque estaba ocupado y trabajaba mucho, Jesús era alegre. A menudo cantaba salmos y canciones celestiales. Los ancianos, los niños y los animales se sentían atraídos por él y se sentían reconfortados por su presencia. Cuando fue lo suficientemente mayor, a veces leía las Escrituras en la sinagoga en sábado, y sus palabras ayudaban a la gente a entender mejor los versículos. Sin embargo,

Jesús nunca intentó ser un líder en su pueblo. Fue discreto y humilde. Nunca se defendió cuando otros lo trataron mal, sino que lo tomó con paciencia.

Cada niño debe recordar que Jesús fue una vez un niño, y que obedeció a sus padres y fue humilde para aprender de Dios y de sus mayores. Con la ayuda de Jesús, cada niño puede desarrollar un hermoso carácter, como lo hizo Jesús. ¿Le pedirás ayuda para desarrollar un carácter como el suyo?

7. El joven Jesús en Jerusalén

“Puestos los ojos en Jesús, el autor y consumidor de la fe, el cual por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio, y se sentó a la diestra del trono de Dios.” Hebreos 12:2

Lucas 2:41-51 / DTG capítulo 8

Todos los años, José y María viajaban a Jerusalén para celebrar la Pascua. Cuando Jesús tenía 12 años, lo llevaron con ellos. Entre los 12 y los 13 años, un muchacho hebreo dejaba de ser un niño para convertirse en un joven, y se esperaba que participara en las fiestas.

El viaje a Jerusalén duraba varios días, pero se hacía en grupos grandes. La gente disfrutaba viajando junta. Podían hablar y compartir juntos. En el camino, cantaban salmos, como: “Nuestros pies estarán dentro de tus puertas, oh Jerusalén... La paz esté dentro de tus muros, y la prosperidad en tus palacios”. (Salmo 122:2-7).

Durante la Pascua, Jesús observó todas las ceremonias con atención y detenimiento. Mientras que la mayoría de la gente allí no pensaba en lo que significaba cada una de estas ceremonias, para Jesús cada una tenía un profundo significado. Estaba tan absorto en lo que ocurría y en lo que veía, que prefirió estar solo más que con sus padres.

Mientras observaba las ofrendas y los sacrificios, comenzó a comprender que el cordero lo representaba a él, y que había sido traído a este mundo para sufrir y morir por todas las personas, al igual que ese cordero. Se dio cuenta de que Dios le había dado también el pan sin levadura y las primicias, para que hubiera una cosecha mucho mayor de lo que la gente creía: él reuniría a todos los pueblos con Dios. Recordó las Escrituras que había aprendido y empezó a comprender su misión en la tierra. Dios ayudó a Jesús a comprender todas estas cosas.

Junto al templo había una sala en la que los rabinos daban clases. Jesús entró y los escuchó. Mientras escuchaba, también hacía preguntas. Los maestros se dieron cuenta de que Jesús buscaba entender la verdad y conocer a Dios. También se dieron cuenta de que Jesús entendía muy bien las Escrituras. Las preguntas de Jesús mostraron a los maestros que su propia comprensión de las Escrituras no siempre era correcta. Estaban asombrados por las preguntas inteligentes de Jesús. Jesús les hablaba con humildad y respeto. Los rabinos, que eran los líderes religiosos de Israel, esperaban un Mesías diferente al que Dios iba a dar a Israel. Sus ideas equivocadas los llevarían, a ellos y a los que los siguieran, al desastre. A través de Jesús, Dios estaba tratando de llegar a los rabinos, para que aceptaran al Hijo de Dios y comprendieran el destino superior de Israel.

Mientras tanto, los días de fiesta habían terminado, y la mayoría de la gente comenzó a viajar de regreso a sus hogares desde Jerusalén. José y María también comenzaron a viajar a casa. Suponían que Jesús estaba con algunos de sus amigos. Viajaron durante todo un día, y al atardecer, se dieron cuenta de que Jesús no estaba con ellos, y que tampoco estaba con ninguno de sus amigos.

María y José estaban desesperados. ¿Cómo pudieron irse sin Jesús? Volvieron a Jerusalén para buscarlo. Después de tres días, lo encontraron en el templo, hablando con los maestros. “Hijo, ¿por qué nos has hecho esto?” preguntó María a Jesús, “¿Tu padre y yo estábamos tan preocupados buscándote!”

Pero Jesús sólo había estado haciendo lo que tenía que hacer; era el Hijo de Dios, y había estado pasando todo su tiempo en el templo. Fueron José y María quienes lo perdieron de vista y se fueron sin él. Jesús contestó suavemente a su madre: “¿No sabías que tenía que estar haciendo los asuntos de mi Padre?” Al decir esto, señaló hacia arriba. Ahora mostraba que entendía que su verdadero Padre era Dios, y no José.

Sin embargo, cuando llegó la hora de irse, Jesús regresó a Nazaret con sus padres. Fue obediente con ellos y les ayudó en todo. Siguió viviendo con ellos durante varios años, esperando paciente y tranquilamente que Dios le dijera cuándo debía comenzar su ministerio. Mientras esperaba, seguía estudiando las Escrituras y pensando en ellas. También trabajó como carpintero. Incluso después de saber que era el Hijo de Dios, seguía siendo amable, discreto y humilde, y no intentó convertirse en un líder, ni siquiera en su propio pueblo. Simplemente fue una bendición para todos los que le rodeaban.

José y María nunca olvidaron el día en que perdieron a Jesús. Dios les había encomendado el deber de velar por este niño tan especial, y ellos no lo habían hecho. Lo perdieron de vista durante un día, y tardaron tres días en volver a encontrarlo. Luego culparon a Jesús cuando fueron ellos los que lo habían olvidado. Lo mismo ocurre con nosotros. Si perdemos de vista a Jesús, aunque sea por poco tiempo, podemos tardar mucho tiempo en volver a sentirnos

cerca de él - ¡y entonces nos enojamos con Jesús por no estar ahí para nosotros! Miremos siempre a Jesús y no lo perdamos de vista.

8. Juan en el desierto

"Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado." Mateo 3:2

Lucas 1:80; 3:1-18; Mateo 3:1-12; Marcos 1:1-8 / DTG capítulo 10

Zacarías y Elizabet estaban verdaderamente agradecidos por tener al niño Juan. Su nacimiento había sido un milagro, porque ya eran demasiado viejos para tener hijos. Zacarías y Elizabet siguieron todas las instrucciones que el ángel les había dado. Alimentaron a Juan con los alimentos adecuados. Le enseñaron las Escrituras desde que era muy pequeño, y no lo enviaron a las escuelas de los rabinos, porque allí los rabinos enseñaban cosas equivocadas. También vivían cerca del desierto, lejos de la gente, para que Juan pudiera aprender más de la naturaleza que lo rodeaba, y menos de la gente que podía llevarle a hacer cosas equivocadas. Juan creció fuerte y sano, y con un hermoso carácter. La forma en que sus padres lo criaron lo preparó para hacer el trabajo que Dios quería que hiciera.

Cuando Juan creció, vivió una vida sencilla. Llevaba ropas de pelo de camello y una faja de cuero en la cintura. Así se vestía el profeta Elías, del Antiguo Testamento, 900 años antes de la época de Juan. También comía lo que encontraba en el desierto: langostas y miel silvestre, y bebía agua pura. No le interesaban las riquezas ni la fama. Sólo quería hacer la voluntad de Dios.

Aunque vivía en el desierto, Juan iba al encuentro de la gente y les hablaba. Una vez que la gente comenzó a escucharlo, empezaron

a acudir a él en grandes grupos. La gente estaba ansiosa por escuchar su mensaje. Tenía que prepararlos para la llegada del Mesías. Y sabía que cuando la gente se encontrara con el Mesías, sentiría lo pecadores que eran, porque la presencia de Jesús nos ayuda a ver nuestros pecados más claramente. Le dijo al pueblo: "Arrepiéntanse, porque el reino de Dios está cerca". Si la gente empezaba a confesar sus pecados y a arrepentirse de ellos, estarían dispuestos a amar a Jesús. Si se negaban a abandonar sus pecados, acabarían odiando a Jesús.

Juan invitó a la gente a arrepentirse, y bautizó a todos los que lo hicieron. Al bautizarlos, les ayudaba a ver que estaban siendo limpiados del pecado. A los recaudadores de impuestos les dijo que fueran siempre honestos, y a los soldados que no fueran violentos. Pero se dio cuenta de que no todos los que venían a bautizarse estaban realmente arrepentidos de sus pecados. Había sacerdotes que acudían a él sólo porque querían agradar a la gente, y querían que el nuevo Mesías se convirtiera en su amigo, pero no pensaban abandonar sus pecados. Juan advirtió a estos hombres del peligro que corrían. Trató de ayudarles a ver que Dios tenía que cambiar sus corazones. Cualquiera que no permita que el Espíritu de Dios le ayude a mejorar su carácter, no se sentirá cómodo en la presencia de Dios, y no podrá vivir en el Cielo. Por eso Juan el Bautista habló tanto del carácter de los seguidores de Dios. Le dijo a la gente que si eran parte del reino de Dios, serían amables, gentiles, humildes, veraces y no violentos.

Muchas personas escucharon a Juan y lo siguieron. Juan siempre les recordaba que vendría alguien más grande que él. Esta persona más grande sería el Mesías, y cuando viniera, la gente debería seguirlo a él en lugar de Juan. Le dijo a la gente que el Mesías sería

tan santo que él, Juan, ni siquiera se sentía digno de desatarle las sandalias.

Las enseñanzas de Juan al pueblo también son importantes para nosotros hoy. Juan ayudó al pueblo a estar preparado para la primera venida de Jesús. Pero su mensaje también puede ayudarnos a prepararnos para la segunda venida de Jesús. Tenemos que arrepentirnos de nuestros pecados, mirar a Jesús y seguirle, tal y como Juan animó a la gente a hacer. ¿Aceptarás esta invitación?

9. El bautismo de Jesús

“Y hubo una voz de los cielos, que decía: Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia.” Mateo 3:17

Mateo 3:13-17; Marcos 1:9-11; Lucas 3:21, 22. / DTG capítulo 11

Jesús oyó hablar de Juan el Bautista y de lo que enseñaba a la gente. Como había estudiado las profecías de Daniel, supo que era hora de dejar la carpintería y comenzar su misión. Se despidió de su madre y fue a donde Juan el Bautista estaba predicando. Jesús tenía ahora treinta años.

Aunque Jesús y Juan eran primos, nunca se habían conocido, ni habían hablado juntos, ni se habían visitado en sus casas. Todo lo que hicieron fue porque Dios les dijo que lo hicieran, y no porque hubieran hecho planes el uno con el otro.

Jesús llegó al río Jordán, donde Juan estaba bautizando a la gente, y le pidió a Juan que lo bautizara. Pero cuando Juan lo vio, pudo ver lo puro y noble que era Jesús. “¿Por qué vienes a mí para que te bautice? ¡Necesito yo ser bautizado por ti!”, exclamó Juan. Sabía que Jesús no tenía pecados de los que arrepentirse, ni una vida pecaminosa que enterrar bajo las aguas, como hace la gente cuando se bautiza. Pero Jesús le dijo amablemente: “Que sea de esta manera; necesitamos que se haga para cumplir toda la justicia”. Jesús quiso ser nuestro ejemplo y mostrarnos cómo vivir. Si queremos entregar nuestra vida a Dios, necesitamos ser bautizados como lo fue Jesús. Juan lo entendió y aceptó bautizar a Jesús.

En cuanto Jesús salió de las aguas, se inclinó a la orilla del río para orar. Comprendió lo difícil que sería convencer a la gente del amor de Dios y de los caminos de su reino, y pidió poder para hacerlo, y que los corazones de la gente se abrieran a Dios. Justo entonces, Dios respondió a su oración. Los cielos se abrieron, bajaron brillantes rayos de luz y una forma de paloma resplandeciente descendió sobre la cabeza de Jesús. Esta forma de paloma representaba el carácter de Jesús: es manso y amable, como las palomas.

No todos los que estaban allí pudieron ver esta luz especial que descendía -sólo los que creyeron en el mensaje de Juan pudieron verla-, pero pudieron sentir que algo importante estaba sucediendo. Pudieron ver que el rostro de Jesús brillaba, y observaron en silencio. Desde los cielos abiertos, se oyó una voz que decía: “Este es mi Hijo amado, en quien me complazco”. Dios el Padre le dijo esto a Jesús, para fortalecerlo en su misión, y para recordarnos a todos que, al igual que él ama a su Hijo amado, también nos ama a nosotros, porque nos envió a su propio Hijo. Nosotros también somos sus hijos amados.

Juan vio y oyó todo. Señalando a Jesús, clamó: “¡He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo!” A partir de ese día, Juan hizo todo lo posible para conducir a la gente hacia Jesús, y alejarla de sí misma. Había encontrado al Mesías al que el pueblo debía acudir. ¿Creería la gente que Jesús era el Hijo de Dios y le seguiría? ¿Crees que Jesús es el Hijo de Dios? ¿Eliges seguirlo hoy?

10. Tentado en el desierto

"Él respondió y dijo: Escrito está: No solo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios." Mateo 4:4

Mateo 4:1-11; Marcos 1:12, 13; Lucas 4:1-13. / DTG capítulos 12 y 13

Después de ser bautizado, Jesús fue conducido por el Espíritu de Dios al desierto. Pasó cuarenta días allí, orando para prepararse para su trabajo entre la gente. Durante esos cuarenta días, no comió ni bebió nada.

Al final de los cuarenta días, Jesús estaba extremadamente débil, porque no había comido nada durante tanto tiempo. Satanás decidió que este era un buen momento para venir a Jesús y tentarlo. Cuando las personas tienen hambre y están débiles, pecan mucho más fácilmente. Si Satanás pudiera hacer que Jesús pecara, el mundo entero estaría perdido para siempre. Había intentado hacer pecar a Jesús durante toda su infancia y juventud, pero Jesús nunca había cedido a la tentación.

Satanás se acercó a Jesús. Había piedras redondas a su alrededor, y parecían pan. Satanás sabía que Jesús tenía mucha hambre, así que le sugirió: "Si eres el Hijo de Dios, ordena que estas piedras se conviertan en pan". No había nada de malo en querer convertir las piedras en pan; más adelante en su ministerio, Jesús proporcionó vino y comida a la gente. Pero en este momento, esto no era lo correcto. Al convertir las piedras en pan, Jesús sólo se estaría bendiciendo a sí mismo, no a los demás. Él había venido para ser una

bendición para los demás, y no para servirse a sí mismo. Pero lo más importante es que Satanás le estaba pidiendo que convirtiera las piedras en pan para poder demostrar que era el Hijo de Dios. Jesús no necesitaba demostrar nada. Dios ya había dicho que Jesús era su Hijo amado. Jesús sólo tenía que creer en las palabras de Dios. Tratar de probar algo significaría que no confiaba en las palabras de Dios, y eso sería un pecado. Jesús se negó. Utilizó un versículo de la Biblia para responder a Satanás: “Está escrito: No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios”.

Satanás volvió a intentarlo. Esta vez, llevó a Jesús a la parte más alta del templo. Tentó a Jesús utilizando un versículo de la Biblia. Le dijo: “Si eres el Hijo de Dios, tírate. Porque las Escrituras dicen que Dios mandará a sus ángeles que te cuiden”. Jesús sabía que los ángeles de Dios podrían cuidar de él si se tiraba. Pero saltar habría significado hacer algo peligroso sólo para probar que Dios podía protegerlo; Jesús sabía que no debía hacer nada si Dios no le había dicho que lo hiciera, incluso si Dios podía protegerlo. Además, saltar no iba a bendecir a nadie. Y si Jesús saltaba sólo para que otros pudieran ver que Dios lo protegía y que era el Hijo de Dios, entonces estaría pecando. Él no necesitaba demostrar a nadie que era el Hijo de Dios; Dios ya lo había dicho, y Jesús sólo necesitaba confiar en sus palabras. Nuevamente Jesús respondió con las Escrituras: “Está escrito: No tentarás al Señor tu Dios”. Se negó a “tentar” a Dios al hacer algo innecesario pretendiendo que Dios lo protegiera.

Satanás lo intentó una vez más. Llevó a Jesús a la cima de una alta montaña. Desde allí, le mostró los reinos del mundo. Le mostró a Jesús los hermosos edificios, los campos, los exuberantes bosques, los pacíficos lagos y toda la belleza de la tierra. Por supuesto, se aseguró de ocultar las partes feas: la suciedad, el desorden, los enfermos, los

crímenes, la violencia. Le dijo a Jesús: “Te daré todo esto, porque es mío. Si me adoras, te lo daré”. Jesús sabía que tendría tiempos difíciles por delante tratando de enseñar a personas que no escucharían y que sufriría mucho, y Satanás le estaba ofreciendo un atajo. Pero era el tipo de atajo equivocado. Jesús sólo podía salvar al mundo si lograba mostrar a la gente cómo era el carácter de Dios; y para hacerlo, tendría que soportar pacientemente, para que la gente pudiera ver que Dios no quería hacerles daño. En realidad, como estaban influenciados por Satanás, ¿era la gente la que quería hacer le daño a Dios! Satanás jamás quiso aceptar que Jesús es el Hijo de Dios. Jesús volvió a responder con un texto bíblico, y también despidió a Satanás. “Apártate de mí, Satanás. Está escrito: Al Señor tu Dios adorarás, y sólo a él servirás”.

Satanás había hecho todo lo posible para que Jesús dudara de que era el Hijo de Dios, pero había fracasado. Había hecho todo lo posible para que Jesús pecara, pero no había podido lograrlo. Jesús se había aferrado a las palabras de Dios, y al citar las Escrituras, había podido vencer las tentaciones. En cuanto Satanás se fue, Jesús cayó al suelo, agotado. Las tentaciones habían sido terriblemente difíciles de soportar, y él estaba muy débil. Dios envió ángeles para que lo cuidaran y fortalecieran. Le trajeron comida, agua y palabras alentadoras. “Tu Padre te ama y todo el Cielo se alegra de que no hayas cedido a esas terribles tentaciones”, le dijeron. Cuando se sintió mejor, se dispuso a trabajar entre la gente, bendiciéndola y enseñándole del reino de Dios.

Jesús fue capaz de superar la tentación y evitar el pecado. Y todo lo que ha hecho, lo quiere hacer por nosotros. Él también puede ayudarnos a superar la tentación. Todo lo que tenemos que hacer es pedirle ayuda. ¿Lo harás?

11. Los doce discípulos

**“No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros.”
Juan 15:16**

*Mateo 9:9; Marcos 2:14; 3:13-19; Lucas 5: 27-28; 6:12-16; Juan 1:19-51. / DTG
capítulos 14, 28 y 30*

¿Quién era Juan el Bautista? La gente se preguntaba. Incluso los dirigentes de Israel vinieron a preguntarle a Juan si era el Mesías. Juan les respondió con la verdad: “No, no soy el Mesías. Estoy aquí para preparar a la gente para su venida”.

Jesús acababa de pasar cuarenta días en el desierto, y ahora volvió al río Jordán, donde Juan estaba predicando. Se unió en silencio a la gente que lo escuchaba. En cuanto Juan volvió a ver a Jesús, lo señaló y dijo a la gente: “¡He aquí el cordero que quita los pecados del mundo!” Su trabajo consistía en guiar a la gente hacia Jesús. Pero cuando la gente vio a Jesús, muchos se sintieron decepcionados. No parecía un rey deslumbrante y poderoso. ¿Por qué este hombre parecía tan humilde? ¿Podría derrocar a los odiados romanos?

Jesús no estaba allí para convertirse en un líder poderoso; estaba allí para mostrar a la gente cómo es Dios, y cómo es su reino, pero ellos no lo entendían. Incluso Juan el Bautista estaba confundido; él también pensaba que el Mesías estaría lleno de poder y gloria. Al leer las Escrituras, había leído sobre la segunda venida de Jesús, y la

confundió con la primera. Sin embargo, seguía creyendo que Jesús era el Mesías, porque recordaba las palabras de Dios en el bautismo.

Andrés y Juan eran dos discípulos de Juan el Bautista. Cuando oyeron a Juan decir que Jesús era el cordero de Dios, comenzaron a seguir a Jesús. Jesús les preguntó amablemente: “¿Qué buscan?” Ellos respondieron: “Rabí, ¿dónde vives?” Esto significaba que querían pasar tiempo con Jesús y aprender de él. Así que Jesús les dijo: “Vengan a ver”. Los llevó al lugar donde se alojaba, y pasaron el día con él. Andrés y Juan fueron los primeros discípulos de Jesús; pudieron ver que él tenía un hermoso carácter, y quisieron seguirlo.

Andrés quería compartir su felicidad por haber encontrado al Mesías. Corrió hacia su hermano Simón y le dijo: “¡Hemos encontrado al Mesías!” Simón corrió al encuentro de Jesús. Jesús le dijo con cariño: “Tú eres Simón, pero te llamarás Pedro”. Pedro significa piedra, y ese fue su nombre a partir de entonces.

Al día siguiente, Jesús fue a Galilea y se encontró con Felipe. Le dijo: “Sígueme”. Felipe obedeció a Jesús y se convirtió también en su discípulo. Luego Felipe fue a ver a su amigo Natanael, que también se llamaba Bartolomé. Natanael ya había visto a Jesús cuando Juan el Bautista lo señaló, y no estaba seguro de que Jesús pudiera ser el Mesías. Se fue a un jardín tranquilo a orar, para que Dios le ayudara a saber si Jesús era realmente el Mesías. Mientras Natanael oraba, Felipe lo encontró y le dijo: “Lo hemos encontrado. ¿Es Jesús de Nazaret, el hijo de José?” “¿Nazaret? ¿Puede salir algo bueno de Nazaret?” preguntó Natanael. Nazaret no era una buena ciudad. Pero Felipe se limitó a decir: “¡Ven y verás!” Natanael aceptó conocer a Jesús para poder decidir por sí mismo si Jesús era el Mesías. Jesús vio llegar a Natanael y dijo: “¡Aquí hay un hombre en el que no hay mentira!” “¿De dónde me conoces?” preguntó Natanael, sorprendido.

Jesús le respondió: “Te conocí antes de que Felipe te llamara, cuando orabas bajo la higuera”. Ahora Natanael creyó en Jesús y también se convirtió en su discípulo.

Con el paso de las semanas, Jesús llamó a más hombres para que le siguieran y fueran sus discípulos. Se le unieron Santiago el hermano de Juan, cuyo padre se llamaba Zebedeo, Tomás Dídimo, Jacobo el menor y su hermano Judas, también llamado Tadeo o Lebbeo, y Simón el Zelote. La mayoría de estos hombres eran pobres y humildes, y varios de ellos eran pescadores.

También estaba Judas; pidió unirse a Jesús como su discípulo, y Jesús lo aceptó. Judas era más culto que la mayoría de los discípulos, y les gustó que se uniera a ellos. Jesús también invitó a Leví-Mateo a seguirle. Leví-Mateo era un recaudador de impuestos, y sabía que a nadie le gustaban los recaudadores. Se alegró tanto cuando Jesús se le acercó y le dijo: "Sígueme", que al instante lo dejó todo y siguió a Jesús, aunque eso implicara perder todas sus riquezas.

Llegó el día en que Jesús ordenó a sus discípulos. Ordenar significa darles una bendición especial, para que puedan predicar y sanar. Jesús los llamó, se arrodilló en medio y puso las manos sobre sus cabezas mientras oraba, dedicándolos a ser sus ministros, o sus apóstoles. Jesús amaba profundamente a sus discípulos. Se alegró de que hubieran decidido seguirle. Él sabía que tenían defectos de carácter, pero también sabía que, si permitían que el Espíritu de Dios trabajara en sus corazones, sus caracteres se volverían hermosos, y podrían hacer cosas maravillosas para el reino de Dios, con la ayuda de Dios.

Jesús también nos llama a cada uno de nosotros a seguirle. ¿Lo aceptarás y lo seguirás?

12. El Sermón del Monte

"Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas." Mateo 6:33

Mateo 5, 6, 7. / DTG capítulo 31

Jesús acababa de ordenar a sus discípulos. Llevó a los doce hombres a la tranquila orilla del mar, donde encontraron un lugar cómodo para sentarse y hablar. Había tantas cosas que Jesús quería decirles. Mientras él les hablaba, otras personas lo vieron y decidieron unirse a ellos también. Jesús nunca echaba a nadie que quisiera estar cerca de él, así que permitió que toda esta gente también escuchara. Pero pronto hubo tantos allí que no había suficiente espacio para todos.

Tranquilamente, Jesús se levantó y se dirigió a la ladera de la montaña. En este espacio más amplio, podía sentarse y ser visto y escuchado por toda la multitud. Sus discípulos se sentaron a su alrededor, y el resto de la gente también encontró lugares cómodos. Estaban ansiosos por escuchar lo que este maravilloso maestro tenía que decirles. En esta ladera, Jesús enseñó lo que llamamos el Sermón del Monte. En este sermón, habló a la gente sobre el reino de Dios y sobre cómo podemos llegar a ser verdaderos hijos de Dios.

¿Cómo deben ser los hijos de Dios? Jesús enseñó: "Si te sientes pobre de espíritu, eres bienaventurado, y el reino de Dios te pertenece". Lo primero que necesitamos es sentir que no tenemos nada bueno en nosotros; somos pecadores, pobres de espíritu, y

necesitamos a Dios. Dios es quien nos hace buenos, y somos bienaventurados si nos damos cuenta de que necesitamos más de su Espíritu. Jesús continuó: “Eres bienaventurado si te arrepientes y entristeces por tus pecados; serás consolado”.

Entonces Jesús explicó cómo es el carácter de los seguidores de Dios. Es como el carácter de Jesús. “Eres bienaventurado si eres manso; la tierra será tuya. Eres bienaventurado si realmente quieres la justicia de Dios; Dios te la dará. Eres bienaventurado si eres misericordioso; serás tratado con misericordia. Eres bienaventurado si tienes un corazón puro; verás a Dios. Eres bienaventurado si eres pacificador; serás llamado hijo de Dios”.

La gente escuchaba asombrada. Jesús les estaba diciendo que la verdadera felicidad venía de recibir de Dios un hermoso carácter. Siempre habían creído que la verdadera felicidad venía de ser rico, famoso e importante. Pero esas cosas jamás podrían darles felicidad; sólo Dios podía hacerlo.

Entonces Jesús explicó que los verdaderos seguidores de Dios serán maltratados por los que se niegan a seguir a Dios. “Si los persiguen por mi causa, son bienaventurados”, dijo Jesús, “tendrán una gran recompensa en el cielo. Recuerden que los profetas anteriores a ustedes también fueron perseguidos”. ¿Cómo reaccionamos cuando la gente nos trata mal? Si respondemos como lo hizo Jesús, entonces los demás podrán conocer a Dios y darse cuenta de que son pecadores y necesitan la sanidad de Dios.

Luego Jesús dijo: “Mis seguidores son la sal de la tierra y la luz del mundo”. ¿Qué pasa si le pones sal a la comida? Tiene mejor sabor, ¿no es así? De la misma manera, la gente debería notar que hay algo hermoso en los hijos de Dios. ¿Y qué sucede cuando se enciende una luz? Todo el mundo puede verla. No se puede ocultar la

luz, aunque sea pequeña. De la misma manera, los hijos de Dios no pueden ocultar el amor de Jesús a los demás; la gente lo notará.

Jesús continuó: “No he venido a destruir o cambiar la ley de Dios; he venido a cumplirla”. ¿Sabías que podemos quebrantar la ley de Dios simplemente con pensamientos equivocados? Jesús explicó que si odias a alguien, es como si estuvieras matando a esa persona. Cumplir la ley de Dios significa no sólo hacer las cosas correctas, sino también pensar las cosas correctas. Jesús invitó a la gente diciendo: “Sean perfectos, como su Padre que está en el cielo es perfecto”. Dios, a través de su Espíritu, puede ayudarnos a guardar su ley perfectamente.

La gente estaba acostumbrada a ver a los fariseos actuar con orgullo cada vez que daban ofrendas o ayunaban. Los fariseos se aseguraban de que todo el mundo supiera lo que hacían. Pero Jesús dijo: “Hagan estas cosas de manera que sólo su Padre que está en el cielo lo sepa”. Debemos hacer las cosas por amor a Dios, y no porque queramos que los demás piensen que somos tan maravillosos.

“No pases tu tiempo recogiendo riquezas en la tierra”, continuó Jesús, “Las cosas en la tierra se destruyen o se roban. Dedicar tu tiempo a recoger las riquezas del cielo, y haz que las cosas de Dios sean las más importantes para ti”. No hay nada malo en tener dinero y cosas bonitas. Las riquezas pueden ser una gran bendición. Pero si llegan a ser más importantes para nosotros que el reino de Dios, entonces son como ídolos, y hacen que confiemos en ellos en vez de en Dios. “Tu corazón estará donde esté tu tesoro”, dijo Jesús.

Luego Jesús aseguró a la gente que podían confiar en que Dios cuidaría de ellos. “No se preocupen por su comida”, dijo, “¿Acaso Dios no cuida de las aves del cielo? Tú eres más importante que un pájaro; Dios cuidará de ti. No te preocupes por tu ropa. Si Dios vistió

la hierba del campo con hermosos lirios, ¿no te vestirá a ti también? Dios sabe lo que necesitas. Busca primero el reino de Dios y su justicia, y él te dará también todas estas cosas. No te preocupes por el mañana”. Jesús también dijo: “Si pides, recibirás. ¿Acaso a ustedes, que son pecadores, no les gusta dar cosas buenas a sus hijos? Entonces, ¿cuánto más su Padre que está en el cielo da cosas buenas a los que le piden?”

Jesús dijo que es importante amar y no enojarse con los demás. “Antes de llevar una ofrenda a Dios, asegúrate de estar en paz con tu hermano”, enseñó. Entonces dijo: “No juzgues a los demás, o acabarás siendo juzgado de la misma manera”. Sólo debemos amar y aceptar a las personas, no juzgarlas.

Luego Jesús preguntó: “¿Se pueden sacar uvas de los espinos, o higos de los cardos?” ¡Claro que no! Sólo una higuera puede dar higos. Las personas son iguales; serán conocidas por sus frutos, o por su carácter.

“Los que hagan la voluntad de mi Padre entrarán en el reino de los cielos”, dijo Jesús. ¿Y cómo podemos hacer la voluntad de Dios? Dependiendo de Jesús, que es la roca. “Si una casa está construida sobre roca, será fuerte aunque haya tormentas”, dijo Jesús. “Pero si una casa está construida sobre arena, se caerá cuando vengan las tormentas”. Tenemos que depender de Jesús, como la casa que está construida sobre la roca.

La gente estaba asombrada por lo que oía. Esto sonaba tan diferente de lo que enseñaban los fariseos y los sacerdotes, pero Jesús enseñaba claramente, y ellos podían ver que era la verdad. Ahora les tocaba pensar en estas cosas maravillosas y elegir aceptarlas. Nosotros también tenemos esta elección. ¿Eliges buscar primero el reino de Dios y permitir que Dios haga su voluntad en tu vida?

13. El agua se convierte en vino

"Su madre dijo a los que servían: Haced todo lo que os dijere." Juan 2:5

Juan 2:1-11 / DTG capítulo 15

María estaba muy contenta. Pronto habría una boda en Caná, un pueblo cercano a Nazaret, y su hijo Jesús vendría a esta boda con sus discípulos. Estaba muy contenta de volver a ver a Jesús y de enterarse de lo que había hecho desde que salió de Nazaret.

Durante el banquete de bodas, María oyó que había un problema. "Se acabó el vino", le dijo alguien. "¡Oh, no!" pensó ella. Era una gran vergüenza para la familia del novio si se les acababa el jugo de uva, porque era muy importante tener suficiente comida y bebida para todos los invitados.

"Sé que Jesús puede ayudar", pensó María. También pensó que, si Jesús hacía vino para esta familia, la gente podría querer coronarlo como rey. ¿No sería maravilloso? Rápidamente se dirigió a Jesús y le dijo: "No tienen vino".

Jesús miró a su madre amablemente. Le hizo saber respetuosamente que sólo podía hacer esto si Dios quería que lo hiciera. Él no haría algo en contra de la voluntad de Dios, ni siquiera si su propia madre lo quisiera. Él haría primero la voluntad de Dios. Pero María creía que Jesús podía hacer un milagro, así que Dios le

permitió hacerlo, para fortalecer la fe de María y de los discípulos de Jesús.

María se dirigió a los sirvientes y les dijo: “Hagan todo lo que Jesús les diga”. Jesús miró y vio seis grandes cántaros de piedra. Les dijo a los sirvientes: “Llenen esas tinajas de agua”. Los sirvientes llenaron cada cántaro hasta el borde, hasta que estuvieron completamente llenos.

“Sáquenla ahora y sírvanla al jefe de la fiesta”, ordenó Jesús. El agua se había convertido en vino. Los sirvientes hicieron exactamente lo que Jesús había dicho, pero no le dijeron al jefe del banquete cómo habían conseguido ese vino. Cuando el jefe del banquete lo probó, se acercó al novio y le dijo: “La mayoría de la gente sirve primero el mejor vino y, cuando la gente se siente satisfecha, sirve el de menor calidad. Pero tú has dejado el mejor vino para el final”. No sabía de dónde procedía el vino, pero pudo comprobar que era mejor que el que habían tomado antes.

Dios honró la fe de María, y permitió a Jesús hacer este milagro. Gracias a la fe de María, los sirvientes obedecieron completamente a Jesús, y los invitados tuvieron vino de sobra para toda la fiesta. Los discípulos de Jesús también se asombraron de lo sucedido, y su fe en Jesús se fortaleció.

Este fue el primer milagro de Jesús. A través de este milagro, él fortaleció la fe de sus seguidores. Al realizar un milagro en una boda, les mostró que Dios se preocupa por las familias y su felicidad. Si seguimos a Jesús, él también puede traer felicidad a nuestras familias. Sólo tenemos que confiar y seguirle. ¿Lo harás?

14. La purificación del templo

"Mas Jehová está en su santo templo; calle delante de él toda la tierra."

Habacuc 2:20

Juan 2:12-22 / DTG capítulo 16

Legó de nuevo la hora de la Pascua, así que Jesús y sus discípulos viajaron a Jerusalén para la fiesta. La gente venía a Jerusalén de todo Israel, e incluso de otros países, para adorar a Dios durante este tiempo especial.

Algo triste había sucedido en el patio del templo: los sacerdotes se habían dado cuenta de que toda la gente que venía de lejos no podía traer animales para los sacrificios, así que decidieron vender ellos mismos estos animales en el patio del templo. ¿Era esto algo que los sacerdotes debían hacer? No, no lo era. Había otros lugares donde la gente podía comprar animales. Pero ahora el patio del templo parecía un mercado ruidoso y sucio. No había reverencia, y era imposible adorar a Dios en un lugar así. Cualquiera que entrara en el templo oiría y olería los animales. Vería a la gente discutiendo sobre los costosos precios de los animales. Oiría el tintineo de las monedas. Era difícil llegar al altar, y casi imposible concentrarse y orar. ¿Cómo podría alguien adorar a Dios en este desorden?

Con tristeza, Jesús observó lo que sucedía. Encontró pequeños cordones de cuerda y los sostuvo en su mano mientras miraba a la

gente con una mirada seria. Los sacerdotes y los vendedores vieron esto, y de repente sintieron miedo. Sabían que lo que estaban haciendo estaba mal, pero no querían admitir que estaban equivocados. En lugar de arrepentirse y pedirle a Jesús que los ayudara, comenzaron a salir corriendo del templo con sus animales. Jesús se acercó a las mesas que estaban cubiertas con montones de dinero y las volcó, derramando todas las monedas en el suelo. El dinero que había en esas mesas se había ganado engañando a la gente, por lo que no estaba bien que los sacerdotes y los vendedores se quedaran con él.

“¡Quiten estas cosas!” ordenó Jesús, “No conviertan la casa de mi Padre en un mercado”. Jesús no hizo daño a nadie con las cuerdas que tenía en las manos, pero los culpables tuvieron tanto miedo como si esas cuerdas hubieran sido una espada, y salieron corriendo tan rápido como pudieron.

Ahora el templo estaba tranquilo. Había algunas personas que no habían huido de Jesús; lo observaban en silencio. Ahora sentían que el templo volvía a ser un lugar santo, porque Jesús estaba allí. Había limpiado el templo de todo el ruido, la confusión y el engaño que había habido allí, y ahora la gente podía entrar y adorar a Dios de nuevo. Jesús se quedó con gusto y enseñó a la gente que decidió quedarse a adorar. También sanó a todos los enfermos que se acercaron a él.

Los sacerdotes que huyeron de Jesús se sintieron terriblemente avergonzados. Después de un tiempo, volvieron sigilosamente al templo. Se sorprendieron al oír a la gente cantando alabanzas a Dios y agradeciendo a Jesús su curación. A los sacerdotes no les gustaba ver lo que hacía Jesús. No les gustaba que les mostrara que necesitaban arrepentirse, y no les gustaba ver que la gente amaba

tanto a Jesús. Trataron de discutir con él, pero estaba claro que él tenía la autoridad para limpiar el templo.

Jesús, el Mesías, limpió el templo cuando comenzó su ministerio. Quería que la gente pudiera venir al templo y encontrar la presencia de Dios allí, y ser bendecida. Por eso su presencia expulsó a las personas y los negocios que impedían que otros pudieran adorar a Dios.

La Biblia también dice que nuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo. Jesús promete limpiar también el templo de nuestro cuerpo, para que él pueda vivir en nosotros y ayudarnos a vivir vidas santas. Pidámosle que limpie el templo de nuestro cuerpo, y agradezcámosle que está dispuesto a quitar todo lo que nos impida acercarnos a Dios. Él lo hará si le dejamos hacerlo, y si confiamos en él.

15. Nicodemo

"Respondió Jesús y le dijo: De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios." Juan 3:3

Juan 3:1-17 / DTG capítulo 17

Nicodemo era un fariseo, y era un importante líder judío. La mayoría de los sacerdotes y líderes odiaban a Jesús, pero Nicodemo pensaba de otra manera. Realmente quería conocer a Jesús y hablar con él. No estaba seguro de que Jesús fuera el Mesías, pero podía ver que había algo especial en él. Decidió visitar a Jesús durante la noche, para que nadie lo viera y lo molestara.

Jesús recibió con gusto a Nicodemo. Sabía lo que Nicodemo necesitaba. Aunque este hombre era un maestro importante, todavía no entendía cómo es que Dios nos salva.

Jesús le dijo: "Para ver el reino de Dios, tienes que nacer de nuevo". ¿Nacer de nuevo? Nicodemo estaba confundido. Preguntó: "¿Cómo puede un hombre nacer cuando es viejo? ¿Cómo puede alguien volver a la panza de su madre?"

Por supuesto, Jesús no quería decir que tuviéramos que volver a ser bebés. Le dijo pacientemente a Nicodemo: "No te sorprendas de que te diga que debes nacer de nuevo. Para entrar en el reino de Dios, tu corazón tiene que estar limpio de pecado, y necesitas que el Espíritu de Dios esté en ti, guiando lo que haces y piensas. Si el Espíritu de Dios está en ti, harás las cosas de Dios. Si no, harás las

cosas de este mundo”. Jesús estaba diciendo que tenemos que dejar que el Espíritu Santo cambie nuestros corazones de tal manera que actuemos, pensemos y sintamos como personas nuevas - como si hubiéramos nacido de nuevo.

Nicodemo se sintió incómodo. ¿Le estaba diciendo Jesús que tenía que cambiar? “He sido un buen fariseo toda mi vida”, pensó Nicodemo, “he seguido todas las reglas y he hecho todo lo correcto. ¿Por qué dice Jesús que tengo que cambiar? ¿No es suficiente seguir todas las reglas?”

No, no era suficiente. Ninguna de esas cosas importaba si el Espíritu de Dios no estaba en su corazón. Jesús le explicó suavemente a Nicodemo: “¿Sabes cómo actúa el Espíritu de Dios en ti? Es similar al viento; no sabes de dónde viene el viento, pero puedes sentirlo. De la misma manera, no sabes cómo es que Dios te cambia, pero puedes ver que tu carácter cambia poco a poco. Notarás que cada día eres más amable y más bondadoso. Esta es la obra del Espíritu”.

Nicodemo asintió con la cabeza mientras empezaba a comprender. “Aunque he hecho muchas cosas buenas, mi corazón no es puro. Necesito nacer de nuevo”, pensó. Le preguntó a Jesús: “¿Cómo pueden suceder estas cosas?”

Jesús respondió: “¿Recuerdas cuando los israelitas estaban en el desierto y las serpientes los mordían? ¿Cómo se salvaron? Se salvaron mirando una serpiente de bronce en un poste. Al elegir mirar allí, demostraron que creían en las palabras de Dios. Yo seré colgado de la misma manera que esa serpiente de bronce, para que quien crea en mí tenga vida eterna. Así es como Dios ama a todos los seres humanos: Ha dado a su Hijo para que, si creen, se salven”.

Nicodemo asintió con seriedad. Toda su vida había ido al templo para demostrarle a Dios lo bueno que era, pero ahora sabía que eso

era inútil. A partir de ahora, iría al templo para aprender más sobre Dios y su Hijo. Quería que el Espíritu de Dios obrara en él y cambiara su carácter.

Nicodemo pensó cuidadosamente en todo lo que Jesús le explicó. Durante tres años, siguió a Jesús en silencio. Pero después de que Jesús murió y resucitó, Nicodemo se convirtió en uno de los más firmes seguidores de Jesús. Nunca olvidó la conversación especial que tuvo con Jesús aquella noche, en la que el Salvador le explicó cómo Dios salva a las personas. ¿Dejarás tú también que Jesús envíe su Espíritu a tu vida, para cambiarte? ¡Él realmente quiere hacerlo!

16. La mujer samaritana

“Mas el que bebiere del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás; sino que el agua que yo le daré será en él una fuente de agua que salte para vida eterna.” Juan 4:14

Juan 4:1-42 / DTG capítulo 19

Jesús y sus discípulos llegaron a Samaria. “No nos quedaremos aquí mucho tiempo”, pensaron los discípulos. Aunque tanto los judíos como los samaritanos adoraban a Dios, discutían sobre cómo y dónde adorarlo. Los judíos y los samaritanos no se querían, así que no había razón para quedarse.

Pero Jesús tenía otros planes. Llegaron a un pozo de agua, y Jesús dijo a sus discípulos: “Por favor, vayan a comprar comida. Yo los esperaré aquí”. Los hambrientos discípulos fueron con gusto a comprar algo de comida.

Mientras Jesús esperaba en el pozo, una mujer vino a sacar agua del pozo. Jesús le dijo: “Por favor, dame agua”. La mujer se sorprendió. “¿Por qué me pides agua? Tú eres judío y yo soy de Samaria”. ¿Por qué le hablaba este judío? Los judíos jamás hablaban con los samaritanos.

Jesús le contestó: “Si supieras quién es el que te habla, le pedirías, y él te daría agua viva”. La mujer estaba un poco confundida. “Señor, ¿cómo puedes sacar agua, si no tienes con qué hacerlo? El pozo es profundo”, dijo ella.

Jesús respondió pacientemente: “Estoy hablando de agua viva. Quien bebe agua de este pozo volverá a tener sed, pero yo tengo agua que es eterna”. Jesús trataba de decirle que si lo aceptaba, se sentiría tan satisfecha que no desearía nada más. La mujer dijo: “Señor, por favor, dame de esta agua, para que no tenga más sed y no tenga que venir a sacar agua otra vez”.

Jesús le contestó amablemente: “Ve, llama a tu marido y vuelve”. “No tengo marido”, respondió ella. “Tienes razón”, dijo Jesús, “porque has tenido cinco maridos, y el hombre que está contigo ahora no es tu marido”.

La mujer se quedó asombrada. ¿Cómo sabía Jesús todo esto? Se sintió un poco asustada y no quiso hablar de su vida pecaminosa. Quería hablar de otra cosa. “Señor, creo que eres un profeta”, dijo ella, “Por favor, dime, ¿dónde debemos adorar? Nosotros los samaritanos queremos adorar en esta montaña, pero los judíos quieren adorar en Jerusalén”.

Jesús le contestó: “Un día, no adorarán ni aquí en este monte, ni allí en Jerusalén. Lo importante no es el lugar. Lo que importa es que adoren y amen al Dios verdadero”.

La mujer miró a Jesús y le dijo: “Sé que el Mesías viene, y que nos dirá todas las cosas”. “Sí”, dijo Jesús, “yo soy él, el que te está hablando”. La mujer se alegró mucho. Creyó lo que Jesús le decía. Dejó el cántaro y corrió a buscar a sus amigos y familiares para llevarlos a escuchar a Jesús. “¡Vengan a ver a un hombre que me ha dicho todo lo que yo he hecho! ¿No es él el Mesías?” dijo con alegría a sus familiares y amigos.

Justo cuando ella se iba, llegaron los discípulos con la comida. Estaban confundidos al ver a Jesús hablando con una mujer samaritana. No pensaron que a Jesús le interesara hablar con

samaritanos, pero pronto un gran grupo de personas había venido al pozo y escuchaban ansiosamente a Jesús. Le rogaron que se quedara con ellos unos días. Jesús se quedó gustosamente con ellos durante dos días más, enseñándoles sobre el reino de Dios. Durmió en sus casas y comió su comida. A partir de entonces, mucha gente de Samaria creyó en él.

Los discípulos aprendieron que Dios tiene hijos en todas partes, y que los judíos no eran los únicos que debían recibir la salvación de Dios. Jesús vino a salvar también a los samaritanos y a personas de todas las naciones. Dios ama a todas las personas de todos los países, y nos ofrece la salvación a cada uno de nosotros, sin importar de dónde vengamos. También nos ofrece la salvación a ti y a mí. ¿La aceptarás?

17. Jesús sana al hijo del noble

“Y cuál la supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos, según la operación del poder de su fuerza.” Efesios 1:19

Juan 4: 43-54 / DTG capítulo 20

Vivía un hombre rico en Capernaúm. Era judío y uno de los funcionarios del rey. Su hijo estaba gravemente enfermo, y ninguno de los médicos podía ayudarle ya. Cuando este hombre oyó hablar de Jesús, comenzó a tener la esperanza de que Jesús pudiera sanar a su hijo. Si Jesús no lo sanaba, su hijo seguramente moriría.

En el fondo, este noble se preguntaba si Jesús era realmente el Mesías. Pensó: “Si Jesús cura a mi hijo, creeré que es el Mesías. Pero si mi hijo muere, entonces para nada creeré en Jesús”. Viajó a Caná, donde estaba Jesús, y pidió hablar con él.

Jesús sabía lo que había en el corazón de este hombre. Se sintió triste porque este hombre sólo elegiría creer si Jesús hacía lo que él quería que hiciera. Se supone que debemos creer porque creemos en las palabras de Dios, no porque Dios haga lo que nosotros queramos. Es egoísta creer sólo si las cosas salen como nosotros queremos. Jesús trató suavemente de ayudar al hombre a ver esto. Le dijo amablemente: “No creerás si no ves milagros”.

El noble escuchó a Jesús y comprendió que estaba siendo egoísta, y que su falta de fe en Jesús como el Mesías podría causar la muerte de su hijo. Ahora sabía que Jesús podía leer sus pensamientos y que todo era posible para él. Le suplicó a Jesús: “Por favor, ven, o mi hijo morirá”. Jesús le respondió amablemente: “Vete; tu hijo vive”.

Ahora la fe de este hombre se había fortalecido. Creyó en las palabras de Jesús y se volvió a su casa confiando en que Jesús había sanado a su hijo.

Cuando llegó a su casa al día siguiente, los sirvientes lo recibieron con alegría. “¡Tu hijo está bien!” le dijeron gozosos. “¿Cuándo ha sucedido esto?” preguntó él. “A la hora séptima”, le dijeron. Era la misma hora en que Jesús le había dicho: “Tu hijo vive”.

¡Qué feliz y agradecido estaba al ver a su hijo sano de nuevo! Este hombre y toda su familia se convirtieron en seguidores de Jesús.

Las palabras de Jesús son también para nosotros. No necesitamos esperar a que Jesús haga lo que queremos antes de creer en él; eso sería egoísta. Simplemente necesitamos creer en sus palabras y confiar en él. Él estará feliz de ayudarnos. ¿Se lo permitirás?

18. Juan el desinteresado

"Respondió Juan y dijo: No puede el hombre recibir nada, si no le fuere dado del cielo." Juan 3:27

Juan 3:22-36; Mateo 11:1-11; Lucas 7:18-28. / DTG capítulos 18 y 22

La fama de Jesús crecía mientras viajaba de un lugar a otro, enseñando y sanando. Poco a poco, la gente comenzó a reunirse en torno a Jesús, y cada vez menos personas se quedaban a escuchar a Juan el Bautista. Los discípulos de Juan se dieron cuenta de esto, y no estaban contentos.

Los discípulos de Juan querían que siguiera teniendo muchos seguidores. Se quejaron ante él de lo que hacían Jesús y sus discípulos. "Están bautizando y la gente viene a ellos", decían con envidia.

Esto era una tentación para Juan. ¿Sentiría celos de Jesús? ¿Querría toda la atención y el honor para sí mismo, y no para Jesús? No, no lo haría. Juan se negó a sentir lástima por sí mismo. Estaba tan cerca de Dios que comprendió que, si la gente iba a Jesús, entonces él había hecho su trabajo. Juan dijo suavemente a sus discípulos: "Sólo puedo tener lo que el cielo me da. No soy el Mesías; mi trabajo ha sido mostrar a la gente quién es el Mesías, y este trabajo lo he hecho". Juan se llenó de alegría al ver que la gente elegía estar cerca de Jesús, y se contentó con vivir en la tranquilidad.

Pero Juan no estaba destinado a una larga vida de tranquilidad, y su fe iba a ser puesta a prueba. Poco tiempo después de que Jesús

comenzara su ministerio, a Juan le ocurrió algo desagradable. El rey Herodes lo encarceló. El rey había respetado a Juan, pero recientemente había tomado la esposa de su hermano y Juan había declarado que eso estaba mal. Debido a esto Herodías, la nueva esposa del rey, no lo quería a Juan en absoluto. Ella convenció a Herodes que pusiera a Juan en prisión, a pesar de que él nunca había hecho nada malo.

Pasó el tiempo y Juan seguía en la cárcel. Los discípulos de Juan venían a menudo a visitarlo. Le contaban lo que hacía Jesús y le preguntaban: “¿Por qué no te ayuda a salir de la cárcel?” Juan se preguntaba lo mismo. Se sentía triste en la oscura celda, y a menudo tenía la tentación de dudar de Jesús, porque esperaba que éste se convirtiera en rey y derrotara a los romanos. Pero Juan también recordaba las palabras de Dios durante el bautismo de Jesús -éste es mi Hijo amado, en quien me complazco- y esto le ayudaba a mantener su fe. También se sentía triste porque sus discípulos dudaban de Jesús, y se preocupaba por ellos. Finalmente, Juan decidió enviar a sus discípulos a Jesús con una pregunta.

Los discípulos de Juan se acercaron a Jesús y le dijeron: “Juan pregunta, ¿eres tú el que debe venir o debemos buscar a otro?” Jesús les invitó amablemente a que se quedaran a observarlo durante todo el día. Los discípulos de Juan vieron a Jesús, hora tras hora, bendiciendo a la gente. Curó a muchos enfermos, enseñó a la gente y la consoló. Al final del día, Jesús dijo a los discípulos de Juan: “Vayan y cuéntenle a Juan lo que han visto. Los que no pierdan su fe en mí serán bendecidos”.

Cuando los discípulos de Juan se fueron, Jesús comenzó a hablar a la gente sobre Juan. Les recordó que Juan siempre había dicho la verdad, y que siempre había predicado lo que Dios quería que

predicara. Nunca había cambiado sus creencias e ideas sólo para gustar a la gente. “No ha habido nadie más grande que Juan el Bautista”, dijo Jesús, porque Juan había sido tan humilde y fiel a Dios.

Juan escuchó atentamente lo que sus discípulos le contaron sobre Jesús. Lo que Jesús estaba haciendo le recordó a una profecía del Mesías en Isaías 61:1: “Me ha elegido y me ha enviado a llevar la buena noticia a los pobres y a curar a los quebrantados de corazón...” El corazón de Juan se iluminó. Ahora sentía paz, porque estaba seguro de que Jesús era el Mesías. “Confiaré plenamente en Dios, me pase lo que me pase”, pensó Juan, “no me tendré lástima si Dios permite que siga en la cárcel”.

Juan también comprendió finalmente que Jesús jamás se convertiría en un poderoso rey terrenal. “No vendrá a cambiar nuestro país; vino a cambiar nuestros corazones y caracteres; quiere llenar nuestros corazones de amor hacia otros, así como es él”, pensó Juan con serenidad. Agradeció a Dios que le ayudara a darse cuenta de cómo era Dios en realidad.

Juan había pasado tanto tiempo con Dios que había aprendido a ser desinteresado. No era orgulloso ni celoso. Comprendió que todo lo que tenemos es porque Dios nos lo ha dado. Aceptó de buen grado el plan que Dios tenía para él, aunque significara estar en una oscura prisión. Este es el tipo de fe en Dios que todos los seguidores de Dios necesitan. Podemos pedirle a Jesús que nos dé también esta fe en él.

19. La muerte de Juan

"Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro." Romanos 8:38-39

Mateo 14:1-11; Marcos 6:17-28. / DTG capítulo 22

Juan estaba en la cárcel. El rey Herodes, que lo había puesto allí, sabía que debía dejar libre a Juan; en realidad Juan le agradaba, y creía él que enseñaba la verdad. Pero Herodes estaba influenciado por su mujer, Herodías, y quería complacerla. Ella lo había obligado a encarcelar a Juan. A ella no le gustaba lo que Juan enseñaba, y no quería arrepentirse ni cambiar sus costumbres. Herodes pensó que pronto dejaría libre a Juan, pero decidió que todavía no lo haría.

Entonces llegó el cumpleaños de Herodes. Había planeado una gran fiesta y había invitado a muchas visitas importantes. Durante la fiesta, Herodes y sus invitados bebieron mucho alcohol y comieron tanto que no podían pensar con claridad. De repente, la hija de Herodías, llamada Salomé, entró en la sala y se puso a bailar para los invitados. Era joven y bellísima, y a Herodes le gustó mucho. Debido a todo lo que había comido y bebido, no podía pensar con claridad, e hizo algo terriblemente insensato: se ofreció a darle todo lo que ella quisiera.

Salomé corrió hacia su madre y le preguntó: "Madre, ¿qué debo pedir?" "Pide la cabeza de Juan el Bautista en un plato grande",

respondió Herodías. Salomé se horrorizó. No quería pedir eso. Pero su madre insistió, y finalmente, eso fue lo que Salomé le pidió a Herodes.

Los invitados de Herodes escucharon lo que Salomé pidió, y toda la sala se quedó en silencio. Todos los presentes sabían que Juan el Bautista era un hombre bueno e inocente, y que no debía morir. Pero todos habían bebido y comido tanto que no podían pensar con claridad, y nadie tuvo el valor de impedir que el rey Herodes hiciera algo tan terrible. Si al menos un invitado hubiera defendido a Juan, el rey Herodes se habría sentido lo suficientemente fuerte como para decir: “No, Juan no será asesinado. No lo haré”. El rey Herodes se sintió muy mal, pero sintió que tenía que cumplir su promesa a Salomé delante de todos sus invitados, sino parecería débil. Así, Juan fue asesinado.

Herodías se alegró al principio, pero pronto se sintió terrible. El pueblo de Israel amaba a Juan y pensaba que Herodías era una mujer detestable por pedir su cabeza. Y en cuanto al rey Herodes, no tuvo paz. Dios le dio tiempo para arrepentirse de sus pecados, pero lamentablemente no lo hizo. Vivió una vida infeliz a pesar de ser rey.

Lo que le ocurrió a Juan fue completamente injusto. Si tan sólo Herodes y sus invitados hubieran permitido que el Espíritu de Dios obrara en ellos, esta muerte nunca hubiera ocurrido. La historia de Juan es tristísima, pero Dios quiere que su pueblo también aprenda de la experiencia de Juan. Los que aman a Dios deben ser consolados, como lo fue Juan, cuando tienen que sufrir por culpa de personas egoístas y necias que se niegan a dejar que Dios los guíe. Dios no abandonó a Juan, y no nos abandonará a nosotros. Juan tuvo que morir aunque no había hecho nada malo, al igual que Jesús, y muchos otros seguidores de Jesús después de ellos. Pero cuando

Jesús vuelva para llevarnos al cielo, Juan resucitará y disfrutará de estar con Dios para siempre. Al igual que Juan, podemos confiar en Dios incluso cuando suceden cosas malas. ¿Confiarás en Dios pase lo que pase?

20. La pesca milagrosa

"Y cuando trajeron a tierra las barcas, dejándolo todo, le siguieron."

Lucas 5:11

Mateo 4:18-22; Marcos 1:16-20; Lucas 5: 1-11 / DTG capítulo 25

Amanecía junto al lago de Genesaret, en el mar de Galilea. Pedro y Andrés estaban decepcionados. "No hemos podido pescar nada durante la noche", dijeron, "y durante el día es imposible pescar algo". Sus amigos de la otra barca, Jacobo y Juan, tampoco habían pescado nada. Al volver a la orilla, vieron que Jesús había llegado.

Jesús había venido a descansar y orar en la orilla, pero no tardó en llegar gente de todas partes. Mucha gente quería estar cerca de él para curarse y consolarse. Querían escuchar sus palabras. Pronto hubo tanta gente alrededor de Jesús que se subió a la barca de Pedro para poder ser visto y escuchado mejor por la multitud. Desde la barca, Jesús les enseñó hermosas verdades sobre el reino de Dios y su amor por ellos.

Cuando Jesús terminó de hablar, se dirigió a Pedro y le dijo: "Sal al mar y echa las redes". Pedro estaba desanimado después de la larga noche que había pasado sin poder pescar nada. También sabía que durante el día los peces no se acercarían a las redes. Pero confió en Jesús y le dijo: "Señor, hemos trabajado toda la noche y no hemos pescado nada. Pero porque tú lo dices, echaré la red". Y así lo hizo.

De repente, la red empezó a llenarse de peces. De hecho, estaba tan llena que Pedro y Andrés necesitaron ayuda. Llamaron a Jacobo y a Juan para que trajeran su barca y les ayudaran. Incluso con dos barcas, la red estaba tan llena que las barcas corrían peligro de hundirse. ¡Esto sólo podía ser un milagro!

Pedro se olvidó de las redes y se arrodilló a los pies de Jesús. “Déjame, porque soy un pecador”, le dijo a Jesús. Pedro realmente quería estar con Jesús, pero sentía que era tan pecador que no podía estar con alguien tan puro y bueno como Jesús. Pero, por supuesto, Jesús quería que Pedro estuviera con él. Le dijo amablemente: “No tengas miedo. A partir de ahora, pescarás personas en lugar de peces”. Jesús invitó a Pedro a unirse a él en su trabajo de llevar a las personas a Dios. Pedro dijo con gusto que sí a Jesús.

Pedro, Andrés, Jacobo y Juan habían estado escuchando a Jesús antes de esto, pero ninguno de ellos había dejado su trabajo de pesca para seguirlo plenamente. Habían dudado de Jesús porque no les gustaba a los sacerdotes y porque no libraba a Juan el Bautista de la cárcel. Pero ahora ya no tenían dudas. Confiaban plenamente en Jesús.

Ahora Jesús invitó a Andrés, Jacobo y Juan a seguirle también. Los cuatro hombres dejaron sus barcas y sus redes y siguieron a Jesús desde entonces. De la misma manera que Jesús llamó a estos hombres, también nos llama a nosotros a seguirle y a aprender de él. ¿Aceptarás su invitación?

21. La curación en el estanque

"Y él os dio vida a vosotros, cuando estabais muertos en vuestros delitos y pecados." Efesios 2:1

Juan 5 / DTG capítulo 21

Era sábado por la mañana, y Jesús caminaba cerca de un estanque llamado Betesda. Alrededor del estanque había pórticos, y bajo estos pórticos yacían muchos enfermos. La gente creía que de vez en cuando un ángel ondeaba las aguas del estanque, y que siempre que esto ocurría, el que entraba primero en el agua quedaba curado de cualquier enfermedad. Todos estos enfermos se quedaban allí, esperando las ondas y esperando entrar en el agua antes que los demás. Esperaban ser los primeros y los más rápidos. ¿Te parece que esta es la forma en que Dios haría las cosas? ¡Por supuesto que no! Estas eran historias falsas que la gente creía, y muchos sufrían por ello.

Jesús miró a su alrededor y vio a todos los enfermos que sufrían alrededor de la piscina. Ansiaba sanarlos a todos en ese momento, pero no era el momento adecuado, porque causaría demasiados problemas con los líderes judíos. Pero sabía que había un hombre al que tenía que curar ese sábado por la mañana: el más enfermo, débil y desesperado de todos. Este hombre estaba paralizado, lo que

significa que no podía mover los brazos ni las piernas. Llevaba 38 años paralizado y sabía que pronto iba a morir.

Jesús se inclinó hacia él y lo miró amablemente. “¿Quieres ser sanado?” le preguntó. El hombre se sintió animado por el hecho de que alguien quisiera ayudarlo, pero luego se puso triste. Le dijo a Jesús: “Señor, no hay nadie que me ayude a entrar en la piscina. Siempre hay otra persona que se mete en el agua antes que yo”.

Jesús le respondió simplemente: “Levántate, toma tu cama y camina”. El hombre no conocía a Jesús y nunca había oído hablar de él, pero vio algo en Jesús que le hizo decidirse a simplemente obedecer sus palabras. Decidió intentar levantarse, y lo hizo. De repente, todo su cuerpo volvió a estar sano y fuerte. Sus piernas y brazos funcionaron. Se levantó y recogió con gusto su estera de dormir, como Jesús le había dicho. Pero cuando levantó la vista para darle las gracias a Jesús, éste ya no estaba.

“¿Adónde se fue? ¡Espero volver a verlo!” pensó el hombre curado. Salió caminando, cargando alegremente su cama. En el camino vio a varios fariseos y les contó con entusiasmo lo que había sucedido. Los fariseos deberían haberse alegrado de verlo sano y fuerte de nuevo, pero en cambio se sintieron enojados. Le preguntaron: “¿Por qué llevas tu cama en el día de reposo?” Los fariseos habían inventado leyes que decían que a la gente no se le permitía cargar cosas en el día sábado, aunque esto no era lo que las Escrituras enseñaban sobre el sábado.

El hombre sanado les dijo: “El que me curó me dijo que tomara mi cama y caminara”. Ni siquiera había recordado que era sábado, pero no sentía la culpabilidad de haber hecho algo malo.

“¿Quién es este hombre que hizo esto?” preguntaron los fariseos. “No sé quién es”, respondió el hombre curado. Pero por supuesto, los fariseos sabían muy bien que había sido Jesús.

Un poco más tarde, el hombre fue al templo a llevar una ofrenda. Y allí, en el templo, vio a Jesús. Se alegró mucho y dijo a los fariseos: “¡Este hombre es el que me ha sanado!” Estaba muy contento de volver a ver a Jesús y de darle las gracias.

Jesús le dijo amablemente: “Has sido sanado. No peques más, o te puede pasar algo peor”. El hombre curado se fue alegre, siempre agradecido por lo que Jesús había hecho por él.

Los fariseos vieron todo esto y se sintieron molestos y disgustados. Tan pronto como pudieron, llevaron a Jesús ante los líderes judíos. Querían castigarlo por romper las leyes del sábado que ellos habían inventado. “¿Por qué has sanado en sábado?” le preguntaron.

Jesús miró a todos estos importantes hombres judíos y contestó suave y respetuosamente. “Hago lo que Dios, mi Padre, me pide que haga. No hago nada que él no quiera que haga”, respondió. Animó a los líderes a estudiar las Escrituras sobre el Mesías.

Los líderes estaban enfadados porque Jesús había roto sus reglas del sábado hechas por el hombre. Les molestaba que dijera que era el Hijo de Dios. No querían un Mesías como Jesús; no querían un Mesías que les enseñara que sus corazones debían cambiar. Sólo querían un Mesías que hiciera de la nación judía un país rico y poderoso.

¡Si tan solo los sacerdotes y los líderes hubieran escuchado y creído a Jesús como lo hizo el hombre paralítico! El paralítico simplemente escuchó a Jesús y le creyó, y su creencia hizo posible que obedeciera las palabras de Jesús, y quedó completamente curado.

Los sacerdotes y los líderes también podrían haber sido completamente curados de su envidia, su egoísmo y sus pecados, si sólo hubieran creído a Jesús. Cada uno de ellos tenía una elección que hacer, y tristemente, muy pocos eligieron creer en las palabras de Jesús. Nosotros también tenemos esa elección. ¿Creeremos en las palabras de Jesús, como hizo el paralítico, o lo rechazaremos como lo hicieron los sacerdotes y los líderes?

22. Jesús rechazado en Nazaret

“El Espíritu de Jehová el Señor está sobre mí, porque me ungió Jehová; me ha enviado a predicar buenas nuevas a los abatidos, a vendar a los quebrantados de corazón, a publicar libertad a los cautivos, y a los presos apertura de la cárcel.” Isaías 61:1

Lucas 4:16-30; Mateo 13:54-58; Marcos 6:1-6 / DTG capítulo 24

Jesús había estado lejos de su casa en Nazaret durante muchos meses. Ahora vino a visitar a su familia y a la gente con la que había crecido. Todas estas personas lo conocían, y también habían oído hablar de los milagros que había realizado y de las cosas que enseñaba.

El sábado por la mañana, Jesús fue a la sinagoga, y allí le pidieron que leyera las Escrituras en voz alta. Leyó unos versículos de Isaías. Estos versículos decían que el Mesías vendría a predicar a los pobres, a consolar a la gente triste, a liberarla del pecado y a ayudarla a ver la verdad. Jesús leyó mientras la gente escuchaba atentamente. Luego cerró los pergaminos y dijo: “Hoy se cumple aquí mismo esta Escritura”.

Al principio, la gente se llenó de alegría y asombro. ¿Podría Jesús ser realmente el Mesías que habían estado esperando? Luego dudaron. ¿Cómo podría salir algo bueno de Nazaret? ¿Y cómo podía ser Jesús el que esperaban? Lo conocían desde que era un niño. Sí,

Jesús nunca había hecho nada malo, pero era muy pobre. Lo habían visto trabajar como carpintero. Conocían a su familia. ¿Cómo podría ser él mejor que ellos? Nunca los liberaría del gobierno romano como ellos esperaban. No, no podía ser el elegido.

Jesús sabía lo que estaban pensando, y eso le entristecía. Intentó mostrarles con delicadeza lo que ocurría en sus corazones. “Cuando hubo hambre en Israel en tiempos de Elías, Dios lo envió a vivir con una viuda en un lugar llamado Sarepta, lejos de Israel, aunque también había muchas viudas en Israel. Y en tiempos de Eliseo, había muchos leprosos en Israel, pero Dios sólo pudo curar a Naamán, que era de Siria”. En estas historias, el pueblo de Israel no había recibido las bendiciones de Dios porque no tenía fe, pero hubo personas de otros países que habían creído en Dios, y habían sido bendecidas. Lo mismo le sucedería a la gente de Nazaret; si no creían en Jesús, entonces no podrían ser bendecidos por él. Las bendiciones irían a personas de otros lugares que creerían en Jesús.

La gente de Nazaret se enfureció cuando escuchó esto. No les gustaba que se les dijera que estaban equivocados. No les gustaba escuchar que los de otras naciones podrían recibir más bendiciones que ellos. Satanás los controló ahora, y comenzaron a empujar a Jesús fuera de la sinagoga y hacia un acantilado. Querían arrojarlo por el acantilado y matarlo. Pero antes de que pudieran empujarlo, los ángeles de Dios protegieron a Jesús y lo llevaron a un lugar seguro.

Jesús se entristeció por no poder hacer por su ciudad natal lo que había hecho por tantos otros pueblos. Ansiaba consolarlos con las verdades de Dios y curar a sus enfermos. Pero tuvo que irse, porque no lo aceptaron como el Mesías.

Sin embargo, les dio una oportunidad más. Varios meses después, justo antes del final de su ministerio, Jesús volvió a Nazaret. La gente había podido escuchar muchas más acerca de su ministerio, y sabían que tenía un poder que ninguna persona normal tiene. Volvieron a escuchar sus palabras, pero la mayoría seguía sintiendo rabia al recordar su última visita a Nazaret, y se negaron a creer que fuera el Hijo de Dios. Muy pocas personas en Nazaret abrieron sus corazones a Jesús, y éste sólo pudo realizar unos pocos milagros allí. El resto del pueblo perdió sus bendiciones porque eran demasiado orgullosos para creer en él.

¡Qué triste que la gente de Nazaret perdiera la oportunidad de recibir a Jesús como el Mesías! Con Jesús cerca, se daban cuenta de lo pecadores que eran, y eso no les gustaba. Querían, en cambio, un Mesías que los hiciera ricos y poderosos. Lamentablemente, querían ser libres de los romanos, pero no libres de sus pecados. Hoy tenemos la misma elección. ¿Queremos recibir la libertad del pecado y la belleza del carácter que Jesús quiere darnos, o preferimos las cosas de este mundo? ¿Qué eliges tú?

23. En Capernaúm

"Sáname, oh Jehová, y seré sano; sálvame, y seré salvo; porque tú eres mi alabanza." Jeremías 17:14

Lucas 4:31-44; Mateo 8:14-17; Marcos 1:21-39 / DTG capítulo 26

Jesús pasó mucho tiempo en Capernaúm, y fue allí muchas veces. ¿Recuerdas cuando sanó al hijo del noble? Después de eso, la gente de Capernaúm amó a Jesús. Cada vez que llegaba, le llevaban sus enfermos para que los curara, y escuchaban con gusto sus enseñanzas. Cuando Jesús les enseñaba, la gente se sorprendía. “¡Enseña como si tuviera autoridad!” decían. Jesús explicaba las cosas con sencillez y claridad, y de repente las Escrituras parecían mucho más fáciles de entender. Esto no sucedía cuando los sacerdotes y los fariseos enseñaban. La gente sabía que lo que Jesús decía era la verdad. Y mientras escuchaban, se sentían amados y reconfortados por él.

Un sábado, Jesús estaba predicando en la sinagoga. Estaba enseñando sobre el reino de Dios que los liberaría de Satanás. De repente, un hombre poseído por un demonio se acercó corriendo a Jesús, gritando: “¡Déjanos, Jesús de Nazaret! ¿Has venido a destruirnos? Sé que eres el Santo de Dios”. No era el hombre quien decía estas palabras, sino el demonio que llevaba dentro. El hombre no podía decir ninguna palabra por sí mismo; sólo podía pensarlas y esperar que Jesús entendiera que quería ser liberado de este demonio.

Jesús entendió exactamente lo que este hombre quería. Reprendió al demonio y le dijo: “¡Deja de hacer eso! Sal de él”. El demonio no quería salir, pero tenía que obedecer a Jesús. Intentó matar al hombre antes de dejarlo, pero Jesús no lo permitió. Después de llorar fuertemente, el demonio dejó al hombre. Por fin, ¡el hombre era libre! Alabó a Dios por su liberación, y vivió siempre agradecido a Jesús por haberlo ayudado.

Después de esto, Jesús fue a la casa de Pedro para descansar. La suegra de Pedro estaba en la cama, enferma con una gran fiebre. Jesús se acercó a ella. Le tocó la mano y le dijo a la enfermedad: “Déjala”. La suegra de Pedro se sanó al instante. Se sentía tan bien y estaba tan agradecida, que rápidamente se levantó de la cama y preparó comida para Jesús y todos sus discípulos.

Mientras Jesús permanecía en esta casa, la gente le llevaba sus enfermos, durante todo el día, e incluso durante la noche. Jesús los curó a todos con mucho cariño, aunque tardó casi toda la noche en hacerlo. Y por la mañana temprano, se levantó, se dirigió a un lugar alejado de la gente y oró.

Esto fue lo que Jesús hizo muchas veces. Ayudaba con gusto a cualquiera que tuviera fe en él, y recibía el poder de su Padre cada día para hacerlo. Nosotros también podemos confiar en que Jesús nos ayude y nos sane, especialmente del pecado en nuestras vidas. Si oramos y nos acercamos a él, con gusto nos dará la ayuda que necesitamos.

24. Jesús sana a un leproso

"Y Jesús, teniendo misericordia de él, extendió la mano y le tocó, y le dijo: Quiero, sé limpio." Marcos 1:41

Mateo 8:1-4; Marcos 1:40-45; Lucas 5:12-16 / DTG capítulo 27

La lepra era la peor y más temida enfermedad durante los tiempos bíblicos. Era muy contagiosa, por lo que si alguien tenía lepra, tenía que abandonar los pueblos y ciudades y vivir lejos de los demás. Un leproso sólo podía vivir con otros leprosos, así que a veces había grupos de leprosos que vivían juntos fuera de la ciudad.

Uno de estos leprosos oyó hablar de Jesús. Jesús había curado a mucha gente. ¿Podría curar también a un leproso? El hombre empezó a tener esperanzas y, finalmente, creyó que Jesús podía ayudarlo. Necesitaba acercarse a Jesús, pero al mismo tiempo, no se le permitía estar donde había otras personas. Jesús siempre estaba rodeado de gente. ¿Se atrevería el leproso a acercarse?

Un día vio que Jesús estaba enseñando a un gran grupo de personas junto a un lago. El leproso, desde lejos, escuchaba y observaba. Vio a Jesús curando a los enfermos. De repente, estaba seguro de que Jesús podía curarlo. Sólo necesitaba ver si Jesús quería curarlo. Se acercó más y más. La gente lo vio y sintió miedo, y comenzó a alejarse de él. Al leproso no le importó. Sólo vio a Jesús.

Se arrodilló a los pies de Jesús y le dijo: “Señor, si es tu voluntad, puedes limpiarme”.

Jesús lo miró con compasión y lo tocó. Nadie podía tocar a un leproso, pero Jesús sí podía hacerlo. “Sí, es mi voluntad: sé limpio”, respondió Jesús. Al instante, el hombre quedó completamente curado. ¡Cuánta alegría y gratitud sintió en su corazón!

Jesús le dijo al hombre: “No se lo cuentes a nadie hasta que hayas ido a los sacerdotes con una ofrenda”. Había una ley que decía que si un leproso pensaba que estaba curado y quería volver con su familia, tenía que llevar una ofrenda y ver primero a los sacerdotes, para que ellos decidieran si estaba limpio. Jesús quería que el hombre obedeciera esta ley, para que los sacerdotes vieran que él los respetaba y no estaba en contra de ellos. Pero había otra razón por la que Jesús le dijo al hombre que no se lo dijera a nadie hasta que hubiera visto a los sacerdotes: Sabía que ellos no estarían contentos de saber que había curado a un leproso. Si los sacerdotes se enteraban que Jesús había curado a este hombre, podrían incluso decirle que todavía tenía lepra, e impedirle volver a casa. Pero el hombre curado estaba tan contento que no podía callarse. A todos los que cruzó en el camino les contó lo que Jesús había hecho por él.

La lepra nos recuerda el pecado. Al igual que era imposible que los médicos curaran la lepra, y sólo Jesús podía hacerlo, también es imposible que nos libremos del pecado por nosotros mismos. Sólo podemos hacerlo con la ayuda de Jesús. Y Jesús anhela, más que nada, limpiarnos de la lepra del pecado. ¿Se lo permitirás?

25. El techo abierto

"Ten ánimo, hijo; tus pecados te son perdonados." Mateo 9:2

Mateo 9:1-8; Marcos 2:1-12; Lucas 5:17-26 / DTG capítulo 27

Jesús estaba de nuevo en Capernaúm, enseñando en casa de Pedro. Cuando la gente se enteró de que Jesús estaba allí, comenzó a reunirse. Dentro de la casa estaban Jesús y sus discípulos, además de los fariseos y maestros de la ley. El resto de la gente se acercó como pudo, pero pronto la casa quedó llena y desbordada, y mucha gente tuvo que permanecer fuera.

De repente, cuatro hombres trajeron a un paralítico en una cama. Querían que Jesús curara a su amigo, que llevaba muchos años paralizado. Intentaron abrirse paso entre la multitud y entrar por la puerta, pero había demasiada gente; era imposible. Entonces uno de ellos tuvo una idea: "¡Subamos al tejado!" Los cuatro amigos subieron al techo, llevando a su amigo. Abrieron el tejado y lo bajaron con cuidado, a los pies de Jesús.

El paralítico sabía que había enfermado porque había llevado un estilo de vida muy pecaminoso. Sin embargo, cuando oyó hablar de Jesús, empezó a tener la esperanza de que, al encontrarse con él, recibiría el perdón de sus pecados. Aunque nunca se curara, al menos quería saber que Dios lo perdonaba por las cosas malas que había hecho. Los fariseos jamás le habían dicho a este hombre que Dios lo amaba y lo perdonaba; le habían dicho que Dios estaba enojado con él por todos los pecados que había cometido. Jesús sabía todo esto; lo

primero que le dijo al hombre fue: “Hijo, alégrate; tus pecados han sido perdonados”.

¿Sus pecados fueron perdonados? Esto hizo tan feliz al paralítico, que no pidió nada más. ¡Por fin tenía la paz de saber que Dios lo había perdonado!

Pero los fariseos que estaban allí no estaban contentos. Pensaban: “Le dijimos a este hombre que está enfermo que Dios está enojado con él. Y ahora miren - ¡Jesús dice que sus pecados son perdonados! ¡Eso es un error! Sólo Dios puede perdonar los pecados. ¿Quién es Jesús para hacer esto?”

Jesús sabía lo que los fariseos estaban pensando. Los miró y les dijo: “¿Por qué piensan mal en sus corazones? Después de todo, ¿qué es más fácil? ¿Es más fácil decir 'tus pecados te son perdonados', o es más fácil decir 'levántate y anda'? Pero ahora sucederá algo para que sepan que tengo el poder de perdonar los pecados”. Entonces Jesús se dirigió al paralítico y le dijo: “Levántate, toma tu cama y vete a tu casa”.

Este hombre había venido a Jesús con la ayuda de cuatro hombres que lo llevaban en brazos. Pero ahora que Jesús había hablado, ¡parecía tan diferente! Sus huesos y sus músculos volvieron a ser fuertes. Se puso de pie y fue capaz de cargar su cama por sí mismo. La gente lo vio y se asombró. “¡Alabado sea Dios!” decían.

Los fariseos no creían que Jesús tuviera el poder de perdonar los pecados, pero cuando Jesús perdonó y sanó al hombre, quedó completamente claro que su poder venía de Dios. Qué triste que los fariseos no aceptaran esto y en cambio estuvieran celosos de Jesús. En lugar de pedirle a Jesús que los perdonara y los sanara a ellos también, se fueron de la casa de Pedro y planearon matar a Jesús.

Jesús todavía tiene el poder de perdonar nuestros pecados. Él quiere hacerlo. Y desea curarnos de las cosas terribles que nos hace el pecado. Acudamos hoy a él y pidámosle que nos ayude.

26. El sábado

"Por consiguiente, es lícito hacer el bien en los días de reposo."

Mateo 12:12

Lucas 6:1-5; Marcos 2: 23 - 28; Mateo 12:1-8 / DTG capítulo 29

Dios había hecho del sábado un día especial para que la gente lo pasara con él. Lamentablemente, con el paso de los años, el sábado se arruinó porque los sacerdotes y fariseos habían inventado toda clase de reglas muy fastidiosas para el sábado. Estas reglas convirtieron el sábado en un día que la gente temía. Todos estaban tan preocupados de no hacer algo equivocado en el sábado, que no podían disfrutarlo. No podían descansar y sentir la paz de la presencia de Dios. No podían recordar que Dios quería sanarlos y perdonarlos especialmente en el día de reposo. Pensaban que Dios estaba siempre dispuesto a enojarse con ellos, y esto les daba miedo. Jesús sabía que esto ocurría. Por eso enseñó a la gente cómo guardar el sábado.

Un sábado, Jesús y sus discípulos pasaban por un campo de grano. Los discípulos tenían hambre y recogieron parte del grano para comer mientras caminaban. Esto estaba permitido; si alguien pasaba por un campo de grano o un árbol frutal y necesitaba comer, estaba bien recoger lo suficiente para comer allí mismo, para satisfacer su hambre. Pero los fariseos enseñaban que esto no debía hacerse en sábado, porque, para ellos, recoger grano o frutos era lo

mismo que trabajar. “Mira lo que hacen tus discípulos: ¡trabajan y rompen el sábado!” le dijo alguien a Jesús.

¿Qué es más importante, satisfacer las necesidades de la gente o cumplir leyes innecesarias? Para explicar esto, Jesús les recordó una historia de las Escrituras. Dijo: “¿Recuerdan cuando David y sus hombres comieron el pan del Santuario?” Los sacerdotes conocían bien esta historia. David huía del rey Saúl, que quería matarlo. Pero David no se escondía solo; tenía todo un ejército de soldados con él. Un día estaban muy hambrientos y no llevaban comida. Vieron que la casa del Señor estaba cerca, y David recordó que allí había pan. Este pan era especial; era una ofrenda, y sólo los sacerdotes podían comerlo. Pero David finalmente entró y tomó ese pan para sus hombres hambrientos. No quería ser irreverente ni irrespetuoso, pero creía que Dios les permitía comer ese pan porque tenían mucha hambre y no había nada más que comer. Y Dios lo permitió.

Jesús continuó diciendo: “Ahora, aquí mismo, hay alguien más grande que el templo. Yo soy el Señor también del sábado”. ¿Por qué dijo Jesús que él era más grande que el templo? Porque el templo, y todo lo que había en él, estaba allí para enseñar a la gente sobre él. No tenía sentido que la gente siguiera todo tipo de reglas y ceremonias del sábado si nada de esto les ayudaba a aprender sobre Dios y a acercarse a él.

“El sábado fue hecho para el hombre, y no el hombre para el sábado”, enseñó Jesús. El sábado debía ser un día de bendición y alegría para la gente, no un día de cargas y restricciones. Es un día para recordar el poder de Cristo para crear y salvarnos. Sí, hay cosas que no hacemos en el sábado, pero eso es porque queremos tener más tiempo para estar con Dios y pensar en su palabra. Dios nos dice que no hagamos esas cosas para proteger su conexión con nosotros

en este día especial, para que seamos bendecidos. El sábado es un día de paz y descanso, porque Jesús se acerca más a nosotros que en otros días. ¿Aceptarás este día especial que Dios quiere darte?

27. La curación del sábado

"Él sana a los quebrantados de corazón, y venda sus heridas."

Salmo 147:3

Lucas 6:6-11; 13:10-17; 14:1-6; Marcos 3:1-6; Mateo 12:9-14 / DTG capítulo 29

Jesús y sus discípulos acababan de comer granos de trigo del campo en sábado, lo que los fariseos decían que era quebrantar el sábado. Pero no, Jesús no había quebrantado el sábado; él y sus discípulos simplemente habían estado comiendo porque necesitaban alimento. Les explicó que ayudar a la gente y satisfacer sus necesidades es algo bueno que se puede hacer en sábado.

Un poco más tarde ese mismo día, Jesús pudo enseñar más sobre lo que es el sábado. Fue a la sinagoga y vio que había un hombre con una mano seca. Los fariseos querían ver lo que él haría. Jesús sabía que pensarían que estaba quebrantando el sábado si sanaba al hombre. Le dijo al hombre: "Párate aquí". Luego miró a los fariseos y les preguntó: "¿Es lícito hacer el bien en los días de reposo, o hacer el mal? ¿Salvar la vida, o matar?"

Todos se quedaron callados. Jesús los miró con tristeza. Sabía que los fariseos se negaban a aceptar lo que él decía. Los judíos creían que si podías hacer algo para ayudar a alguien, pero no lo hacías, entonces eso era lo mismo que hacer el mal. Así que, por supuesto, ellos sabían que curar en sábado era lo correcto. ¿No sería malo dejar que el hombre siguiera enfermo, cuando Jesús podía

sanarlo? Además, ¿cómo podía el hombre disfrutar del sábado si estaba enfermo? Jesús le dijo al hombre: “Extiende tu mano”. El hombre lo hizo y quedó curado al instante.

Otro sábado, Jesús fue invitado a comer en casa de un fariseo. Un hombre acudió a Jesús para que lo curara. Tenía una enfermedad llamada hidropesía; su cuerpo estaba todo hinchado y dolorido. Jesús volvió a preguntar a los fariseos que estaban allí: “¿Es lícito hacer el bien en el día de reposo?” Por supuesto, los fariseos no pudieron decir que no, así que Jesús curó al enfermo allí mismo.

Entonces Jesús les recordó que si una de sus ovejas cayera en un pozo en sábado, por supuesto que la sacarían de inmediato; no dejarían que la oveja muriera en el pozo sólo porque fuera sábado. ¿Por qué, entonces, querrían que una persona enferma siguiera sufriendo en el día de reposo cuando podría ser curada? ¿No es acaso una persona más valiosa que una oveja?

Otro sábado, Jesús estaba de nuevo en una sinagoga. Había allí una mujer que llevaba dieciocho años enferma. Estaba encorvada y no podía mantenerse en pie. Jesús la llamó y le dijo: “Mujer, ya estás libre de tu enfermedad”. Entonces le impuso las manos y quedó curada al instante. Ahora podía ponerse de pie, y glorificaba a Dios con alegría.

Los sacerdotes deberían haberse alegrado de ver a esta mujer sana de nuevo, pero en lugar de eso, dijeron con enfado: “Hay seis días para trabajar, y seis días para sanar; la gente no debería venir a ser curada en el día de reposo”.

Jesús preguntó con tristeza: “¿No sacan cada uno de ustedes sus bueyes y burros a beber agua en sábado? Esta mujer es más que un buey o un asno; es una hija de Abraham. ¿Qué mejor día que el sábado para que sea liberada de su enfermedad?” Cuando Jesús dijo

esto, los sacerdotes se avergonzaron, porque sabían que tenía razón. El resto del pueblo se alegró por las cosas maravillosas que hizo Jesús.

El sábado es un día santo, un día especial. Es santo porque Dios envía su Espíritu en una medida extra en este día. Y donde está el Espíritu de Dios, hay sanidad y consuelo. Jesús hizo la mayoría de sus milagros en sábado, debido a este flujo del Espíritu de Dios hacia nosotros. El sábado es un día maravilloso para liberarnos del pecado y de la enfermedad, y Dios puede darnos una alegría y un consuelo especiales en este día, tal como Jesús se lo dio a estas personas que sanó. ¿Aceptarás este día especial que Dios quiere darte para pasar tiempo con él?

28. El siervo del centurión

"Ve, y como creíste, te sea hecho." Mateo 8:13

Mateo 8:5-13; Lucas 7:1-10 / DTG capítulo 32

Los maestros judíos creían que Dios sólo se preocupaba por los judíos, y que la salvación era sólo para los judíos. Esto, por supuesto, no era cierto. Dios había elegido al pueblo judío para que recibiera su ley y la compartiera con personas de todo el mundo. El plan de Dios era que los extranjeros que visitaran Israel vieran el amor y la alegría del pueblo judío, la sabiduría de su ley y su gobierno, y quisieran conocer a su Dios. A través de los judíos, Dios bendeciría al mundo. Pero trágicamente, esto no sucedió. El egoísmo de los judíos hizo que sea difícil que la gente que no era judía entendiera el amor de Dios.

Un día, un centurión vino a Jesús. Un centurión es un poderoso soldado romano que está a cargo de 100 soldados. Este hombre tenía un siervo al que quería mucho. Un día, su siervo enfermó de parálisis y estaba a punto de morir. El centurión sintió una profunda tristeza y estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para que su siervo se curara. Recordó que había oído hablar de un hombre llamado Jesús, que curaba a la gente, y creyó que Jesús podía sanar a su criado.

Pero el centurión recordó que era romano y no judío. ¿Querría Jesús ayudar a alguien que no era judío? Este centurión siempre había sido amable y servicial con los líderes judíos, pero no sabía si él, como romano, podía pedirle ayuda a Jesús. Entonces pensó: "Tal

vez Jesús esté dispuesto a ayudarme si los líderes judíos se lo piden”. Fue a los líderes judíos y les pidió que hablaran con Jesús por él.

Los sacerdotes y los líderes se acercaron a Jesús y le contaron lo que quería el centurión. “Por favor, ayúdalo”, animaron a Jesús, “siempre ha sido amable y servicial con nosotros. Incluso nos construyó una sinagoga”.

Jesús aceptó ayudar. Comenzó a caminar hacia la casa del centurión. En el camino, un mensajero del centurión se encontró con Jesús y le dijo: “El centurión dice que él no es lo suficientemente importante como para que vengas a su casa. No hace falta que vengas”. Jesús no se apartó; estaba más que dispuesto a ir a sanar al siervo del centurión, así que siguió caminando hacia la casa del hombre.

Cuando el centurión se enteró de que Jesús seguía viniendo a su casa, fue él mismo a encontrarse con Jesús en el camino. “Señor, no me creía digno de encontrarte yo mismo”, le dijo a Jesús, “pero basta con que hables y sé que mi criado quedará curado. Creo que tienes autoridad del cielo, igual que yo tengo autoridad de Roma. Sólo tengo que decir a mis soldados y a mis siervos que hagan esto o aquello, y se hace. Creo que a ti te pasa lo mismo; si lo ordenas, se hará”.

Jesús se quedó maravillado con lo que oía. Dijo a la gente que lo observaba: “No he encontrado una fe tan grande, ni siquiera en Israel”. Y al centurión le dijo: “De la misma manera que has creído, que se haga contigo”. En ese mismo momento, el siervo del centurión fue sanado.

Este hombre no sabía casi nada de Dios. Era muy difícil para él aprender sobre el verdadero Dios debido a su vida como soldado, los ídolos que creció adorando, y la forma en que los judíos se negaban a compartir a Dios con los no judíos. Incluso se dio cuenta de que los

líderes judíos rechazaban a Jesús, y eso le confundía. Pero a pesar de ello, creyó. Mostró más fe que incluso los maestros judíos, que deberían haber sabido más. Nosotros también podemos elegir tener esta fe. ¿Creemos en las cosas que Dios nos dice en la Biblia, que puede hacer por nosotros? Si tan sólo creemos, lo hará por nosotros.

29. El hijo de la viuda de Naín es resucitado

"Despiértate, tú que duermes, y levántate de los muertos, y te alumbrará Cristo." Efesios 5:14

Lucas 7:11-17 / DTG capítulo 32

Jesús acababa de hablar con el centurión. Sentía gozo después de haber ayudado a este hombre que creía en él a pesar de ser un soldado romano. Después de esto, Jesús y sus discípulos comenzaron a caminar hacia el pueblo de Naín, que estaba a 20 millas de distancia. Durante todo el día, mientras caminaba, la gente lo seguía, escuchándolo y llevándole sus enfermos para que los sanara. La gente que caminaba con Jesús estaba llena de gozo.

Al llegar a Naín, vieron algo que de pronto los hizo sentir muy tristes. Otro grupo de personas estaba a punto de enterrar a un joven muerto. El muerto era el único hijo de su madre, y su madre era viuda; su marido también había muerto. Esta mujer ya no tenía familia. Se quedaría sola, sin nadie que la cuidara. Las personas que estaban con ella podían sentir su tristeza mientras caminaban hacia la tumba.

El grupo que estaba con Jesús se encontró con el grupo que iba a enterrar al joven. Jesús se acercó a la madre y le dijo suavemente: "No llores". Podía sentir su tristeza y quería consolarla. Luego, se

acercó al féretro y lo tocó. Cualquiera que tocara el féretro o a un muerto era considerado impuro. Pero Jesús no se volvía impuro por tocarlo, porque tenía autoridad sobre la muerte.

Todo el mundo se quedó callado de repente. Estaban atentos a lo que haría Jesús. Podía curar muchas enfermedades. ¿Podría también resucitar a alguien de entre los muertos?

Entonces Jesús habló en voz alta y clara: “Joven, te digo que te levantes”. El joven abrió los ojos, y Jesús le tomó la mano y le ayudó a sentarse. Entonces el joven comenzó a hablar. ¡Cuánto se alegró la madre de poder abrazar de nuevo a su hijo!

La gente había acudido a un funeral triste, pero ahora todos alababan a Dios con alegría. Sabían que ese poder que tenía Jesús sólo podía venir de Dios.

Jesús quiere consolarnos y darnos vida, igual que consoló a la madre y dio vida a su hijo. Cuando venga a llevarnos al cielo, podemos estar seguros de que tendrá el poder de resucitar a la gente de entre los muertos. Podemos confiar en que él es la vida, y da vida a todos los que creen en él. Si creemos esto, seremos consolados cuando sucedan cosas tristes. Agradecemos a Dios su poder para darnos vida y consuelo.

30. La verdadera familia de Jesús

“Porque todo aquel que hace la voluntad de Dios, ese es mi hermano, y mi hermana, y mi madre.” Marcos 3:35

Mateo 12:22-50; Marcos 3:20-35; Lucas 11:14-23 / DTG capítulo 33

Jesús anduvo por distintos lugares sanando, enseñando y consolando a la gente. Sus acciones mostraban a todos cómo es Dios, nuestro Padre. Pero, lamentablemente, los mismos líderes, que deberían haberse alegrado de conocer a Jesús, estaban molestos con él. Comenzaron a difundir mentiras sobre Jesús. “Él utiliza el poder de Satanás para expulsar a los demonios”, decían a la gente.

¿Era esto cierto? Por supuesto que no. Jesús preguntó amablemente: “¿Cómo puede Satanás ahuyentar a Satanás? ¿Cómo puede Satanás luchar contra sí mismo?” Jesús continuó: “El que no está de mi lado está contra mí. No puedes estar de mi lado y estar contra mí al mismo tiempo”.

Jesús miró a los fariseos que habían dicho esta mentira acerca de él. Eran demasiado orgullosos para admitir que estaban equivocados. Les advirtió: “Si siguen rechazando la verdad que Dios les muestra, cometerán el pecado contra el Espíritu Santo”. Si la gente se niega a escuchar lo que el Espíritu Santo les dice, entonces eventualmente Dios ya no podrá llegar a sus corazones. Es muy peligroso rechazar al

Espíritu Santo cuando está tratando de decirnos que necesitamos arrepentirnos de algo.

Jesús enseñó a la gente algo más. “No es suficiente que eche fuera un espíritu maligno. El espíritu maligno puede salir, pero si vuelve y encuentra que el corazón de la persona está vacío, volverá a entrar y traerá consigo otros siete espíritus malignos”. Jesús quería echar el mal del corazón de las personas, pero también era importante que lo aceptaran en sus corazones. Si Jesús llena el corazón de una persona, entonces el mal no podrá entrar en él. Sin Jesús, una persona puede terminar incluso peor que antes.

Los hermanos de Jesús, los hijos de José, escucharon lo que Jesús estaba enseñando. Oyeron que él estaba trabajando duro y sanando a la gente, pero que los fariseos estaban molestos con él. “¿Por qué no está de acuerdo con los fariseos? ¿Por qué no trata de agradecerles?” se preguntaban. Al escuchar lo que Jesús estaba haciendo, se sintieron avergonzados. “Tenemos que detenerlo”, dijeron. Se dirigieron a María y le pidieron que los acompañara. Tal vez, con su ayuda, podrían impedir que Jesús hiciera todas esas cosas. No creían que Jesús fuera el Mesías.

Jesús seguía enseñando a la gente cuando sus discípulos le anunciaron: “Tu madre y tus hermanos te buscan”. Jesús sabía por qué habían venido su madre y sus hermanos; habían venido para impedirle hacer la obra de Dios entre la gente. Por supuesto, recibió amablemente a los miembros de su familia, pero también dijo a los que estaban allí: “Mi madre y mis hermanos son los que hacen la voluntad de mi Padre que está en el cielo”. Jesús amaba a su madre y a sus hermanos, y eran muy especiales para él, pero no eran las únicas personas con las que Jesús podía estar cerca. Las personas que

quieren hacer la voluntad de Dios son las que pueden estar más cerca de Jesús.

Si permitimos que Jesús entre en nuestros corazones para ayudarnos a hacer la voluntad de Dios, él estará más cerca de nosotros que un hermano, un padre o un amigo. Todos sus hijos llegarán a ser como una familia para nosotros, y tendremos más hermanos y hermanas amorosos y amables de lo que podemos imaginar, ¡porque todos estaremos llenos del amor y la bondad de Jesús! ¿Quieres formar parte de esa familia?

31. Calla, enmudece

"Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo." Romanos 5:1

Mateo 8:23-27; Marcos 4:35-41; Lucas 8:22-25 / DTG capítulo 35

Había sido un día muy ocupado para Jesús. Había estado enseñando y sanando durante muchas horas. El sol se estaba poniendo y él no había comido ni descansado en todo el día.

“Crucemos el lago hasta la otra orilla”, dijo Jesús a sus discípulos. Se despidieron de la gente y subieron a la barca. Jesús estaba muy cansado, se acostó y pronto se quedó profundamente dormido. Los discípulos remaron la barca, y algunas de las personas que habían estado escuchando a Jesús subieron a otras barcas para seguirlo por el lago.

Era una tarde hermosa y tranquila en el lago. Pero de repente el cielo se oscureció, empezó a soplar un fuerte viento y se desató una gran tormenta. La tormenta era tan fuerte que las barcas empezaron a hundirse. Los discípulos eran fuertes pescadores y sabían exactamente qué hacer durante una tormenta, pero pronto se dieron cuenta de que no podían hacer nada para evitar que se hundieran.

De repente se acordaron de Jesús. Lo llamaron, pero no respondió. ¿Dónde estaba? El barco ya se estaba hundiendo. De repente cayó un rayo, y a través de esa luz, vieron dónde estaba Jesús: Estaba durmiendo tranquilamente. Gritaron a Jesús: “Maestro,

¿no te importa que estemos a punto de morir?” Sus gritos despertaron a Jesús. “¡Sálvanos, Señor, que nos estamos muriendo!” le dijeron.

Jesús se levantó, alzó la mano al cielo y ordenó: “¡Calla, enmudece!” La tormenta cesó inmediatamente y el mar volvió a estar en calma. Las nubes se alejaron y las estrellas volvieron a brillar. Jesús miró a sus discípulos con tristeza y les dijo: “¿Por qué tenían miedo? ¿Dónde está su fe?”

Los discípulos se callaron. La gente en los demás barcos estaba callada. Todos habían visto a Jesús levantarse y calmar la tormenta. “¿Qué clase de hombre es éste, que hasta los vientos y las olas le obedecen?” susurraron entre ellos.

Jesús siempre había estado en paz. Confiaba en su Padre, y debido a esta confianza, se le había dado el poder de calmar la tormenta. Pero sus discípulos no tenían la misma fe. Habían confiado en su propia capacidad para sobrevivir a la tormenta, hasta que finalmente se vieron obligados a aceptar que no podían salvarse a sí mismos. Sólo entonces, cuando se dieron cuenta de su debilidad, se acordaron de pedir ayuda a Jesús.

“¿Dónde estaba su fe?” les preguntó Jesús. Si hubieran tenido fe en Jesús todo el tiempo, nunca habrían llegado a estar a punto de hundirse. Si hubieran llamado a Jesús en cuanto empezó la tormenta, habrían estado a salvo y en paz todo el tiempo, como lo había estado Jesús.

¿Confiamos en Jesús todo el tiempo? ¿Estamos cerca de él constantemente, o sólo acudimos a él cuando nos damos cuenta de que no podemos hacer las cosas por nosotros mismos? Los que tienen verdadera fe le pedirán a Jesús que esté con ellos todo el tiempo. Por

nosotros mismos no podemos hacer nada, pero a través de Jesús todo es posible.

32. Los hombres endemoniados

“Vete a tu casa, a los tuyos, y cuéntales cuán grandes cosas el Señor ha hecho contigo, y cómo ha tenido misericordia de ti.” Marcos 5:19

Mateo 8:28-34; Marcos 5:1-20; Lucas 8:26-39 / DTG capítulo 35

Después de que pasó la gran tormenta, Jesús y sus discípulos pasaron toda la noche cruzando el lago en su barca. Por la mañana temprano llegaron a la orilla. Parecía una playa tranquila porque estaba lejos del pueblo más cercano, pero en cuanto Jesús y sus discípulos bajaron de la barca, vieron algo terrible.

Dos hombres salieron corriendo de una cueva. De sus brazos y piernas colgaban cadenas rotas; sangraban por los cortes que se habían hecho; tenían el pelo largo, enmarañado y sucio, y no llevaban ropa. Se enfurecían como animales peligrosos. Estaban poseídos por el demonio. Nadie podía acercarse a esta playa, porque estos hombres eran muy peligrosos.

Los discípulos corrieron de vuelta a su barca, pero Jesús se quedó quieto, justo donde estaba. Cuando levantó la mano, los dos endemoniados no se atrevieron a acercarse a él, pero estaban muy agitados y les salía espuma de la boca. Jesús ordenó a los espíritus malignos que salieran de estos hombres.

Los dos hombres sintieron que Jesús podía ayudarles, e intentaron arrodillarse y adorar a Jesús, pero los demonios no les dejaron hablar. En cambio, los demonios hablaron a través de los hombres. Los demonios dijeron: “¿Qué tengo que ver contigo, Jesús, el Hijo de Dios? Por favor, no me atormentes”.

“¿Cuál es tu nombre?” preguntó Jesús. Los demonios siguieron hablando: “Me llamo Legión, porque somos muchos”. No había sólo un demonio dentro de cada uno de estos hombres; había todo un grupo de ellos. Estos demonios sabían que tenían que dejar a los hombres inmediatamente, y no estaban contentos. Un poco más lejos, había una enorme piara de cerdos que pertenecía a la gente del pueblo cercano. “Déjanos entrar en esos cerdos”, rogaron los demonios. Jesús les permitió hacerlo. Inmediatamente, la piara de cerdos se desbocó y corrió hacia un acantilado cercano. Todos los cerdos saltaron del acantilado al agua y se ahogaron.

Los pastores de cerdos vieron todo lo que había pasado, y rápidamente corrieron a avisar a los dueños y al resto de la gente del pueblo. “¡Los cerdos están todos muertos!” dijeron.

Los dueños de los cerdos estaban muy disgustados, porque al perder los cerdos, perdían mucho dinero. Estaban tan enfadados por haber perdido su riqueza, que su primer pensamiento fue culpar a Jesús. ¡Si tan sólo hubieran entendido que Jesús no podía proteger a sus cerdos, porque éstos se habían convertido en ídolos para ellos! “Es su culpa que los cerdos estén muertos. Pidámosle que se vaya de inmediato”, dijeron. Los dueños no se daban cuenta de que eran los demonios de Satanás los que habían destruido sus cerdos, no Jesús.

En ese momento, la gente estaba tan alterada por la pérdida de sus riquezas que no tuvo la oportunidad de asombrarse por el cambio en los endemoniados. Cuando la gente del pueblo llegó para despedir

a Jesús, estos dos hombres ya estaban vestidos, sentados a los pies de Jesús y escuchando sus enseñanzas. En lugar de enfurecerse, echar espuma y atacar, estaban quietos y tranquilos, y sus rostros parecían pacíficos y amables. La gente había tenido miedo de venir a esta playa por culpa de estos hombres, pero ahora este lugar era seguro.

Jesús sabía que la gente del pueblo necesitaba más tiempo para pensar en lo que había pasado. Hoy lo rechazaban, pero podrían cambiar de opinión si se les daba otra oportunidad. Aceptó marcharse inmediatamente, y él y sus discípulos comenzaron a subir a sus barcas. Pero antes de partir, les dio a los dos hombres un trabajo especial. “Vayan a casa con sus amigos y cuenten las grandes cosas que el Señor ha hecho por ustedes, y cómo se compadeció de ustedes”, dijo Jesús bondadosamente. Los hombres querían ir con Jesús; se sentían seguros y amados cerca de él, y querían escuchar sus enseñanzas. Pero aceptaron hacer lo que Jesús les pedía. Se convirtieron en los primeros misioneros de Jesús.

Los dos hombres no sabían mucho sobre las enseñanzas de Jesús, pero compartieron con gusto lo que sabían: contaron lo que Jesús había hecho por ellos. Unos meses después, Jesús volvió a este mismo lugar. Esta vez, nadie lo despidió. De hecho, Jesús tuvo que quedarse allí tres días, porque había miles de personas que querían escucharlo. Querían conocer al compasivo Hijo de Dios que había ayudado a dos endemoniados.

El testimonio de lo que Jesús hizo por los dos hombres atrajo a muchos a Jesús, para que pudieran ser bendecidos y ayudados. ¿Quieres ayudar a la gente? No necesitamos esperar hasta conocer la teología difícil; todo lo que necesitamos es compartir lo que Jesús ha hecho por nosotros, así como como lo hicieron estos dos hombres

que fueron curados de los demonios. ¿Compartirás con otros para que tengan la oportunidad de conocer a Dios a través de Jesús?

33. La mujer enferma y la hija de Jairo

"Porque contigo está el manantial de la vida; En tu luz veremos la luz."

Salmo 36:9

Mateo 9:18-26; Marcos 5: 21-43; Lucas 8: 40-56 / DTG capítulo 36

Un día, un hombre se acercó rápidamente a Jesús, se arrodilló a sus pies y le dijo: "Mi hijita está a punto de morir; ¡te ruego que vengas a imponerle las manos, para que sane y viva!" Este hombre era Jairo, un hombre rico y el jefe de la sinagoga.

Por supuesto, Jesús aceptó ayudar a Jairo. Juntos, comenzaron a caminar hacia su casa. Los discípulos y muchas otras personas lo siguieron. De hecho, había tanta gente con Jesús que era difícil avanzar. Jesús se detenía de vez en cuando para curar o consolar a alguien. A Jairo le preocupaba mucho que avanzaran tan lentamente. Quería que Jesús llegara a su hija lo antes posible.

De repente, Jesús se detuvo y preguntó: "¿Quién me ha tocado?" Los discípulos no entendían por qué Jesús preguntaba esto. ¿Acaso no se topaba todo el mundo con Jesús y lo tocaba? "Señor", le dijeron, "hay gente a tu alrededor, ¿y preguntas quién te ha tocado?"

Jesús respondió amablemente: "Sé que alguien me ha tocado, porque ha salido poder de mí". Jesús siguió mirando a la multitud, hacia una mujer que había tratado de esconderse entre la gente.

“¡Fui yo!”, admitió la mujer, y se arrodilló ante Jesús, “Llevo doce años enferma y sangrando. He gastado todo mi dinero en médicos, pero ninguno ha podido ayudarme. Cuando oí hablar de Jesús de Nazaret, supe que podía curarme. No quería molestarlo, Señor, así que traté de tocar sólo el borde de tu manto. Sabía que eso sería suficiente para curarme, ¡y así fue! Muchas gracias”. Lloraba mientras hablaba.

Jesús la miró y le habló amablemente. Le dijo: “Te has sanado porque has tenido fe. Vete en paz”. Jesús deseaba que todo el mundo tuviera fe en él como lo hizo esta mujer, por eso quería que la gente la viera y escuchara su historia; por eso se había detenido a preguntar quién lo había tocado. La mujer se fue a casa completamente sanada, reconfortada y alegre.

Justo en ese momento, uno de los siervos de Jairo llegó con un triste mensaje: “Señor Jairo, no es necesario molestar más al Maestro. Su hija ha muerto”. Jairo se sintió muy triste, pero Jesús lo miró y le dijo: “No tengas miedo. Sólo cree, y ella quedará sana”. Jairo decidió confiar en Jesús. Juntos, siguieron caminando hasta su casa.

La casa de Jairo ya estaba llena de gente ruidosa. Estas personas eran plañideras y músicos, y su trabajo consistía en hacer muchos ruidos tristes cuando alguien moría. El ruido era tan fuerte que Jesús les pidió que se callaran. “No está muerta, sino dormida”, aseguró a la gente. Los que estaban allí se rieron de Jesús cuando dijo eso. Todos habían visto que la niña estaba muerta. ¿Por qué decía Jesús que no lo estaba?

Jesús pidió entrar en la casa sólo con Jairo, su mujer, y Pedro, Santiago y Juan. Se acercó a la cama de la niña, la tomó de la mano y le dijo: “Niña, levántate”. La niña volvió a la vida al instante y quedó completamente curada. Sus padres la abrazaron y lloraron,

agradecidos a Jesús. “No te olvides de darle algo de comer”, sonrió Jesús mientras se dirigía a su madre, “Lleva muchos días sin comer”. Mientras estuvo enferma, la niña no había podido comer nada, pero ahora que estaba sana de nuevo, podía disfrutar de una deliciosa comida. ¡Imagina la maravillosa y gozosa cena que esta familia disfrutó aquella noche juntos!

Donde está Jesús, siempre hay sanidad, consuelo, vida y alegría. Tanto la mujer enferma como Jairo sabían que necesitaban a Jesús y que él podía ayudarles con sus problemas. Nosotros también necesitamos a Jesús. Pidámosle que esté con nosotros y nos traiga vida, salud y alegría.

34. El Restaurador

"Pero sin fe es imposible agradar a Dios; porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que le hay, y que es galardonador de los que le buscan." Hebreos 11:6

Mateo 9:27-34

Jesús acababa de estar en casa de Jairo. Había curado y devuelto la vida. Todos los días hacía algo para ayudar a la gente y mostrar que Dios trae alegría, sanidad y paz.

Jesús se dirigía a otra casa. Mientras caminaba, dos ciegos comenzaron a seguirlo. Gritaron: "¡Hijo de David, ten piedad de nosotros!" Habían oído que Jesús era un sanador, y esperaban que Jesús estuviera dispuesto a sanarlos a ellos también. Jesús siguió caminando hasta llegar a la casa. Cuando entró, los dos hombres lo siguieron.

Jesús sabía lo que querían, pero era importante mostrar a la gente que los rodeaba cuánta fe tenían estos dos ciegos. Jesús podría haberlos curado de camino a la casa, pero los hizo esperar y les permitió seguirlo para que se viera claramente su fe. Ahora que estaban con Jesús en la casa, Jesús les preguntó: "¿Creen que soy capaz de hacer esto?" Esta fue una oportunidad para que estos hombres hablaran en voz alta sobre su fe en Jesús. "Sí, Señor, creemos que puedes hacerlo", dijeron.

Entonces Jesús les tocó los ojos, y les dijo con cariño: “Que les suceda según su fe”. Y como estos hombres creían que Jesús podía sanarlos, sus ojos se abrieron. ¡Ahora podían ver!

Jesús les dijo: “No se lo digan a nadie”. Pero, por supuesto, los hombres no pudieron guardar silencio: ¡todo el mundo en su zona se enteró de cómo Jesús los había curado!

Justo después de que estos dos hombres dejaran a Jesús, alguien le trajo otro hombre para que lo sanara. Este hombre estaba poseído por el demonio y no podía hablar. Necesitaba ser curado por Jesús, y necesitaba ser liberado del demonio. Jesús expulsó al demonio al instante y el hombre comenzó a hablar.

La gente estaba asombrada. “¡Esto nunca ha ocurrido en Israel!” dijeron. Era muy claro que Jesús tenía un poder que venía de Dios. ¿Cómo podría alguien pensar que no era el Hijo de Dios, el Mesías? Dondequiera que iba, la gente encontraba sanidad, consuelo y libertad. Estar cerca de Jesús era maravilloso.

Pero los sacerdotes no pensaban que fuera maravilloso. Estaban celosos. Veían que la gente escuchaba cada vez más a Jesús y menos a ellos, y eso no les gustaba. Se negaron a creer que Jesús era el Mesías, aunque era indudable que lo era. Comenzaron a decir mentiras a la gente. “Él expulsa a los demonios por medio de Satanás” decían. Pero Jesús les contestó: “¿Por qué lucharía alguien contra sí mismo? ¿Por qué expulsaría Satanás a Satanás?” Sólo Dios podía hacer los milagros que hacía Jesús. Con sus mentiras, los sacerdotes estaban cerrando la obra del Espíritu Santo en sus corazones. Estaban rechazando lo que Dios estaba tratando de decirles.

Los sacerdotes, y todos los que miraban, tenían la oportunidad de tener fe en Jesús. Podían elegir, como los dos ciegos y el hombre

poseído por el demonio, creer que Jesús los amaba y deseaba restaurarlos, o podían elegir creer mentiras sobre Jesús y perderse sus maravillosas bendiciones. Nosotros tenemos la misma elección. ¿Eliges tener fe en él?

35. Aprendiendo a ser obreros de Jesús

“Entonces nacerá tu luz como el alba, y tu salvación se dejará ver pronto; e irá tu justicia delante de ti, y la gloria de Jehová será tu retaguardia.”

Isaías 58:8

Mateo 10; 14:1-2, 12-13; Marcos 6:7-13, 30-32; Lucas 9:1-10 / DTG capítulos 37 y 38

Los doce discípulos seguían a Jesús a todas partes. Escuchaban sus enseñanzas, lo veían curar a los enfermos y conversaban con él. Al observarlo, estaban aprendiendo a trabajar para poder hacer lo que Jesús hacía: enseñar a la gente para que conozca a Dios y entienda su plan para la humanidad.

Ahora era el momento de aprender a trabajar para Jesús, pero separados de él. Serían enviados a contar a otros el evangelio, y cuando regresaran, le contarían a Jesús todo lo que había sucedido.

Jesús dijo: “Salgan de dos en dos a los pueblos y ciudades. Digan a la gente que el reino de los cielos está cerca. Curen a los enfermos, resuciten a los muertos y expulsen a los demonios, y háganlo en mi nombre. Y no lleven nada más que un bastón y la ropa que tienen puesta”. Jesús quería que consolaran a las personas que estaban tristes o asustadas y que les hicieran saber que Dios las amaba. Sus trabajadores tenían que confiar en que Dios les proporcionaría lo que necesitaban.

Jesús también dijo: “Dormirán y comerán en las casas donde la gente los invite. Si la gente no quiere tenerlos allí, entonces deben irse tranquilos y sacudir el polvo de sus pies. Si la gente no quiere darles nada, respétenla, y no se queden con el polvo de su pueblo en los pies”. Los discípulos no necesitaban enojarse con la gente que los trataba mal. Sólo necesitaban estar tranquilos, descansar en el amor del Padre y tratar a los demás con delicadeza.

Jesús dijo a sus discípulos: “Más adelante, puede que terminen hablando con reyes y líderes. No se preocupen por lo que van a decir; el Espíritu de Dios les hará saber exactamente lo que tienen que decir. Sólo confíen en Dios”.

Ahora los discípulos estaban preparados. Salieron en su primer viaje misionero, de dos en dos. Cuando regresaron, estaban muy entusiasmados por contarle a Jesús todo lo que les había sucedido. Le contaron los milagros que habían hecho, y también le hablaron de algunos errores que habían cometido. Jesús los escuchó con ternura y les dio consejos.

Jesús miró a sus discípulos y les dijo: “Vengan, vamos a un lugar tranquilo donde podamos descansar”. Los discípulos estaban cansados después de su viaje misionero, y querían estar a solas con Jesús. Había otros que también necesitaban descansar con Jesús: los discípulos de Juan el Bautista. Juan acababa de morir, y sus discípulos lo habían enterrado. Estaban desconsolados y fueron a Jesús en busca de consuelo. Estos discípulos también se unieron a él en este tiempo de descanso.

Jesús y los discípulos cruzaron el lago hasta llegar a una hermosa zona verde alejada de los pueblos. Allí descansaron. Hablaron de la obra de Dios y de cómo hacerla mejor. Los discípulos se sentían felices de pasar este tiempo con Jesús. Observaron cómo él oraba a

su Padre todas las mañanas, y se dieron cuenta de que ellos también debían hacerlo.

Así es como los discípulos aprendieron a trabajar para Jesús. Nosotros también podemos aprender a trabajar para él. Él está más que feliz de enseñarnos a compartir su amor con los demás. ¿Dejarás que Jesús te enseñe?

36. Comida para cinco mil

"Los ojos de todos esperan en ti, y tú les das su comida a su tiempo."

Salmo 145:15

Mateo 14:13-21; Marcos 6:32-44; Lucas 9:10-17; Juan 6:1-13 / DTG capítulo 39

Jesús, sus discípulos y los discípulos de Juan estaban disfrutando juntos de un tiempo de descanso tranquilo junto al lago, lejos de la gente. Pero este descanso no duró mucho. Muy pronto, la gente descubrió dónde estaba Jesús y lo siguió. Algunos llegaron en barcas y otros caminaron hasta él. En poco tiempo, había una gran multitud alrededor de Jesús. Querían escucharlo y le llevaban a sus enfermos para que los curara. Muchas de estas personas habían venido de lejos, porque iban de camino a Jerusalén para la fiesta de la Pascua.

Jesús amaba a cada una de estas personas y quería ayudarlas. Con mucho gusto les enseñó sobre el reino de Dios. La gente disfrutaba tanto escuchándolo que algunos incluso se olvidaron de sentarse. Jesús no pudo descansar ni comer en todo el día, porque la gente ansiaba estar cerca de él.

Por la tarde, los discípulos le dijeron a Jesús: "Es casi de noche, y la gente no ha comido en todo el día. Tienen que ir a comprar comida. Mándenlos a su casa" Jesús miró a sus discípulos y les dijo: "Denle ustedes de comer". Luego miró a Felipe y le preguntó: "¿Dónde vamos a comprar pan para que esta gente coma?" ¿Tendrían

Felipe y los demás discípulos fe en que Jesús podría alimentar a toda esa gente?

Lamentablemente, Felipe no creía que fuera posible alimentar a tanta gente. “El salario de ocho meses no sería suficiente para dar a cada una de estas personas un poco de comida”, respondió.

Andrés pensaba de forma diferente. Dijo: “Aquí hay un niño que tiene cinco panes de cebada y dos peces. Pero esto no es nada para tanta gente”. Él creía que Jesús podía hacer algo con este poquito de comida, pero no sabía cómo lo haría.

Incluso este poquito de fe de Andrés fue suficiente para Jesús. “Tráeme la comida”, dijo Jesús. Luego pidió a los discípulos que dividieran a la gente en grupos y los hicieran sentarse. Había 5.000 hombres en la multitud, así como muchas más mujeres y niños. Una vez que todos se sentaron, Jesús comenzó su milagro. Miró al cielo, bendijo la comida, empezó a partir el pan y el pescado y se lo dio a sus discípulos. Cuanto más partía la comida, más comida había. Los discípulos tomaron la comida de Jesús y se la dieron a la gente.

La gente se sentó con gusto a descansar. Estaban hambrientos y cansados, y estaban agradecidos de recibir la sencilla comida que Jesús les daba. Cuando terminaron de comer, sobraron doce cestas de comida. Jesús pidió que la gente se llevara esa comida y la compartiera con los demás.

Los discípulos aprendieron, a través de esta historia, que cuando estamos con Jesús, él nos dará las cosas que necesitamos. Si seguimos a Jesús fielmente, no tenemos que preocuparnos por nuestra comida o nuestra ropa; él se encargará de que las tengamos.

Esta historia también enseñó a los discípulos cómo ayudar a los demás. ¿Recuerdas que, justo antes de que llegara la multitud, los discípulos habían estado hablando con Jesús sobre cómo trabajar por

el reino de Dios? Ahora Jesús les mostró cómo hacerlo. ¿Qué les pidió Jesús a los discípulos que hicieran? Les pidió que dieran comida a la gente. Pero, ¿de dónde venía esa comida? De Jesús. Jesús proveyó la comida, y los discípulos tomaron la comida de él para poder dársela a la gente. ¿Y qué pasó con la comida que sobró? La gente se la llevó a casa y la compartió con otros.

¿Qué es la comida, o el pan, en la Biblia? Es la Palabra de Dios. El pan también es Jesús. Jesús quiere que nosotros, sus seguidores, compartamos su Palabra, sus verdades, con los demás. Tenemos que hacerlo como en esta historia: si queremos compartir el mensaje del maravilloso amor de Dios con los demás, primero tenemos que recibirlo nosotros mismos, de Jesús. Si estamos con Jesús, él nos dará las palabras adecuadas, y nos mostrará el camino correcto para compartir su mensaje con los demás. Habrá mucho que compartir. ¿Vendrás a Jesús para que él te alimente y te dé algo para compartir con los demás?

37. Una noche en el lago

"Puestos los ojos en Jesús, el autor y consumidor de nuestra fe."

Hebreos 12:2

Mateo 14:22-33; Marcos 6: 45:52; Juan 6:14-21 / DTG capítulo 40

La gente estaba entusiasmada. Jesús podía alimentar a miles de personas con sólo cinco panes y dos peces. ¡Seguramente tenía que ser el Mesías! Nadie podría hacer algo así a menos que tuviera el poder de Dios para hacerlo. ¡Imagínense lo que podría hacer un país con un rey que pudiera proporcionar alimentos de esa manera!

"Hagámoslo rey ahora", se dijo la gente. Algunos de los hombres hablaron con los discípulos. "Miren, Jesús no está tratando de convertirse en rey en absoluto. Es tan humilde y modesto que no se empeña en ser rey. Deberíamos ser nosotros los que lo coronemos rey. ¡Hagámoslo!" La gente, junto con los discípulos, comenzó a discutir cómo hacer que Jesús se convirtiera en rey.

Jesús sabía lo que estaban haciendo, y se sintió triste. Él no había venido a iniciar un reino terrenal; había venido a traer el reino de Dios a la gente, para que pudiera ser salva del pecado. No podía permitir que le obligaran a convertirse en un rey terrenal. Pidió a la gente que se volviera a casa.

Jesús miró a sus discípulos y les dijo con amabilidad, pero con firmeza: "Quiero que se vayan ahora al otro lado del lago. Yo me quedaré aquí y nos encontraremos allí mañana". Los discípulos no

estaban contentos con esto. Querían quedarse y coronar a Jesús como rey. ¿Por qué Jesús los despedía a todos? Querían obligar a Jesús a que les permitiera quedarse para poder hacerlo rey. Pero cuando lo miraron, vieron que no iba a cambiar de opinión. Le obedecieron y entraron en la barca, pero estaban muy descontentos.

Cuando todos se fueron, Jesús pasó la noche allí solo, orando. Sabía que sus discípulos se sentirían muy decepcionados cuando se dieran cuenta de que nunca se convertiría en un rey terrenal. Sabía que los discípulos estaban desilusionados en ese momento y que les había molestado irse. Oró para que Dios los fortaleciera y les ayudara a entender la verdad sobre el motivo por el que Jesús había venido a la tierra.

Dentro de la barca, los discípulos hablaban de su infelicidad. ¿Por qué Jesús no les dejaba hacerlo rey? ¿Y por qué no les gustaba a los sacerdotes y rabinos? Mientras hablaban, se sentían cada vez más insatisfechos. Cuando subieron a la barca, la noche era tranquila y pacífica. Pero cuanto más hablaban los discípulos de su malestar, más se nublaba el cielo. De repente, una feroz tormenta cayó sobre los discípulos. Durante varias horas lucharon contra la tormenta, tratando de salvarse a sí mismos y a su barco. Finalmente, se dieron cuenta de que no podían hacer nada más. Si Dios no los salvaba, todos se ahogarían.

En ese momento, un relámpago les hizo ver que algo se acercaba a ellos en el agua. Se asustaron y gritaron, pensando que era un fantasma. Pero no era un fantasma: ¡era Jesús! Les gritó: “¡No tengan miedo! Soy yo”. Los discípulos se asombraron al ver que Jesús caminaba sobre las aguas con la misma facilidad que si lo hiciera sobre la tierra, y que venía a estar con ellos.

Los discípulos sintieron un gran alivio y alegría. Pedro dijo a Jesús: “Señor, si eres tú, déjame ir contigo sobre el agua”. “Ven”, invitó Jesús. Pedro miró a Jesús mientras bajaba de la barca, y comenzó a caminar fácilmente sobre el agua. Pero de repente dejó de mirar a Jesús. En su lugar, miró a sus amigos. Quería ver cómo lo miraban mientras caminaba sobre el agua. También miró las enormes y temibles olas. Estas olas no le permitían ver a Jesús. De repente, sintió miedo y empezó a hundirse. Pedro volvió a mirar a Jesús y gritó: “¡Señor, sálvame!”

Jesús extendió su mano y salvó a Pedro. Suavemente, le preguntó: “Oh, hombre de poca fe, ¿por qué dudaste?” Juntos, caminaron hacia la barca y entraron en ella. Pedro estaba tranquilo. Pensó en que todo había ido bien mientras había estado mirando a Jesús, pero en cuanto pensó en sí mismo y dejó de mirar a Jesús, todo había ido mal. Por sí mismo no podía hacer nada; cuando volvió a mirar a sus amigos para ver si lo miraban, casi se ahogó. Cuando miró las enormes olas y dejó de mirar a Jesús, casi se ahoga. Necesitaba a Jesús, y necesitaba mantener sus ojos y pensamientos en Jesús. A nosotros nos pasa lo mismo; si dejamos de mirar a Jesús y dejamos de pensar en él y en sus palabras, estaremos en peligro.

Tan pronto como Jesús se sentó en la barca, el viento dejó de soplar y el barco llegó de repente a la orilla a la que Jesús quería llegar. Los discípulos, y el resto de la gente que estaba en la barca, se quedaron asombrados. Se postraron a los pies de Jesús y, con sentimientos de agradecimiento, le dijeron: “¡Verdaderamente eres el Hijo de Dios!”

“Hombres de poca fe”, había dicho Jesús. Cuando mantenemos nuestros pensamientos en Jesús, tenemos fe. Cuando dependemos de Jesús para vivir nuestra vida, tenemos fe. Cuando miramos a los

demás, a nuestros problemas, o a nosotros mismos, perdemos la fe, porque no vemos a Jesús. Pidamos a Jesús que nos dé su fe, para que podamos ser fortalecidos y ayudados por él. No nos olvidemos de él; no dejemos que nuestros problemas nos hundan.

38. La mujer fenicia

"Porque no hay diferencia entre judío y griego, pues el mismo que es Señor de todos, es rico para con todos los que le invocan."

Romanos 10:12

Mateo 15:21-28; Marcos 7:24-30 / DTG capítulo 43

El pueblo israelita creía algo que entristecía mucho a Dios: pensaban que Dios sólo amaba y bendecía al pueblo israelita. Por eso, los israelitas no enseñaban a la gente de otros países sobre Dios. Junto a Israel, había un país llamado Fenicia, y la gente de este país adoraba a los ídolos. No habían podido aprender mucho sobre el verdadero Dios. Pero Jesús quería enseñar a sus discípulos que Dios amaba a todas las personas. "He venido a salvar al mundo", decía a menudo Jesús. Dios amaba a todo el mundo, y no sólo al pueblo israelita.

Un día Jesús llevó a sus discípulos a Fenicia. Cuando llegaron, una mujer fenicia se acercó a Jesús. Había oído hablar de Jesús y acudió a él en busca de ayuda. "Hijo de David, ten piedad de mí. Mi hija está poseída por un demonio. Por favor, ayúdanos", gritó. Ella creía que Jesús era el único que podía liberar a su hija del espíritu maligno.

Jesús conocía la historia de esta mujer. De hecho, había venido a Fenicia porque quería ayudarla. Pero también necesitaba ayudar a sus discípulos a ver que Dios amaba a todos, no sólo a los judíos.

Pero Jesús hizo algo muy extraño. Cuando la mujer le pidió ayuda, no le respondió. La mujer seguía pidiéndole ayuda, pero él no dijo nada en absoluto. Estaba esperando a que los discípulos dijeran lo que estaban pensando. ¿Qué dirían los discípulos? ¿Se alegrarían de que Jesús ignorara a esta mujer no judía, o se sentirían tristes por ella? ¿Le pedirían a Jesús que la ayudara o le pedirían que la despidiera?

“Señor, despídela”, dijeron los discípulos. No les importaba que ella estuviera sufriendo. Jesús se sintió herido, pero dijo algo que les pareció extraño a sus discípulos: “He sido enviado a salvar a las ovejas perdidas de Israel”. Los discípulos sabían que Jesús no hablaba así; siempre les decía que había venido a salvar al mundo, no sólo a Israel. ¿Le preguntarían los discípulos por qué hablaba ahora de forma diferente? No, no lo hicieron. Simplemente aceptaron lo que Jesús decía, porque estaban de acuerdo con ello. Estaban dispuestos a pensar que Jesús sólo había venido a ayudar a los israelitas. No veían que otras personas también necesitaban a Dios. Esto preocupó a Jesús.

Ahora que los discípulos habían mostrado lo que había en sus corazones, Jesús tenía que dejar que la mujer mostrara lo que había en el corazón de ella. Así que Jesús tuvo que hacer de nuevo algo inusual, algo que no sonaba para nada como Jesús. Le dijo a la mujer: “No debemos tomar el pan de nuestros hijos y dárselo a los perros”.

La mujer miró a Jesús. Él parecía tan amable y compasivo, pero sus palabras sonaban muy desagradables. Parecía que Jesús estaba diciendo que las bendiciones de Dios son sólo para los hijos de Dios, los judíos, y que ella era como un perro porque no era judía. Pero esto era lo que los judíos creían; no era lo que Jesús enseñaba. Ahora

la mujer tenía que elegir. ¿Creería que Jesús pensaba que ella era como un perro, o creería en la bondad de Jesús?

La mujer decidió creer en la bondad de Jesús. No le importaba que los judíos pensarán que ella era tan poco importante como un perro; incluso los perros pueden ser tratados con amabilidad, ¿no es así? Ella dijo: “Tienes razón. Los perros no deben comer el pan que está destinado a los niños. Pero incluso los perros reciben las migajas que caen de la mesa”. Ella estaba muy segura de que, así como Israel estaba siendo bendecido por Jesús, ella también podría obtener al menos una pequeña bendición de él.

Jesús se volvió hacia ella y le dijo amablemente: “¡Oh mujer, tu fe es grande! Haré lo que me has pedido”. En ese instante, el espíritu maligno dejó a su niña. Esta mujer fenicia regresó a su casa alegremente, sabiendo que Dios la amaba y se preocupaba por ella. Era tan hija de Dios como cualquiera de los israelitas. Ahora sabía que Dios quería bendecirla tanto como bendecía a los israelitas. Todas las personas son preciosas y amadas por Dios.

Los discípulos nunca olvidaron lo que Jesús les enseñó a través de esta mujer fenicia. Ella creía que Dios la amaba, aunque los judíos querían hacerle creer que no era así. Dios ama a todas las personas y sus bendiciones son para todos nosotros, si tan sólo creemos en su amor. ¿Crees esto?

39. Alimentación y sanidad para los no judíos

"Y en su nombre esperarán los gentiles." Mateo 12:21

Mateo 15:29 - 16:12; Marcos 7:31- 8:21 / DTG capítulo 44

Jesús y sus discípulos llegaron a Decápolis, el lugar donde Jesús había liberado a los dos endemoniados. ¿Recuerdas lo que ocurrió allí? El pueblo lo había despedido, porque estaba molesto por haber perdido todos sus cerdos. Jesús los respetó y se fue, pero les dejó dos misioneros: los hombres que había liberado de los demonios. Estos hombres le contaron a la gente todo sobre Jesús. Habían pasado algunos meses y cuando Jesús volvió a este lugar, la gente estaba ansiosa por verlo. Ya no les importaban sus cerdos; querían escucharlo y querían ser sanados por él.

La gente de Decápolis comenzó a aglomerarse en torno a Jesús. Le trajeron a sus enfermos, y él los sanó a todos. Un hombre que era sordo e incapaz de hablar se acercó a Jesús para que lo sanara. Jesús lo llevó aparte, lejos de la multitud, le puso los dedos en los oídos y le tocó la lengua. Entonces Jesús dijo: "Ábrete", y el hombre pudo oír y hablar. "No le cuentes a nadie lo que ha pasado", le dijo Jesús amablemente. Pero el hombre no podía quedarse callado: estaba tan emocionado que contó a todo el mundo cómo lo había curado Jesús.

Durante tres días, la gente acudió a Jesús. Ansiaban tanto estar con él que incluso dormían fuera, bajo las estrellas, donde él estaba.

Esta gente no era israelita y sabía muy poco de Dios. Pero cuando pasaron tiempo con Jesús, empezaron a alabar a Dios. Aceptaron a Jesús como el Mesías, incluso más que los judíos.

Después de tres días, Jesús dijo a sus discípulos: “Siento compasión por la gente; llevan tres días aquí y ya no tienen qué comer. No quiero despedirlos con hambre; podrían estar demasiado débiles para llegar a sus casas”.

Esta era una oportunidad para que los discípulos mostraran su fe en Jesús. Ellos ya sabían que Jesús podía utilizar un poquito de comida para alimentar a miles de personas; ya lo había hecho. Pero la gente aquí era gentil, no israelita. ¿Creerían que Jesús querría alimentar a los gentiles tanto como había alimentado a los judíos?

Lamentablemente, no lo creyeron. Los discípulos dudosos le preguntaron a Jesús: “¿De dónde se puede sacar comida para tanta gente aquí?” Jesús les preguntó amablemente: “¿Cuánta comida tienen?” “Tenemos siete panes y unos cuantos pececillos”, respondieron.

Jesús pidió a la gente que se sentara. Luego tomó los panes y los peces, dio gracias a Dios, los partió y entregó los trozos a sus discípulos. Con esta comida, alimentó a 4.000 hombres, además de muchas más mujeres y niños. Después de que todos hubieran comido, aún quedaban siete cestas de comida.

Jesús ya había mostrado a los judíos que él y su Padre querían traer sanación y consuelo. Ahora se lo había mostrado a personas que no eran judías. Sus discípulos tenían que decidir si aceptaban a Jesús como el Mesías para todo el mundo, o si preferían las mentiras que enseñaban los fariseos y saduceos. Hoy tenemos esta misma elección. ¿Creemos que Jesús es el Salvador de todo el mundo? ¿Creemos que él quiere ocuparse también de los no cristianos?

40. El ciego de Betsaida

"Para que vuestra fe no esté fundada en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios." 1 Corintios 2:5

Marcos 8:22-26

Jesús llegó a una ciudad llamada Betsaida. Comenzó a enseñar a la gente y a curar a los enfermos. Entonces alguien le llevó a Jesús un ciego. "Por favor, tócalo y sánalo", le rogaron a Jesús.

Betsaida era una ciudad que Jesús había bendecido. La gente de allí había escuchado sus enseñanzas y había visto sus milagros, e incluso uno de sus discípulos, Felipe, era de Betsaida. Pero, lamentablemente, la mayoría de la gente de Betsaida no creía en Jesús. Él deseaba mostrarles que podía sanar no sólo a este hombre, sino a todos los de la ciudad, si tan sólo tenían fe.

Primero, Jesús tomó silenciosamente la mano del hombre y lo condujo fuera de la ciudad. Podría haber sanado al hombre allí mismo, pero prefirió llevarlo fuera de la ciudad. ¿Por qué? Para mostrar que a veces, necesitamos salir de lugares y creencias que nos impiden tener fe en Jesús.

Entonces Jesús hizo algo extraño: Escupió en los ojos del hombre y le puso las manos encima. Entonces Jesús le preguntó: "¿Ves algo?" El hombre levantó la vista y dijo: "Veo gente, pero parece que son árboles que caminan". ¿Podía el hombre ver claramente todavía? No. Si las personas parecían árboles, entonces no podía verlas con

claridad. Necesitaba más de Jesús, y necesitaba más fe en Jesús antes de poder ser sanado.

El hombre podría haberse ido a casa en ese mismo momento, pero no lo hizo. Eligió quedarse con Jesús aún más tiempo. Mientras se quedara con Jesús, éste podría seguir ayudándolo. Jesús puso sus manos en los ojos del hombre una vez más. Luego, hizo que el hombre volviera a mirar hacia arriba. Esta vez, cuando el hombre miró, pudo ver claramente. La gente ya no se parecía a árboles. ¡Estaba sanado!

Jesús le dijo bondadosamente al hombre: “Ahora, vuelve a tu casa. No vuelvas a la ciudad y no le cuentes a nadie en la ciudad cómo te has curado”. Jesús dijo esto para evitar problemas con los celosos fariseos.

A veces parece que le pedimos a Jesús que nos ayude con algo, pero él no responde de inmediato, sino que hace otras cosas primero, como lo hizo con este hombre. Pero él hace esto para permitir que nuestra fe crezca. A veces no podemos entender las cosas claramente, como el hombre no podía ver claramente. Pero si seguimos pasando tiempo con Jesús y mirando hacia él, él podrá ayudarnos completamente, como ayudó a este hombre. Esperar y creer es parte de tener fe. ¿Eliges creer incluso cuando parece que Jesús no está haciendo lo que le pides? Sigue confiando en él; siempre hará lo mejor para ti, en el momento adecuado.

41. El Hijo de Dios glorificado

“Este es mi Hijo amado, en el cual tomo contentamiento: á él oíd.”

Mateo 17:5

Mateo 16:13-28; 17:1-8; Marcos 8:27- 9:8; Lucas 9:18-36 / DTG capítulos 45 y 46

Jesús estaba pasando un tiempo a solas con sus discípulos. Les preguntó: “¿Quién dice la gente que soy?” Ellos le respondieron: “El pueblo israelita piensa que eres un profeta, pero no el Mesías”.

Entonces Jesús preguntó: “Pero, ¿quién dicen ustedes que soy?” Pedro respondió lo que él y todos los discípulos pensaban. Dijo: “Tú eres el Cristo, el Mesías, el Hijo de Dios vivo”.

Jesús bendijo a Pedro por esta hermosa respuesta, y le dijo: “Esto no te lo ha mostrado nadie. Sólo mi Padre Celestial te ha ayudado a entenderlo. Y mi iglesia se edificará sobre este conocimiento de que soy el Hijo de Dios”. Entonces Jesús les pidió a sus discípulos que no le dijeran a nadie todavía que él era el Mesías, porque sabía que los líderes de Israel causarían muchos problemas si se enteraban de esto.

Jesús continuó hablando con sus discípulos: “Tendré que sufrir y morir, pero resucitaré al tercer día”. Cuando Jesús dijo esto, los discípulos no estaban contentos. Ellos creían que Jesús se convertiría en un rey poderoso. No podían entender que tuviera que morir. Pedro agarró a Jesús y le dijo: “No, Señor, ¡que no te pase esto!” Jesús miró

a Pedro. Sabía que Satanás estaba utilizando a Pedro para tentarlo. Satanás intentaba que Jesús dijera: “No, me niego a sufrir. No permitiré que la gente me trate mal”. Así que, aunque sonaba muy severo, Jesús dijo: “Apártate de mí, Satanás. Esto está mal, porque las cosas de los hombres son más importantes para ti que las cosas de Dios”.

Entonces Jesús siguió explicando que él sufriría, y que si sus discípulos lo seguían, también tendrían que sufrir para ayudar a los demás, al igual que lo haría Jesús. Pero él consoló a sus discípulos diciendo: “Algunos de los que están aquí no morirán antes de verme venir en mi reino”. Algunos de sus discípulos iban a ver a Jesús en su gloria como Hijo de Dios. Lamentablemente, los discípulos pensaron que él quiso decir que pronto se convertiría en un poderoso rey terrenal. Pero eso no era lo que Jesús quiso decir.

Seis días más tarde, llegó el momento de que las palabras de Jesús se hicieran realidad. Llevó a Pedro, Santiago y Juan a una montaña solitaria. Primero, Jesús se apartó de ellos para orar. Pidió fuerzas para pasar por la cruz y oró por sus discípulos. Los discípulos también oraron, pero pronto se cansaron y se durmieron. Jesús siguió orando. Pidió que sus discípulos vislumbraran la gloria que tenía antes de dejar el cielo y venir a la tierra.

Dios respondió a su oración: de repente, los cielos se abrieron, las puertas de la ciudad de Dios se abrieron de par en par, y una luz brillante descendió sobre la montaña y sobre Jesús. Jesús se levantó, y no parecía un simple ser humano; parecía el Hijo de Dios, brillante como el sol, con ropas blancas como la luz.

Los discípulos se levantaron y observaron, asombrados. Pronto vieron que había otros dos seres con Jesús: Moisés y Elías. Moisés, que fue resucitado un tiempo después de su muerte, nos recuerda a

todas las personas que murieron creyendo en Jesús, y que resucitarán cuando Jesús vuelva. Elías, que fue llevado al cielo sin morir, nos recuerda a todas las personas que estarán vivas cuando Jesús vuelva por nosotros, y que nunca morirán.

Moisés y Elías habían venido a consolar y animar a Jesús porque pronto iría a la cruz, pero los discípulos pensaron que Moisés y Elías habían venido a ayudar a Jesús a convertirse en un rey poderoso. Pensaron que Moisés y Elías podrían quedarse por mucho tiempo. Pedro dijo: “Maestro, es bueno que estemos aquí. Hagamos tres tabernáculos: uno para ti, otro para Moisés y otro para Elías”. Si Pedro hubiera entendido realmente lo que ocurría, se habría dado cuenta de que estaba diciendo tonterías. Pero Jesús fue comprensivo y paciente con él.

Mientras Pedro seguía hablando, una nube brillante los cubrió, y de la nube salió una voz que decía: “Este es mi Hijo amado, en quien me complazco; escúchenlo”. Al oír esta voz, los discípulos cayeron al suelo, asustados. Jesús se acercó, los tocó y les dijo suavemente: “Levántense, no tengan miedo”. Cuando los discípulos levantaron los ojos, vieron que sólo estaba Jesús; Moisés y Elías se habían ido.

Pedro, Santiago y Juan acababan de ver a Jesús en su gloria como Hijo de Dios. Acababan de oír la voz de Dios diciéndoles que Jesús era su Hijo, y que debían escucharlo. Para ser parte del reino de Dios, era muy importante que entendieran quién era Jesús, así que Dios se los dejó completamente claro. Nosotros también tenemos que entender esto. ¿Creemos que Jesús es el Hijo de Dios?

42. ¡Ayúdame a creer!

"Jesús le dijo: Si puedes creer, al que cree todo le es posible."

Marcos 9:23

Mateo 17:9-21; Marcos 9:9-29; Lucas 9:37-45 / DTG capítulo 47

Pedro, Santiago y Juan acababan de ver a Jesús resplandeciente de gloria. Sus rostros resplandecían después de lo que habían visto. Ahora bajaban de la montaña con Jesús, y él les dijo: "Por favor, no digan a nadie lo que han visto, hasta después que yo haya resucitado". Jesús sabía que nadie estaba preparado todavía para escuchar esta historia. Sus discípulos se preguntaban por qué Jesús hablaba de resucitar de entre los muertos. Todavía no entendían que tendría que morir pronto, aunque Jesús seguía hablándoles de ello.

Pronto encontraron a los otros nueve discípulos y a un gran grupo de gente con ellos. Los nueve discípulos parecían avergonzados y desanimados. Jesús sabía lo que pasaba. Se acercó a unos escribas y fariseos, y les preguntó: "¿Qué le están preguntando a mis discípulos?"

Antes de que los fariseos pudieran responder, habló un hombre: "Mi hijo está siendo atormentado por un demonio. He pedido a tus discípulos que lo expulsen, pero no han podido". Los escribas y fariseos se habían burlado de los discípulos porque no habían podido expulsar al demonio. Estaban haciendo pensar a la gente que si los

discípulos no podían expulsar un demonio, entonces tal vez Jesús no era tan poderoso después de todo.

Jesús miró al grupo con tristeza y dijo: “Qué poca fe tienen”. Jesús sólo podía ayudar a la gente si tenían fe. Sin fe, Jesús se alejaba. “Tráeme a tu hijo”, ordenó Jesús.

Cuando el hombre trajo a su hijo, el espíritu maligno tiró al niño al suelo. El niño yacía en el suelo, moviéndose y chillando. Todos observaban en silencio. Jesús preguntó: “¿Desde cuándo ocurre esto?”. “Desde que era niño”, respondió el padre. El demonio era tan malo que a menudo había arrojado a su hijo al fuego o al agua, para matarlo.

El padre quería que Jesús lo ayudara, pero no creía que él tuviera suficiente poder como para liberar a su hijo. Así que le dijo: “Si puedes hacer algo, ten compasión de nosotros y ayúdanos”.

Jesús le respondió: “Si puedes creer, todo es posible para el que cree”. Ahora el padre comprendió que Jesús sabía que no creía en él. Se sintió terrible al darse cuenta de que su hijo seguía endemoniado porque no creía en el poder de Jesús. El padre lloró y dijo: “Señor, yo creo; ayuda mi incredulidad”.

Esto fue suficiente. Por supuesto que Jesús podía ayudar. Se volvió hacia el muchacho y le dijo: “Espíritu mudo y sordo, te ordeno que salgas de él y que no entres más”. El muchacho gritó fuerte una vez más, y luego se quedó tendido en el suelo, sin moverse. La gente que lo rodeaba pensó que podía estar muerto, pero Jesús lo tomó de la mano y le ayudó a levantarse. El padre, agradecido, recibió a su hijo, que ahora estaba perfectamente sano, fuerte y libre.

Más tarde, ese mismo día, los nueve discípulos le preguntaron a Jesús: “¿Por qué no pudimos expulsar al demonio?” Jesús respondió:

“Por su incredulidad. Si su fe es aun tan pequeña como un grano de mostaza, podrán mover montañas y nada les resultará imposible”.

Los nueve discípulos habían estado demasiado ocupados pensando en que Jesús se convertiría en rey. Habían estado celosos de Pedro, Santiago y Juan, que habían subido a la montaña con Jesús mientras que ellos no. Habían estado pensando en su propia necesidad de grandeza, en lugar de pensar en Jesús y en cómo ser bondadosos y serviciales como él. Si pudieran dejar de pensar tanto en sí mismos, y realmente tuvieran fe en Jesús, serían capaces de hacer cosas maravillosas para el reino de Dios.

Esta fe que Jesús ofreció a sus discípulos, y a toda la gente que presenció el milagro aquel día, también se nos ofrece a nosotros. ¡Pidamos a Jesús que nos ayude a tener más fe en él!

43. El más grande en el reino de Dios

“Así que, cualquiera que se humille como este niño, ese es el mayor en el reino de los cielos.” Mateo 18:4

Mateo 17:22-23; 18:1-20; 20:20-28; Marcos 9:30-37; 10:32-45; Lucas 9:46-48; 18:31-34. / DTG capítulos 48 y 60

Jesús y sus discípulos caminaban hacia Capernaúm. En el camino, los discípulos comenzaron a discutir. “¿Quién será el hombre más importante en el reino de Jesús? Creo que debería ser yo”, dijo uno de los discípulos. “No, yo soy más importante”, argumentó otro. Jesús caminaba delante de ellos, así que los discípulos pensaron que podían discutir y él no se enteraría. Pero, por supuesto, Jesús sabía lo que estaban haciendo.

Cuando llegaron a Capernaúm, Jesús reunió a sus discípulos. “¿Sobre qué discutían en el camino?” preguntó. De repente, los discípulos se sintieron avergonzados. Sabían que habían sido egoístas y celosos entre ellos, y ninguno sabía qué decirle a Jesús.

Finalmente, uno de ellos preguntó a Jesús: “¿Quién es el mayor en el reino de los Cielos?” Jesús respondió: “El que quiera ser el primero, será el último de todos y el servidor de todos”. En el reino de Dios, la grandeza viene de amar a los demás y ponerlos en primer lugar, no de creernos los más grandes. La grandeza en el reino de

Dios viene de saber que estamos llenos de feo orgullo, y que necesitamos que Dios nos cambie.

Entonces Jesús llamó a un niño. Mientras alzaba al niño, les dijo: “Si no se vuelven como niños, no podrán entrar en el reino de los cielos. El que se humille como este niño, ése es el mayor en el reino de los cielos”. ¿Los seguidores de Dios necesitan ser como niños? ¿Por qué? Porque los verdaderos seguidores de Dios creerán en él y confiarán en él como un niño pequeño confía y cree en sus padres.

Ahora Juan le confesó a Jesús: “Maestro, vimos a alguien que expulsaba espíritus malignos en tu nombre, y le pedimos que se detuviera, porque no nos sigue”. Los discípulos habían sentido celos de ver a otra persona haciendo cosas en nombre de Jesús. Pero Jesús quería que supieran que no tenían por qué sentir celos. Todos los que creían en Jesús podían trabajar para él. Jesús dijo: “No lo detengan; si alguien está haciendo milagros en mi nombre, entonces no puede estar hablando contra mí. Si no está contra mí, está de mi parte”.

A pesar de que Jesús repetía a los discípulos que no tenían por qué sentir celos unos de otros, y que nadie era más que nadie, ellos seguían sin entenderlo. Unos meses más tarde, Santiago y Juan, que eran hermanos, se acercaron a Jesús con su madre. La madre ya había hecho muchas cosas por Jesús, y ella le dijo: “Por favor, deja que mis dos hijos se sienten, uno a tu derecha y otro a tu izquierda, en tu reino”. Le estaba pidiendo a Jesús que hiciera de Santiago y Juan los hombres más importantes de su reino.

Jesús podía ver lo mucho que lo amaban, pero lo poco que entendían acerca de su reino. “¿Serán capaces de pasar por todas las dificultades que yo pasaré?” les preguntó. “Sí”, respondieron. Jesús dijo: “Pero sólo mi Padre puede decidir quién se sentará a mi izquierda y quién a mi derecha”.

Cuando los otros diez discípulos se enteraron de lo que Santiago y Juan habían pedido, se indignaron. Jesús volvió a reunirlos a todos y les dijo: “Los reyes terrenales están acostumbrados a dar órdenes a la gente. Pero mis seguidores no harán eso”.

En el reino de Dios, los más grandes no son los que mandan, sino los que sirven y ayudan a los demás. ¿Vino Jesús a la tierra para obligar a la gente a hacer lo que él quisiera? No, no lo hizo. Vino a salvarlos. Eso es lo que quiere que hagan sus seguidores.

Jesús vivió para ayudar a los demás. Anhelaba que sus discípulos entendieran que sus seguidores harían lo mismo, porque amarían a todos como Dios los ama. Jesús quiere darnos su amor por los demás para que nosotros también vivamos para ayudar a los demás y olvidemos nuestro propio orgullo. ¿Estamos dispuestos a aceptar este regalo de Jesús?

44. Dinero en un pez

"Porque el que me envió, conmigo está; no me ha dejado solo el Padre, porque yo hago siempre lo que le agrada." Juan 8:29

Mateo 17:24-27 / DTG capítulo 48

Jesús y sus discípulos acababan de llegar a Capernaúm. Venían aquí a menudo, por lo que la gente los conocía bien. En ese momento, uno de los jefes del templo se acercó a Pedro y comenzó a hablarle. "Todos los judíos pagan un impuesto en el templo. ¿No paga tu señor ese impuesto?" le preguntó a Pedro.

Esta pregunta era una prueba. Si Jesús se negaba a pagar el impuesto, entonces los líderes podrían decir que Jesús no respetaba la ley. Si Jesús pagaba el impuesto, les estaría haciendo saber que él no era realmente el Hijo de Dios, porque ¿por qué el Hijo de Dios tendría que pagar un impuesto? Aunque la mayoría de la gente pagaba este impuesto, había un grupo de personas que no tenían que pagarlo. Eran los levitas, la gente que trabajaba en el templo. Si los levitas no pagaban este impuesto, por supuesto que tampoco se le debía pedir al Hijo de Dios que lo pagara.

Pedro debería haber dicho: "Déjame consultarle a Jesús", o podría haber dicho: "¿Por qué no se lo preguntas tú mismo?" Pero en lugar de eso, Pedro prometió: "Sí, Jesús lo pagará". No quería que nadie pensara que Jesús le faltaba el respeto al templo.

Después de esto, Pedro se dirigió a la casa donde se reuniría con Jesús y los demás discípulos. Jesús ya sabía todo lo que había pasado. Cuando se encontró con Pedro en la casa, le preguntó: “¿Qué te parece? ¿Los reyes cobran impuestos a sus propios hijos o a los extraños?” “A los extraños”, respondió Pedro. Sería impensable que un rey cobrara impuestos a sus propios hijos. “Entonces los hijos son libres”, dijo Jesús.

Pedro sabía ahora que había causado un problema. No sabía cómo resolverlo, pero Jesús sí. Jesús le dijo a Pedro amablemente: “No queremos ofender a los dirigentes del templo. Ve al mar y echa el anzuelo. Toma el primer pez que salga. Cuando le abras la boca, encontrarás dinero dentro; lleva este dinero al templo para ti y para mí”.

Pedro obedeció al instante a Jesús. Tomó un anzuelo y se acercó al mar. Echó el anzuelo y, al poco rato, atrapó un pez. Y tal como lo había dicho Jesús, cuando Pedro abrió la boca del pez, había una moneda dentro.

Pedro llevó la moneda al templo para pagar el impuesto por Jesús y por sí mismo. Y mientras lo hacía, contó a los demás el milagro de cómo había conseguido ese dinero.

A través de este milagro, los líderes pudieron ver que Jesús no deseaba causar ningún problema. También estaba claro que Dios había proporcionado este dinero a Jesús, porque él era su Padre y le daba todo. Una vez más, se demostró a la gente que Jesús era realmente el Hijo de Dios.

Jesús, el Hijo de Dios, confiaba plenamente en su Padre para todo. Él quiere que nosotros confiemos en él de la misma manera, porque cuando creemos en Jesús, también somos hijos de Dios. ¿Creemos que Dios nos ama y nos proveerá todo si confiamos en él?

45. En la fiesta de los Tabernáculos

“El que tiene al Hijo tiene la vida; y el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida.” 1 Juan 5:12

Juan 7 / DTG capítulos 49 y 50

Era el tiempo de la fiesta de los Tabernáculos, la última fiesta del año. Durante todo ese año, Jesús no había asistido a las fiestas en Jerusalén, para evitar problemas con los dirigentes judíos. Los hermanos de Jesús querían que Jesús asistiera a los Tabernáculos. “Por favor, ve a la fiesta”, le dijeron. Querían que Jesús se hiciera amigo de los líderes judíos y se convirtiera en un rey poderoso. Estaban insatisfechos porque Jesús sólo hablaba de un reino espiritual y no parecía interesado en convertirse en un rey terrenal.

Jesús dijo a sus hermanos: “Por favor, vayan a la fiesta sin mí. Todavía no es hora de que me vaya”. Jesús sólo iba a ir cuando su Padre le dijera que era el momento adecuado.

Cuando la gente llegó a Jerusalén, empezaron a buscar a Jesús. “¿Dónde está?” se preguntaban. Querían verlo a él y sus milagros. Los sacerdotes también buscaban a Jesús, esperando que hiciera algo malo para poder castigarlo.

Jesús llegó unos días después, solo. Había tomado otro camino para llegar a Jerusalén, para que no lo viera tanta gente. Cuando

llegó a Jerusalén, fue al templo, donde había mucha gente. Todos lo vieron entrar. De repente, hubo silencio y cada ojo se fijó en Jesús.

Jesús miró al gran grupo de gente y empezó a hablarles y a enseñarles. Los sacerdotes y dirigentes querían impedir que Jesús hablara, pero no podían. Día tras día, hasta el último día de la fiesta, Jesús enseñó a la gente en el templo. Trató de hacerles ver que las ceremonias de la fiesta apuntaban a él y que había venido a salvarlos de sus pecados. Les advirtió que si se apartaban de él Dios ya no podría protegerlos y ocurrirían cosas terribles.

A la gente le gustaba escuchar a Jesús. Los sacerdotes nunca les habían enseñado las maravillosas verdades que Jesús predicaba. Pero a los dirigentes judíos les disgustaba mucho que a la gente le gustara tanto Jesús, así que enviaron espías para que lo escucharan, con la esperanza de que pudieran descubrir que él dijera algo malo.

“¿Con qué autoridad estás enseñando? ¿Quién te dijo que podías hacer esto?” le preguntaron los sacerdotes a Jesús.

“Sólo enseño lo que mi Padre quiere que enseñe”, respondió Jesús. “Y lo que enseño glorifica a Dios y ayuda a la gente a comprender su carácter”.

Jesús siguió hablándoles. Sabía que, aunque los sacerdotes enseñaban que la gente debía guardar la ley de Dios, en realidad ellos mismos la estaban quebrantando, porque planeaban matar a Jesús. Y la ley de Dios dice que no hay que matar, ¿no es así? Jesús les preguntó: “¿Por qué no quieren cumplir la ley? Están demostrando que no conocen a Dios. Si conocieran a Dios, aceptarían a su Hijo”.

Los sacerdotes sabían que Jesús tenía razón, pero se negaron a arrepentirse. Durante los ocho días de la fiesta, Dios protegió a Jesús, y los sacerdotes no pudieron hacerle daño. A lo largo de la fiesta,

mucha gente pudo escuchar a Jesús y decidir si lo aceptaban o no como el Mesías.

El último día de la fiesta, los fariseos enviaron a unos hombres para arrestar a Jesús, pero estos hombres regresaron sin él. “¿Por qué no lo trajeron?” preguntaron enojados los fariseos. Los hombres respondieron: “Nunca hemos oído a un hombre hablar como Jesús”. Aunque habían sido enviados para acusar y arrestar a Jesús, escucharon su enseñanza y se dieron cuenta de que Jesús era realmente el Hijo de Dios, y no podían arrestarlo. “¿También ustedes se dejaron engañar?” les acusaron los fariseos.

“¡Arrestémoslo ya!” decidieron los fariseos con enojo. Pero alguien los detuvo y les dijo: “¡No hagan eso! Va contra la ley hacer eso sin dejar que él se explique primero”. Era Nicodemo. Nicodemo creía en Jesús e hizo todo lo posible para protegerlo de los fariseos. Los fariseos se burlaron de él en respuesta, diciendo: “¿Tú también eres de Galilea, como Jesús?” Pero lo que Nicodemo hizo fue suficiente para detenerlos. Esa noche, los frustrados fariseos regresaron a sus casas, y Jesús subió al monte de los Olivos a pasar la noche.

Dios protegió a Jesús para que los fariseos no pudieran arrestarlo todavía. Permitió que pasaran unos meses más, para dar a los líderes y al resto del pueblo la oportunidad de creer en Jesús y seguirlo. Hay momentos en que muchos a nuestro alrededor irán en contra de la verdad, tal como lo hicieron los líderes judíos cuando Jesús estaba enseñando tan claramente. Esa fue su elección, y nosotros también tenemos la oportunidad de hacer nuestra propia elección. ¿Elegiremos creer las verdades que Dios nos enseña, aun cuando otros no las crean?

46. Un Dios compasivo

"Entonces Jesús le dijo: Ni yo te condeno; vete, y no peques más."

Juan 8:11

Juan 8 / DTG capítulo 50

Había terminado la fiesta de los Tabernáculos. En todos esos días, los sacerdotes habían esperado descubrir a Jesús diciendo algo malo, pero no lo consiguieron. Habían querido arrestarlo, pero no habían podido. Entonces los sacerdotes tuvieron una idea: engañarían a Jesús para que dijera algo malo.

Al día siguiente de Tabernáculos, Jesús volvió al templo. En ese momento, los sacerdotes le llevaron a rastras a una mujer asustada. "La hemos sorprendido quebrantando el séptimo mandamiento", le dijeron a Jesús. "Moisés dijo que había que apedrear a quienes hicieran eso. ¿Qué dices tú?"

Jesús sabía que esto era una trampa. Si les decía que apedrearan a la mujer porque había desobedecido la ley, iban a decir a las autoridades romanas que estaba causando problemas. Si les decía que no la apedrearan, iban a decirle a la gente que no respetaba la ley de Dios. ¿Qué podía decir Jesús?

Jesús no dijo ni una palabra. Se puso a escribir en el suelo. Los sacerdotes se acercaron para ver lo que Jesús estaba escribiendo, y entonces sintieron vergüenza. Estaba escribiendo los mismos pecados de ellos en la tierra. No escribió sus nombres, pero ellos sabían que

eran sus pecados. Entonces Jesús se levantó y dijo: “El que esté libre de pecado, que le tire la primera piedra”. Luego se agachó y siguió escribiendo en el suelo.

Los enemigos de Jesús no podían acusarlo de nada. En cambio, se enfrentaron a sus propios pecados. Se sentían avergonzados, pero eran demasiado orgullosos para confesar; así que, uno a uno, se fueron marchando en silencio. Pronto, sólo quedaron Jesús y la mujer.

“¿Dónde están los hombres que te acusaron? ¿Alguien te ha condenado?” le preguntó Jesús amablemente. “Nadie”, respondió ella. Jesús le contestó con bondad: “Ni yo tampoco te condeno. Vete y no peques más”. “¡Gracias!” exclamó la mujer. Pidió perdón a Jesús y, desde entonces, se convirtió en una de sus más fieles creyentes.

Durante la fiesta de los Tabernáculos, Jesús había enseñado a la gente que Dios es siempre amoroso y compasivo. Y cuando los fariseos le llevaron a esta mujer pecadora, ¿cómo la trató? Nunca fue malo ni se enojó; la trató con bondad y compasión. La ayudó. Así es como Dios nos trata a nosotros también.

Jesús volvió al templo y enseñó algo más a la gente. “Yo soy la luz; conmigo podrán ver claramente lo que hay que cambiar en su vida. Yo soy también la verdad; les enseño la verdad sobre el Padre. ¿Ven la fuente de agua de la fiesta? Yo soy el agua, y conmigo sentirán que tienen todo lo que necesitan”. Todas las cosas que la gente podía ver en el templo debían mostrarles quién era Jesús. ¿Aceptarían esto?

Ahora la gente podía elegir. ¿Aceptarían a Jesús como el Hijo de un Dios amorosísimo y compasivo? Hoy tenemos la misma elección. ¿Creemos que Jesús es el Hijo de Dios, y que tanto él como su Padre son bondadosos y compasivos?

47. Jesús sana a un ciego

“Yo soy Jesús...te envío...para que abras sus ojos, para que se conviertan de las tinieblas a la luz, y de la potestad de Satanás a Dios; para que reciban, por la fe que es en mí, perdón de pecados y herencia entre los santificados.” Hechos 26:15, 17, 18

Juan 9 / DTG capítulo 51

Varias veces Jesús dijo al pueblo: “Yo soy la luz del mundo”. A los fariseos no les gustó oír esto. “¿Por qué deberíamos escucharte?” ellos preguntaron. Se sentían tan enojados con Jesús que recogieron piedras con la esperanza de arrojárselas y lastimarlo. Pero Dios protegió a Jesús. Pudo esconderse y escapar sano y salvo de los fariseos.

En el camino, Jesús y sus discípulos vieron a un ciego mendigando. Los discípulos le preguntaron a Jesús: “¿Por qué este hombre está ciego? ¿Es porque él pecó o porque sus padres pecaron?”

Jesús respondió: “Él no está ciego por ninguna de estas razones. Esto es algo que Dios permitió para que la obra de Dios se pudiera ver en la vida de este hombre”. Los judíos creían que si te pasaba algo malo era porque habías hecho algo malo. Pero Jesús explicó que esto no siempre es cierto.

Jesús, la luz del mundo, vino al ciego. Iba a traer luz a este hombre. Jesús se arrodilló junto a él, escupió en el suelo e hizo un poco de barro. Luego cubrió los ojos del hombre con este barro. Entonces Jesús le dijo: “Ve y lávate en el estanque de Siloé”. El

hombre no hizo preguntas; simplemente obedeció a Jesús y fue al estanque a lavarse la cara. Después de lavarse la cara, pudo ver.

Las personas que lo conocían quedaron asombradas. El hombre parecía diferente ahora que sus ojos podían ver. “¿De verdad eres ese ciego que solía mendigar?” preguntaron. “Sí, lo soy”, aseguró el hombre. La gente empezó a preguntarle dónde estaba su sanador, pero el hombre no lo sabía.

Los fariseos fueron los únicos que no se alegraron de ver a este hombre sanado. “Jesús lo sanó en sábado”, dijeron enojados los fariseos. Rápidamente llamaron al hombre sanado y comenzaron a hacerle muchas preguntas para confundirlo. Luego empezaron a discutir entre ellos. “Jesús no es de Dios, porque no guarda el sábado”, decían algunos. Pero otros fariseos argumentaban: “¿Cómo puede un hombre hacer tales milagros si es pecador?”

Después de discutir, los fariseos miraron al hombre sanado y le preguntaron: “¿Qué piensas del hombre que te sanó?” “Creo que es un profeta”, respondió el hombre.

Entonces los fariseos llamaron a los padres del hombre y comenzaron a hacerles preguntas también. Querían impedir que este hombre y sus padres creyeran en Jesús. Los padres tenían miedo de los fariseos. No querían tener que responder tantas preguntas, así que dijeron: “Nuestro hijo nació ciego. No sabemos cómo es que puede ver ahora. Pregúntenle; ¡ya es adulto y puede hablar por sí mismo!

Nuevamente los fariseos trajeron delante de sí al hombre. “Es Dios quien te sanó, no Jesús; Jesús es un pecador”, discutieron con él. Continuaban haciéndole muchas preguntas y trataban de confundirlo para que dejara de creer en Jesús. El hombre sanado dijo: “No sé si es pecador o no; Lo único que sé es que yo era ciego, pero ahora veo”. Después de más preguntas, el hombre simplemente

dijo: “Ya les conté lo que pasó, pero no quieren escuchar. ¿Por qué me preguntan de nuevo? ¿Quieren ser también sus discípulos?”

Los fariseos se enojaron cada vez más y siguieron tratando de hacer que el hombre sanado diera un mal testimonio. Pero el hombre cobró valor gracias a Dios, quien le dio las palabras adecuadas. Él dijo: “Sólo alguien que viene de Dios podría haberme sanado así. Esto nunca ha sucedido antes.” Los fariseos enojados sabían que decía la verdad, pero le contestaron: “Ya no puedes entrar a esta sinagoga”.

El hombre se entristeció por esto y se alejó de la sinagoga. Pero en el camino, Jesús lo encontró para consolarlo. El hombre se puso feliz de encontrar a Jesús. Mientras hablaban, supo quién era Jesús y adoró a Jesús allí mismo. “Creo que eres el Hijo de Dios”, dijo.

Los fariseos habían estado observando todo esto. Jesús ahora miró a los fariseos y dijo: “Vine a este mundo para traer la verdad de Dios. Algunos pensarán que no necesitan esta verdad porque pueden ver, pero en realidad estas personas son ciegas. Y algunos pensarán que están ciegos, pero aceptarán esta verdad y me permitirán ayudarlos a ver”. Si las personas aceptan a Jesús, se darán cuenta de sus pecados y acudirán a Jesús en busca de ayuda, pero si rechazan a Jesús, pensarán que están bien cuando en realidad están llenos de pecados.

“¿Estás diciendo que estamos ciegos?” preguntaron los fariseos. Jesús respondió cortésmente: “Si creen que no están ciegos, entonces deberían poder ver sus pecados. Pero están rechazando la luz que quiero darles y no quieren mi ayuda. Entonces sus pecados seguirán estando en su vida”.

Jesús le dio la vista al ciego y éste pudo ver. También anhelaba darles vista espiritual a los fariseos, para que pudieran ver sus pecados y su necesidad de Dios. Jesús también quiere ayudarnos a

ver nuestros propios pecados, para poder eliminarlos. ¿Aceptarás su sanción?

48. Amar a los samaritanos

“Porque el Hijo del Hombre no ha venido para perder las almas de los hombres, sino para salvarlas.” Lucas 9:56

Juan 9:51-56; 10:1-24 / DTG capitulo 53

Jesús viajaba de Galilea a Jerusalén. En el camino, Jesús esperaba detenerse en Samaria para pasar la noche. Santiago y Juan se adelantaron para pedir a los samaritanos que recibieran a Jesús y a sus discípulos esa noche. Pero los samaritanos se negaron. Jesús les caía bien, pero no les gustó cuando oyeron que iba camino a Jerusalén, porque no les agradaba la gente de Jerusalén. “Si está de camino a Jerusalén, entonces no, no puede quedarse aquí”, respondieron.

Los dos discípulos regresaron a Jesús con la mala noticia. Estaban furiosos con los samaritanos por ser tan maleducados con Jesús. Le preguntaron: “¿Quieres que ordenemos que caiga fuego del cielo y los quememos, como lo hizo Elías?”

Cientos de años antes, el profeta Elías había pedido que cayera fuego y quemara a algunos soldados que venían por él. Y el fuego cayó. Todos pensaron que Dios había enviado este fuego para ayudar a Elías, pero Jesús ahora explicó que eso no es lo que había sucedido. El fuego había sido enviado por Satanás porque los soldados habían rechazado a Dios y habían rechazado su protección.

Lo que los discípulos le sugerían a Jesús no era algo bueno. Jesús los miró con dolor en los ojos y respondió: “Esto no viene de Dios. El Hijo del Hombre vino a salvar vidas, no a destruirlas. Simplemente iremos a otro pueblo a pasar la noche”.

Jesús respetaba a los samaritanos y también sabía que si les daba más amor lo aceptarían nuevamente. Unos días más tarde, Jesús reunió a setenta de sus seguidores y los envió como misioneros para él. “Vayan de dos en dos”, les ordenó Jesús, “y duerman donde los reciban, y coman lo que les den. Si no los quieren allí, váyanse cortésmente. Quisiera que fueran primero a las ciudades de Samaria”.

Esta vez los samaritanos recibieron a los seguidores de Jesús y muchos creyeron en él. Se dieron cuenta de que, aunque habían sido descorteses para con Jesús, él sólo les dio amor y cuidado, y esto cambió sus corazones.

Cuando los setenta misioneros regresaron a Jesús, estaban gozosos. “Señor, ¡en tu nombre pudimos incluso expulsar demonios!” le dijeron a Jesús. Pudieron hacer estas cosas porque tenían fe en Jesús y sus palabras. Con esta fe pudieron bendecir a muchas personas, incluyendo a quienes ellos pensaban que no les caían bien. ¿Aceptaremos el llamado de Jesús a ayudar también a aquellos que son descorteses con nosotros?

49. Los diez leprosos

"Sáname, oh SEÑOR, y seré sano; Sálvame y seré salvo, porque tú eres mi alabanza." Jeremías 17:14

Lucas 17:11-19

Jesús iba camino a Jerusalén y pasaba cerca de Samaria y Galilea. Justo antes de que pudiera entrar en una aldea, diez hombres empezaron a llamarlo.

La gente que estaba con Jesús se asustó. ¡Estos diez hombres eran leprosos! La lepra era la enfermedad más aterradora en tiempos bíblicos. Nadie podía curarla. Los leprosos tenían que vivir alejados de los demás, porque la lepra se transmitía fácilmente de una persona a otra. Por eso estos diez hombres vivían juntos, fuera del pueblo. Sólo podían estar junto a otros leprosos. Algunos de ellos eran judíos y otros samaritanos, pero permanecían juntos porque todos tenían lepra.

Estos leprosos habían oído hablar de Jesús y sabían que él era su única esperanza. Creyeron que él podía sanarlos. No se acercaron a Jesús porque no se les permitía hacerlo, pero clamaron fuerte para que él pudiera escuchar. "¡Jesús, Maestro, ten piedad de nosotros!"

Jesús los vio y les dijo con voz fuerte: "¡Vayan y preséntense ante los sacerdotes!" ¿Por qué Jesús los envió a los sacerdotes? Porque los sacerdotes eran los que revisaban a una persona y decidían si tenía lepra o no. Estos hombres no podrían regresar a casa con sus familias a menos que los sacerdotes dijeran que habían sido sanados.

Los diez hombres le creyeron a Jesús, y tan pronto como él les dijo que fueran a ver a los sacerdotes, ellos emocionados fueron a buscarlos. Y al salir corriendo, vieron que habían sido sanados. Cuando el sacerdote los vio, dijo que sí, que habían sido curados.

Tan rápido como pudo, uno de los hombres se volvió y encontró a Jesús. Durante todo el camino, alabó a Dios en voz alta porque estaba muy agradecido de haber sido sanado. Encontró a Jesús y se arrodilló delante de él, y su rostro tocó el suelo. Quería que Jesús supiera lo agradecido que estaba de volver a estar sano.

Jesús dijo: “¿No eran diez hombres? ¿Dónde están los otros nueve? Ninguno de ellos volvió para dar gloria a Dios, excepto este hombre, y este hombre no es judío”.

El hombre agradecido era un samaritano. Los judíos pensaban que Dios no amaba a los samaritanos tanto como amaba a los judíos, pero Jesús lo había sanado tan bien como había sanado a los leprosos judíos. ¿Y por qué fue el samaritano el único que dio gracias a Dios?

Jesús le dijo amablemente: “Levántate y sigue tu camino; tu fe te ha sanado”.

Jesús estaba dispuesto a sanar a los diez hombres, y lo hizo. Lo hizo aunque sabía que no todos alabarían a Dios por haber sido sanados. Lo hizo a pesar de que sabía que los nueve serían desagradecidos. Lo hizo porque sabía que había al menos uno de ellos que traería gloria a Dios y estaría agradecido por su salud.

Cada día, Dios nos regala bendiciones. Él nos da nuestro hogar, nuestra comida, nuestra ropa, nuestra familia, nuestra vida y todas las cosas que disfrutamos cada día. A veces ni siquiera nos damos cuenta de que estas cosas son regalos de Dios, ¿no es así? No seamos ingratos como los nueve hombres. ¡Agradecemos a Dios por todos los maravillosos regalos que nos da cada día!

50. Jesús y los niños

"Dejad a los niños venir a mí, y no se lo impidáis; porque de los tales es el reino de Dios." Marcos 10:14

Mateo 19:13-15; Marcos 10:13-16; Lucas 18:15-17 / DTG capítulo 56

Jesús amaba a los niños, y a los niños les encantaba estar con Jesús. Él siempre fue amable y agradable, y ellos disfrutaban de sus historias. Jesús anhelaba que todos los adultos que lo rodeaban creyeran en él y confiaran en él como lo hacían los niños, tan fácil y plenamente.

Un día, un grupo de madres llegó hasta donde estaba Jesús. Trajeron a sus hijos con ellos, esperando que él los bendijera. Los niños también estaban ansiosos por ver a Jesús. "Por favor, ¿podemos llevar a nuestros hijos a Jesús?" Las madres preguntaron a los discípulos: "Nos gustaría que Jesús bendijera a nuestros hijos".

Los discípulos pensaron que Jesús estaba demasiado ocupado para tal cosa. "No molesten al Maestro", dijeron, y comenzaron a despedir a las mujeres y a los niños. Jesús había estado escuchando todo este tiempo y se sentía muy triste porque sus discípulos habían dado tan poca importancia a los niños. Rápidamente detuvo a sus discípulos y les dijo: "Dejen que los niños vengan a mí, porque el reino de Dios es de los que son como ellos. De hecho, el que no recibe el reino de Dios como lo recibe un niño, no podrá entrar en él".

Jesús quería que la gente entendiera que todos debemos creer en él y confiar en él tan fácilmente como un niño cree y confía en sus padres. Esto es más difícil de hacer para los adultos, pero pueden hacerlo si miran a Jesús y le piden que les quite el orgullo y cambie sus corazones y mentes. A menudo, los adultos han aprendido tantas mentiras acerca de Dios, que les cuesta mucho esfuerzo cambiar su comprensión y creer realmente la verdad acerca de Dios. Esto es más fácil de hacer para los niños pequeños. Los niños también se sienten menos avergonzados que los adultos al pedir ayuda a Dios.

Las madres con mucho gusto llevaron a sus hijos a Jesús. Tomó a los niños en sus brazos, colocó sus manos sobre ellos y los bendijo. Muchos de estos niños, cuando crecieron, se convirtieron en firmes seguidores de Jesús. Jamás olvidaron este día especial en el que Jesús les mostró lo amados y preciosos que eran.

Los niños eran importantes para Jesús cuando estuvo aquí en la tierra, y todavía lo son. Incluso los niños pequeños pueden ser seguidores y amigos de Jesús. Él quiere escuchar tus oraciones y enseñarte sobre él a través de lo que lees y escuchas. ¿Vendrás hoy a Jesús para que pueda bendecirte, tal como bendijo a esos niños pequeños? ¡Y no olvides animar a tus padres a buscar a Dios en busca de bendición y sabiduría también!

51. El joven rico

"Entonces Jesús, mirándole, le amó, y le dijo: Una cosa te falta: anda, vende todo lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo; y ven, sígueme, tomando tu cruz." Marcos 10:21

Mateo 19:16-22; Marcos 10:17-22; Lucas 18:18-23 / DTG capitulo 57

Había un joven gobernante rico que había estado observando a Jesús. Escuchó lo que Jesús enseñó y le gustó. Un día vio a Jesús bendiciendo a los niños y decidió ir a hablar con él. "Me gusta cómo bendijo a los niños", pensó el joven rico, "creo que él también puede ayudarme a mí. Siempre he seguido todas las reglas, pero siento que falta algo en mi vida. Iré y hablaré con Jesús sobre esto".

El joven rico se acercó a Jesús, se arrodilló ante él y le preguntó: "Maestro bueno, ¿qué debo hacer para heredar la vida eterna?"

Jesús lo miró amablemente y le preguntó: "¿Por qué me llamas bueno? Sólo Dios es bueno". ¿Creía este joven que Jesús era simplemente un buen hombre, o creía que Jesús era el Hijo de Dios? Jesús quería que pensara en esto. Entonces Jesús le dijo: "Para tener la vida eterna es necesario guardar los mandamientos de Dios".

"¿Cuáles?" preguntó el joven rico. Jesús le respondió: "No matarás, no hurtarás, no darás falso testimonio, honra a tu padre y a tu madre, y ama a tu prójimo como a ti mismo".

El hombre respondió: "He guardado todos estos mandamientos desde que era joven. ¿Qué me falta todavía?"

Jesús lo miró con bondad y sintió mucho amor por él. Pudo ver que este joven realmente quería algo más en su vida. Tenía riquezas y honor, pero no tenía paz ni gozo, y Jesús quería dárselo. Este joven aún no lo sabía, pero en realidad nunca había entregado su corazón a Dios por completo. Jesús anhelaba que este joven rico se diera cuenta de su necesidad de Dios y que comprendiera cuánto necesitaba un cambio de carácter. Jesús quería invitarlo a estar entre sus seguidores y ayudarlo en su obra. ¿Aceptaría este hombre lo que Jesús le diría?

“Te falta una cosa”, le dijo Jesús: “Para ser perfecto, ve y vende lo que tienes, y dáselo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo. Y ven y sígueme”. Jesús sabía que las riquezas de este hombre eran más importantes para él que Dios. Amaba su dinero más que a Dios y corría el peligro de volverse egoísta y olvidarse de las necesidades de los demás. Sus riquezas también le impedirían comprender cuánto necesitaba a Dios. Las riquezas no son algo malo; pueden ser una gran bendición cuando se usan correctamente. Pero cuando las riquezas se vuelven más importantes que Dios en la vida de alguien, entonces pueden ser peligrosas. En la vida de este hombre, sus riquezas se estaban convirtiendo en un ídolo.

El joven miró a Jesús y sintió su amor. Anhelaba seguirlo. Pero ahora necesitaba elegir entre sus riquezas y Jesús. Esto lo entristeció. ¿Por qué no podía tenerlos a ambos? Jesús acababa de decirle: “Tendrás un tesoro en el cielo si haces esto”. ¿Creería el hombre que, cuando Jesús le pedía que renunciara a sus riquezas, en realidad le estaba ofreciendo algo mejor?

El joven gobernante decidió que no quería renunciar a su alto cargo ni a sus riquezas. Quería seguir a Jesús, pero también quería conservar las cosas que ya tenía. Se sintió triste y se alejó de Jesús.

¡Cuán diferente habría sido la vida de este hombre si hubiera creído a Jesús y lo hubiera seguido! Al elegir sus riquezas, demostró que, de hecho, nunca había guardado los mandamientos de Dios. Amaba sus riquezas más que a Dios. Lamentablemente, rechazó la oportunidad de convertirse en uno de los seguidores y trabajadores de Jesús, y se perdió las riquezas del cielo.

Nosotros también podemos elegir. ¿Realmente queremos seguir a Jesús en todo lo que él nos pide y recibir las riquezas del cielo, o preferimos las cosas de este mundo, que algún día desaparecerán y nos dejarán vacíos? Jesús nos da la opción hoy.

52. A los pies de Jesús

"Marta, Marta, afanada y turbada estás con muchas cosas. Pero sólo una cosa es necesaria; y María ha escogido la buena parte, la cual no le será quitada." Lucas 10:41-42

Lucas 10:38-42 / DTG capítulo 58

Jesús no tenía una casa propia donde dormir todas las noches; dependía de amigos en diferentes pueblos que le ofrecían comida y espacio para dormir. A menudo incluso dormía afuera. Por supuesto, Jesús necesitaba descansar como todos nosotros, por lo que estaba agradecido a los amigos que le ofrecían espacio en sus hogares. Uno de estos amigos era Lázaro y sus dos hermanas, María y Marta, que vivían en Betania. Siempre que Jesús necesitaba un lugar tranquilo para descansar, los visitaba allí. Lázaro y sus hermanas realmente disfrutaban de tener a Jesús en su casa y escuchar sus enseñanzas.

Una vez, Jesús y sus discípulos fueron a Betania para quedarse con Lázaro por unos días. Como de costumbre, Jesús se sentó y comenzó a enseñar a la gente que estaba allí. Una de las personas que lo escuchaba con mucha atención era María. Se había sentado en silencio y no quería perderse ninguna palabra de Jesús.

Marta, sin embargo, tenía otras cosas en mente. Amaba a Jesús y sus enseñanzas, pero estaba más preocupada por todo lo que había que hacer para que él y sus discípulos pudieran estar cómodos y bien alimentados. Estaba tan ocupada cocinando, preparando y sirviendo

que no pensó en sentarse a escuchar a Jesús. Pero mientras hacía su trabajo, miró al grupo y vio a María sentada allí. Esto la molestó. ¿Por qué su hermana no se levantaba y la ayudaba?

Sin pensarlo bien, Marta se acercó a Jesús y le preguntó: “Señor, ¿no te importa que mi hermana me deje servir sola? ¡Dile que me ayude!”

Jesús la miró con bondad. Marta no parecía darse cuenta, pero acababa de interrumpir a Jesús en su enseñanza. También le había dicho a Jesús que él necesitaba resolver el problema con su hermana. Se había sentido tan frustrada que ni siquiera se dio cuenta de que había sido bastante descortés con Jesús. Pero Jesús no quiso angustiarse. Él la miró y le dijo dulcemente: “Marta, Marta, estás tan preocupada por tantas cosas, pero hay una cosa que hace falta, y María la ha elegido; esto no le será quitado”.

¿Qué quiso decir Jesús cuando dijo que se necesitaba una cosa? Quiso decir que debemos tomarnos un tiempo para estar tranquilamente con Dios, escuchar su Palabra y recibir su Espíritu. Recibir esto traerá paz y alegría, y fortalecerá nuestra fe. Hay muchas cosas que hacer todos los días, pero si no nos tomamos el tiempo para estar primero con Dios, ninguna de esas cosas importará. Todas las tareas que Marta estaba haciendo eran importantes, pero no tan importantes como escuchar las enseñanzas de Jesús. Si primero se hubiera sentado y escuchado, ella y María habrían encontrado más tarde el tiempo y la fuerza para hacer todas las demás cosas. Pero como Marta estaba tan ocupada haciendo las cosas de la casa antes que nada, no iba a tener tiempo para escuchar a Jesús y se estaba perdiendo lo que era más importante.

Jesús estaba agradecido por el cuidado de Marta hacia él, pero lo que quería aún más que su cocina y su hospitalidad era que ella

escuchara sus palabras y las hiciera parte de ella. Esto es lo que él estaba tratando de decirle. Al igual que María, primero debemos elegir un tiempo con Jesús todos los días, antes de hacer otras cosas que nos mantengan demasiado ocupados para estar con él. Si ponemos a Jesús en primer lugar, él nos ayudará a lograr todas las cosas que necesitamos hacer, y sus verdades estarán en nuestros corazones y mentes mientras las hacemos. ¿Le estamos dando a Jesús algo de nuestro tiempo cada día?

53. Lázaro

“Le dijo Jesús: Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá.” Juan 11:25

Juan 11:1-44 / DTG capítulo 58

Un día, un mensajero vino a Jesús y le dijo: “Tu buen amigo Lázaro está enfermo”. María y Marta, las hermanas de Lázaro, querían que Jesús se apresurara a ir a Betania y lo sanara. Pero Jesús esperó dos días más antes de comenzar el largo viaje a Betania.

Los discípulos estaban confundidos. ¿Por qué esperó Jesús tanto antes de ir a ayudar a su amigo? Ellos no lo sabían, pero Jesús esperó hasta que Lázaro muriera antes de ir a Betania. Luego dijo a sus discípulos: “Iremos ahora a Betania. Lázaro está durmiendo”.

“Oh, ¿eso significa que ahora está mejor?” preguntaron los discípulos alegremente. “No”, respondió Jesús, “Lázaro está muerto. Pero lo que sucederá después fortalecerá su fe”. Jesús tuvo que mantenerse alejado de la casa de Lázaro y permitirle morir, para que se pudiera realizar un milagro maravilloso, un milagro que fortalecería a todos los seguidores de Jesús. Mediante este milagro, incluso los sacerdotes, los líderes y aquellos que odiaban a Jesús tendrían la oportunidad de aceptarlo nuevamente.

Cuando Jesús llegó a la casa de Lázaro, ya estaba llena de gente para el funeral. Llamó a las hermanas. Primero Marta vino a Jesús. Ella le dijo: “Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no habría

muerto”. No podía entender por qué Jesús había dejado morir a su hermano, pero todavía creía que Jesús los amaba. Ella dijo: “Sé que incluso ahora Dios te dará todo lo que le pidas”.

“Tu hermano resucitará”, la animó Jesús.

“Sí”, dijo, “sé que resucitará en el último día”.

Jesús le dijo: “Yo soy la resurrección y la vida. ¿Crees esto?” Marta respondió: “Sí, Señor, creo que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, que fue enviado al mundo”. Estaba segura de que algún día Lázaro resucitaría, pero no pensaba que Jesús lo resucitaría en ese momento.

Entonces María se acercó a Jesús, se arrodilló a sus pies y también le dijo: “Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto”. Jesús le preguntó con ternura: “¿Dónde lo han puesto?” Las hermanas lo llevaron inmediatamente al sepulcro donde habían puesto a Lázaro.

Entonces Jesús comenzó a llorar. La gente trató de entender por qué lloraba. “Él realmente amaba a su amigo”, se decían el uno al otro, “¿Por qué no lo sanó?” Pero Jesús no lloraba sólo porque Lázaro estaba muerto. Lloraba porque podía sentir el dolor y la tristeza de sus amigos. También sintió el dolor que el pecado había estado causando a la gente durante miles de años. Y al mirar al grupo de personas allí, supo que muchos de ellos nunca lo aceptarían como su Salvador, sino que planeaban matarlo, cuando lo único que él quería era darles vida. Por eso Jesús lloró.

Llegaron a la tumba de Lázaro. Era una cueva que estaba cubierta por una piedra enorme y pesada. Jesús ordenó: “Quiten la piedra”. ¿Le creerían sus amigos lo suficiente como para abrir la tumba? Al principio Marta dijo: “Pero Señor, ya hace cuatro días que está muerto; ya apesta”. Jesús la miró dulcemente y le dijo: “¿No te

dije que si crees, verás la gloria de Dios?” Esto fue suficiente para que Marta creyera. Quitaron la piedra y la gente miró atentamente. ¿Realmente Jesús podría devolverle la vida a Lázaro?

Jesús, de pie junto al sepulcro, oró en voz alta: “Padre, te doy gracias porque me has escuchado, y sé que siempre me escuchas, pero lo digo por las personas que están aquí, para que puedan creer que tú me has enviado”. Jesús estaba dejando saber a la gente que él era el Hijo de Dios, y su milagro lo demostraría.

Entonces Jesús dijo fuerte y claramente: “¡Lázaro, ven fuera!” La gente observó en silencio cómo Lázaro se levantaba y salía. Todavía estaba envuelto en los lienzos que le habían puesto para el entierro. “Desátenlo y déjenlo ir”, ordenó Jesús con ternura. Su amigo ya no necesitaría esas telas sepulcrales: estaba de regreso con su familia, completamente fuerte y saludable. El Hijo de Dios, el dador de la vida, el Restaurador, había devuelto la vida a Lázaro. Y él quiere darnos vida también. ¿Aceptarás la vida que él quiere darte?

54. Zaqueo

"Porque el Hijo del hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido. Lucas 19:10"

Lucas 19:1-10 / DTG capitulo 61

Jesús iba camino a Jerusalén y, mientras viajaba, pasó por Jericó. Había un hombre llamado Zaqueo que vivía en Jericó y necesitaba encontrarse con Jesús; por eso el Maestro pasó por allí.

Zaqueo era un recaudador de impuestos judío. Era muy rico y a la gente no le agradaba porque sabían que se había hecho rico porque les cobraba demasiado dinero en impuestos. Pero Zaqueo estaba cambiando. Había escuchado a Juan el Bautista predicar junto al Jordán. Había dejado de cobrar dinero extra a la gente y había comenzado a pedirles perdón, pero la mayoría de la gente no creía que hubiera cambiado, por lo que todavía lo odiaban.

Después de la muerte de Juan el Bautista, Zaqueo se llenó de tristeza, pero volvió a sentir esperanza cuando escuchó acerca de Jesús. Cuando escuchó que Jesús vendría a Jericó, deseó verlo. Si al menos pudiera vislumbrar a Jesús, sabía que encontraría la fuerza para seguir cambiando.

Un día escuchó que Jesús había llegado a Jericó. Rápidamente fue a ver a Jesús, pero había demasiada gente. Zaqueo era un hombre muy bajo, por lo que todas las personas a su alrededor parecían mucho más altas y le impedían ver a Jesús. ¡Pero Zaqueo realmente

quería ver a Jesús! De repente vio un árbol de sicómoro y decidió treparlo para poder ver a Jesús mejor. No le importaba si la gente pensaba que era vergonzoso que un hombre rico e importante trepara un árbol: ¡él quería ver a Jesús!

Zaqueo observó cómo Jesús y el gran grupo de personas se acercaban al árbol. Se alegró de simplemente vislumbrar a Jesús; no esperaba que él se detuviera debajo del árbol y le hablara, ¡pero Jesús hizo precisamente eso!

“Zaqueo”, dijo Jesús, mirando al recaudador de impuestos, “Date prisa, baja, porque hoy necesito quedarme en tu casa”.

¿Jesús quería quedarse en su casa? ¡Esto deleitó a Zaqueo! Había pensado que sólo podría vislumbrar a Jesús, ¡pero ahora Jesús se ofrecía a quedarse en su casa y pasar tiempo con él personalmente! Los sacerdotes también quedaron asombrados. Se miraron y dijeron: “¿Por qué querría Jesús quedarse en la casa de un pecador?”

Zaqueo rápidamente bajó del árbol. Sabía lo que los sacerdotes y el resto del pueblo pensaban de él. Quería que todos supieran que realmente quería cambiar y que realmente se había arrepentido. Entonces allí mismo, delante de todos, Zaqueo se puso de pie y le dijo a Jesús: “Señor, la mitad de mis bienes daré a los pobres. Y a aquellos a quienes he engañado les devolveré cuatro veces más de lo que les quité”.

Jesús le dijo a Zaqueo: “Hoy ha llegado la salvación a esta casa”. Jesús animó a Zaqueo, porque sabía que desde hacía algún tiempo había estado escuchando al Espíritu de Dios, arrepintiéndose y cambiando. Jesús terminó diciendo a la gente: “Porque el Hijo del Hombre vino a buscar y salvar lo que estaba perdido”. Les recordó que su obra era venir y salvar a todos aquellos que necesitaban salvación. ¿Y quién necesita salvación? ¡Cada persona la necesita! Si

todos fuéramos perfectos, Jesús nunca habría necesitado venir a la tierra para salvarnos. Lo que él más desea es que escuchemos a su Espíritu y lo aceptemos, para que él pueda cambiarnos y salvarnos. Y Zaqueo había estado haciendo precisamente esto desde hacía algún tiempo.

¡Qué feliz estaba Zaqueo de tener a Jesús en su hogar! ¡Qué feliz estaba Jesús de pasar tiempo con Zaqueo y ayudarlo! Zaqueo y su familia se convirtieron con gusto en seguidores de Jesús a partir de entonces.

También podemos optar por escuchar el Espíritu de Dios, tal como lo hizo Zaqueo. ¿Le pedirás a Jesús que te muestre, a través de su Espíritu, lo que necesitas cambiar? ¿Dejarás que él te ayude?

55. Bartimeo

**"Jehová abre los ojos a los ciegos;
Jehová levanta a los caídos;
Jehová ama a los justos." Salmo 146:8**

Mateo 20:29-34; Marcos 10:46-52

Bartimeo y su amigo estaban sentados junto al camino en las afueras de Jericó. Todos los días se sentaban allí y pedían comida o dinero. Hacían esto porque ambos eran ciegos.

Un día oyeron una gran multitud que salía de Jericó. Se preguntaron qué estaría pasando. Entonces oyeron que Jesús de Nazaret justo había estado en Jericó. ¡Había una gran multitud porque todas estas personas lo seguían! Oyeron que él podía sanar. También escucharon que Jesús incluso perdonaba los pecados. De hecho, ¡acababa de perdonar a Zaqueo, el recaudador de impuestos!

Bartimeo realmente quería saber que Dios perdonaría sus pecados. No había sido un buen hombre. Ahora era un mendigo ciego porque no había vivido una buena vida. Se arrepintió de sus pecados y quiso cambiar. Estaba dispuesto a permanecer ciego por el resto de su vida, pero quería estar seguro de que Dios lo perdonaba y podía cambiar.

Bartimeo y su amigo comenzaron a gritar con fuerza: "¡Ten piedad de nosotros, Señor, Hijo de David!" La gente que los rodeaba se molestó por sus gritos y les dijeron que se detuvieran. Pero

Bartimeo no se detuvo. Él y su amigo gritaron con más fuerza: “¡Hijo de David, ten misericordia de mí!”

Jesús escuchó los gritos de estos dos ciegos. Conocía sus tristes historias. Dejó de caminar, se detuvo y los llamó para que vinieran a él.

Alguien se acercó a Bartimeo y a su amigo y les dijo: “¡Buenas noticias! ¡Pónganse de pie! ¡Él los está llamando!” Los dos hombres habían oído a Jesús llamarlos y no necesitaban que nadie viniera a buscarlos. Aunque estaban ciegos, dejaron sus mantos en el suelo, se levantaron y tropezaron como pudieron hacia la voz de Jesús, y vinieron a él.

Bartimeo estaba muy feliz. ¡Jesús era misericordioso! ¡Estaba dispuesto a ayudarlos! Cuando llegaron junto a Jesús, él amablemente les preguntó: “¿Qué quieren que haga por ustedes?”

Lo que Bartimeo deseaba sobre todo era ser perdonado de sus pecados. Quería que su corazón pecaminoso fuera sanado. Pero ahora también creyó que Jesús podía curarle la vista. Le dijo a Jesús: “Quisiera recuperar la vista”.

Jesús les tocó los ojos y les dijo con gozo: “Ve, tu fe te ha sanado”. Inmediatamente, Bartimeo y su amigo recobraron la vista. ¡Ahora podían ver! Sus ojos podían ver, pero sus corazones también podían ver el amor y la bondad de Dios. Estos dos hombres felices comenzaron a seguir a Jesús ese día.

Jesús también quiere darnos nuestra vista espiritual. Él quiere que podamos ver sus verdades y su amor y bondad. ¿Le pedirás que te dé esa vista?

56. Perfume para Jesús

"Y andad en amor, como también Cristo nos amó, y se entregó a sí mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio a Dios en olor fragante."

Efesios 5:2

Mateo 26:6-13; Marcos 14:3-11; Lucas 7:36-50; Juan 11:55- 12:11 / DTG capítulo 62

Jesús se encontraba en Betania con sus queridos amigos Lázaro, María y Marta. Mientras estaba allí, un fariseo llamado Simón preparó una gran cena para él y sus amigos. Simón estaba agradecido a Jesús porque Jesús lo había sanado de la terrible enfermedad de la lepra. Por supuesto, Lázaro también estuvo en la fiesta. Marta servía en la mesa y María había preparado un regalo especial para Jesús.

María estaba profundamente agradecida a Jesús. La había liberado siete veces de los demonios. Cuando otros pensaban que ella no tenía esperanza, Jesús siempre estuvo dispuesto a ayudarla, hasta que finalmente estuvo libre de sus pecados. Quería hacer algo especial para Jesús y había ahorrado dinero durante muchos meses para comprarle el perfume de nardo más caro, del tipo que se usaba para los reyes.

Ahora, durante esta cena especial, decidió darle su regalo a Jesús. Ella silenciosamente trajo el perfume, abrió la caja de alabastro y lo derramó sobre Jesús, una parte en su cabeza y otra en sus pies. Luego se arrodilló a sus pies y comenzó a llorar, pensando en lo amoroso y misericordioso que era Jesús, y en lo agradecida que se

sentía. Mientras lloraba, sus lágrimas cayeron sobre los pies de Jesús. Rápidamente trató de secarlas con su largo cabello.

Esperaba que nadie se diera cuenta de lo que estaba haciendo, pero el encantador olor a perfume llenó la habitación. Escuchó a los discípulos susurrar entre sí. Entonces Judas dijo: “¡Qué desperdicio! Este perfume podría haberse vendido por 300 piezas de plata y ese dinero podría haberse utilizado para ayudar a los pobres”. El resto de los discípulos estuvieron de acuerdo con él.

María se sintió avergonzada y confundida. No podía explicar lo que estaba haciendo; simplemente había sentido que necesitaba mostrar su amor y agradecimiento a Jesús, y así lo estaba haciendo. Ella no sabía que el Espíritu de Dios le había dado la idea de hacerlo así. Ella simplemente pensó: “¿Lázaro y Marta también se sentirán molestos por lo que estoy haciendo? ¿Jesús también estará molesto?” Ella rápidamente intentó irse, pero Jesús comenzó a hablar.

Habló primero a los discípulos: “Déjenla en paz. ¿Por qué la están molestando? Ella ha hecho algo bueno. Siempre tendrán a los pobres con ustedes, pero no siempre me tendrán a mí. Ella hizo por mí todo lo que pudo, y justo antes de mi entierro”.

María se sintió aliviada. ¡Jesús había aceptado su regalo! No necesitaba explicarle a nadie por qué había hecho esto. Jesús dijo: “Dondequiera que se predique el evangelio en todo el mundo, la gente recordará lo que ella hizo aquí”.

El perfume derramado no había sido un desperdicio; había sido una hermosa lección de amor y agradecimiento. María sólo había querido lo mejor para Jesús, porque él se lo había dado todo. Jesús se llenó de gozo al darse cuenta de que al menos una persona había comprendido su amor por nosotros. ¿Notaste que el perfume llenó toda la habitación y todos lo notaron, aunque María no dijo nada? De

la misma manera, si amamos a Jesús y le estamos agradecidos por todo lo que hace por nosotros, otras personas lo notarán, aunque no digamos nada. Con este amor por Jesús, el evangelio será predicado al mundo entero.

No a todos les gustó lo que dijo Jesús. Judas se enfureció porque Jesús no había estado de acuerdo con él y en cambio defendió a María. Realmente no le importaba ayudar a los pobres; simplemente se sentía incómodo con el acto de amor de María hacia Jesús. Estaba tan enojado que decidió traicionar a Jesús, y esa misma noche fue al sumo sacerdote y se ofreció a entregarles a Jesús por treinta monedas de plata.

A Simón, que organizó la comida, tampoco le gustó. Pensó: “Si Jesús fuera un profeta, habría sabido cuán pecadora es esta mujer”. Es injusto que pensara esto, porque él fue quien llevó a María a pecar en primer lugar. Jesús lo sabía, y contó una parábola para que Simón comprendiera la lección sin pasar vergüenza delante de todos sus invitados.

“Simón”, dijo Jesús, “Había una vez dos hombres que debían dinero. Uno de ellos debía 50 monedas de plata y el otro 500. Ninguno de los dos podía pagar lo que debía, por lo que el acreedor los perdonó a ambos. ¿Cuál crees que amará más al acreedor?”

“El que más le debía, más le amará”, respondió Simón. “Así es”, dijo Jesús. “Entré en tu casa, pero no me diste agua para los pies; sin embargo, María me lavó los pies y los secó con sus cabellos. No me saludaste con un beso, pero María besó mis pies. ¿La ves? Ella ha mostrado mucho amor, porque sus muchos pecados le son perdonados. Pero aquellos a quienes sólo se les ha perdonado un poco, sólo amarán un poco”.

Entonces Jesús miró bondadosamente a María y le dijo: “Tu fe te ha salvado; ve en paz”.

Después de eso, Simón cambió para siempre. “Ahora lo entiendo”, se dio cuenta Simón. “Pensé que mis pecados no eran tan graves, así que no me di cuenta de cuánto perdón necesitaba. No he estado agradecido a Jesús como debería estarlo”. Ahora Simón amó a Jesús y se arrepintió de sus pecados. Después de esto, se convirtió en un firme seguidor de Jesús.

El amor que María sintió por Jesús puede ser nuestro. Cuanto más entendamos cuánto ha hecho y está haciendo Jesús por nosotros, más gratitud y amor sentiremos. No necesitaremos decir mucho; la gente notará si amamos a Jesús simplemente por la forma en que vivimos nuestras vidas. Pidamos a Jesús que nos muestre su amor y nos ayude a ver lo que vio María. Con este amor, nuestras vidas predicarán el evangelio al mundo entero.

57. La entrada triunfal

"Alégrate mucho, hija de Sion; da voces de júbilo, hija de Jerusalén; he aquí tu rey vendrá a ti, justo y salvador, humilde, y cabalgando sobre un asno, sobre un pollino hijo de asna." Zacarías 9:9

Mateo 21:1-11; Marco 11:1-10; Lucas 19:29-44; Juan 12:12-19 / DTG capítulos 63 y 64

El día después de la fiesta en casa de Simón, Jesús pidió a sus discípulos que fueran a un pueblo cercano. "Hallarán allí un burrito; desátenlo y tráiganmelo. Cuando los dueños les pregunten por qué lo están desatando, díganles que el Señor lo necesita". Jesús estaba a punto de cumplir una profecía de Zacarías que decía que vendría a Jerusalén como un rey montado en un asno.

Los discípulos estaban muy emocionados. Trajeron el burrito a Jesús y, mientras lo hacían, contaron a todos lo que estaba pasando. "Finalmente", pensaron, "¡Jesús vendrá a Jerusalén para hacerse rey!" El resto de la gente pensó lo mismo, y pronto había grandes multitudes listas para ver a Jesús entrar en Jerusalén en un asno.

Aunque Jesús sabía que la gente no entendía lo que estaba haciendo, tenía que hacerlo de todos modos. Lo hizo porque el profeta Zacarías había escrito que sucedería, y también lo hizo porque era muy importante que todo el pueblo lo notara. Lo verían montado en el asno como un rey. Luego lo verían en la cruz. Cuando estas personas estudiaran las Escrituras, entenderían que Jesús

cumplió las profecías perfectamente y que realmente era el Hijo de Dios.

Mientras Jesús andaba en el burrito, más y más gente se agolpaba a su alrededor. Comenzaron a agitar ramas de palma, a cantar alabanzas y a gritar en voz alta: “¡Hosanna al Hijo de David! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor! ¡Hosanna en las alturas!” Los que Jesús había sanado cantaban más fuerte que todos. La gente arrojó con gozo sus mantos en el camino y puso ramas de palma y de olivo para que el burro caminara, tal como lo habrían hecho con un rey.

Los sacerdotes, sin embargo, no estaban para nada contentos. Intentaron calmar a la multitud, pero nadie les prestó atención. Los sacerdotes dijeron a Jesús: “¡Haz que se detengan!” Pero Jesús respondió cortésmente: “Si esta gente se calla, las piedras gritarán”. Este momento había sido profetizado, por lo que si la gente no seguía los planes de Dios, entonces las piedras lo harían.

Los sacerdotes se acercaron a algunos soldados romanos y les dijeron: “¡Por favor, hagan algo para detener a este hombre!” Pero cuando los soldados miraron a Jesús, vieron que era cortés y bueno, y que no hacía nada malo. ¡Les gustó tanto Jesús que, en lugar de arrestarlo, reprendieron a los sacerdotes por causar problemas!

Finalmente, Jesús llegó al borde de un monte y allí detuvo el burrito. Todos miraron y vieron Jerusalén y el hermoso templo. Miraron a la hermosa ciudad y disfrutaron de la vista. Pero entonces vieron a Jesús y notaron que, en lugar de disfrutar, él se había puesto a llorar. Estaba tan lleno de tristeza que todo su cuerpo temblaba mientras lloraba. La gente miraba en silencio. No podían entender por qué Jesús lloraba. ¿Por qué no estaba feliz después de todas las alabanzas que le habían cantado?

Jesús lloró porque sabía que la mayoría de la gente en Jerusalén no lo aceptaría como su Salvador, a pesar de que ahora le cantaban alabanzas. Estas mismas personas lo crucificarían muy pronto. Estas personas pronto excluirían a Dios de sus vidas, y él tendría que dejarlos y permitir que Satanás hiciera lo que quisiera con ellos. Sabía que sufrirían. Jesús los amaba tanto que le dolía saber que los perdería.

Jesús no quería abandonar al pueblo de Jerusalén; eran su pueblo al que había apreciado durante cientos de años. Todavía tenían tiempo de creer en él como su Salvador. Pero si no lo hacían, pronto sería demasiado tarde; ésta sería su decisión final, y Jesús respetaría su elección.

Nosotros también tenemos la oportunidad de elegir a Jesús. Él quiere ser nuestro Salvador, el Rey de nuestros corazones. Él quiere darnos un carácter hermoso como el suyo, lleno de amor y dulzura. Quiere ser nuestro Protector. ¿Nos damos cuenta de lo que significa si elegimos un rey diferente a él? ¿Lo eliges hoy?

58. La última visita de Jesús al templo

“¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas, y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina junta sus polluelos debajo de las alas, y no quisiste!” Mateo 23:37

Mateo 21:12-17; 23-27; 22:15-46; 23; Marcos 11:15-19; 27-33; 12:13-40; Lucas 19:45-48; 20:1-8; 20-47. / DTG capítulos 65 al 67

Jesús estaba en el atrio del templo. Estaba lleno de vendedores egoístas que vendían animales a precios caros, aprovechándose de las visitas de los creyentes. Hubo mucho ruido. Era imposible adorar allí y esto entristeció a Jesús. Tres años antes, había limpiado el templo. Ahora tendría que hacerlo de nuevo, porque quería pasar tiempo enseñando a la gente antes de su muerte. Quería llegar especialmente a los sacerdotes.

Primero, Jesús se puso de pie y miró a la gente. Todos se quedaron en silencio y tuvieron miedo, a pesar de que Jesús no atacó a nadie. Simplemente dijo: “Escrito está: Mi casa será llamada casa de oración, pero ustedes la han convertido en cueva de ladrones. Quiten estas cosas”. Al igual que la primera vez, los irreverentes vendedores y sacerdotes se preocuparon y abandonaron el templo lo más rápido que pudieron.

Mucha gente se fue rápidamente, pero otros se quedaron. Jesús enseñó con gusto a estas personas y sanó a sus enfermos. Bendijo a

los niños que estaban allí, y en ocasiones algún niño se subía a su regazo y se quedaba dormido. La gente estaba tan feliz y sentía tanta paz que comenzó a cantar alabanzas a Jesús allí mismo en el templo. Incluso los niños cantaron.

En ese momento algunos de los sacerdotes que habían huido decidieron regresar al templo. Cuando oyeron que la gente alababa a Jesús, se perturbaron. “¡Haz que se detengan!” le ordenaron a Jesús. Pero Jesús respondió: “Las Escrituras dicen que de la boca de los niños saldrá la alabanza”. Los niños cantaban la verdad sobre Jesús, así que Jesús no iba a detenerlos.

Ahora los sacerdotes decidieron hacerle preguntas difíciles a Jesús, esperando que dijera algo malo para poder castigarlo. Jesús sabía que ahora lo estaban escuchando atentamente, así que les contó parábolas para ayudarlos a ver el peligro en el que estaban. Tuvieron la oportunidad de arrepentirse y aceptar a Jesús como el Mesías, pero lamentablemente fueron demasiado orgullosos para hacerlo.

“¿De dónde tienes autoridad para hacer estas cosas?” le preguntaron a Jesús. Jesús sabía lo que estaban tratando de hacer, así que les hizo una pregunta: “Cuando Juan el Bautista bautizaba a la gente, ¿era de Dios o de los hombres?” Ahora los sacerdotes estaban atrapados. Sabían que la gente creía que Juan el Bautista había sido de Dios, pero si decían eso, entonces Jesús podría preguntarles: “¿Entonces por qué no creen en mí, ya que Juan dijo que soy el Cordero de Dios?” Pero si decían que el bautismo de Juan no era de Dios, entonces la gente se enojaría con ellos. Finalmente, respondieron: “No lo sabemos”. “Entonces tampoco les diré con qué autoridad hago estas cosas”, respondió Jesús.

Entonces los fariseos enviaron a un joven a hacerle a Jesús una pregunta capciosa: “¿Debemos pagar impuestos al César o no?” Jesús

sabía que era una pregunta capciosa, pero sabía cómo responderla. “Muéstrame una moneda”, dijo. Cuando se la mostraron, él preguntó: “¿De quién es la cara de esta moneda?” “De César”, respondieron. “Entonces denle al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios”, respondió Jesús. Los fariseos quedaron asombrados por la respuesta de Jesús. Había enseñado claramente que primero debemos obedecer a Dios, y que debemos obedecer las leyes de nuestro país siempre que no vayan en contra de la ley de Dios.

Los fariseos y saduceos enviaron más personas para hacerle preguntas difíciles a Jesús, pero Jesús tenía buenas respuestas para todas ellas. No pudieron encontrar nada malo en lo que dijo Jesús. Finalmente, Jesús les hizo una pregunta difícil. Él preguntó: “¿De quién es el Hijo el Mesías?” Ellos respondieron: “Él es el Hijo de David”. Entonces Jesús preguntó: “Entonces, si el Mesías es el Hijo de David, ¿por qué David lo llama ‘Señor?’” Nadie llama ‘Señor’ a su hijo, ¿no es así?” Todos se quedaron en silencio. Después de que Jesús preguntó esto, los fariseos y saduceos dejaron de hacerle preguntas. Jesús pudo seguir enseñando a la gente.

Esta fue la última vez que Jesús enseñó en el templo. Después de esto, él nunca regresaría. De hecho, la presencia de Dios abandonaría este templo pronto y para siempre. Con lágrimas en los ojos, Jesús dijo: “¡Jerusalén, tú matas a los profetas que Dios te envía, pero yo hubiera querido reunir a tus hijos, como la gallina reúne a sus pollitos debajo de las alas, pero no quisiste aceptarlo!”

Después de esto, Jesús y sus discípulos abandonaron el templo. Había completado su obra allí. Ahora dependía de cada persona allí decidir por sí misma si aceptaría a Jesús como el Mesías o no, pero Israel como nación, a través de los líderes, había rechazado a Jesús.

Jesús nos invita a todos a mirarlo y aceptarlo como nuestro Salvador. Podemos elegir recibir su cuidado y protección, o podemos ser tercos y orgullosos como los escribas y sacerdotes. ¿Cuál eliges ser? ¿Procuraremos tener una relación con Cristo?

59. La higuera

"Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe."

Efesios 2:8,9

Mateo 21:17-22; Marcos 11:11-14 / DTG capítulo 64

Jesús pasó algunos días enseñando en el templo, pero en la tarde siempre caminaba hasta Betania para pasar la noche. Una mañana, mientras regresaba al templo, pasó junto a varias higueras. Tenía hambre y vio que uno de los árboles estaba lleno de hojas grandes y verdes. Por lo general, las higueras que tienen hojas grandes también tienen frutos. Pero cuando Jesús se acercó al árbol, vio que el árbol sólo tenía hojas; no tenía fruto. Jesús le habló al árbol y le dijo: "De ahora en adelante, ningún fruto crecerá en ti". Entonces Jesús y sus discípulos se fueron.

A la mañana siguiente, cuando pasaron junto a este mismo árbol, vieron que se había secado. Los discípulos quedaron asombrados. Se preguntaron por qué Jesús le había hecho esto al árbol. Jesús nunca destruía; él siempre restauraba. ¿Por qué había hecho esto? "Maestro", dijo Pedro, "mira, la higuera que maldijiste se ha secado".

Jesús hizo esto para que sirviera de parábola. Necesitaba mostrarles a sus discípulos algo realmente importante. La nación judía, con su hermoso templo y todas sus ceremonias, era como esa higuera muy verde y frondosa. El árbol parecía sano y fuerte. La nación judía parecía estar ocupada haciendo la obra de Dios,

cuidando el templo y ofreciendo todos los sacrificios. Pero cuando Jesús miró con atención, vio que la higuera no tenía fruto. De la misma manera, los judíos tampoco tenían fruto espiritual. No tenían los frutos del Espíritu, como la bondad, la paz y la mansedumbre, en su carácter.

La higuera sin fruto era inútil. ¡Nadie quería una higuera sin fruto! De la misma manera, las personas sin el fruto del buen carácter no pueden entrar en el reino de Dios. ¿Por qué no? Porque para producir este fruto necesitamos fe. Si no tenemos fe, ni siquiera estaremos interesados en ser parte del reino de Dios. Pero si tenemos fe en Dios y creemos en sus palabras, su Espíritu puede cambiar nuestros corazones y tendremos caracteres hermosos, dignos del cielo, como un árbol que produce frutos hermosos.

Los judíos, sin los frutos del Espíritu, confundían a las demás naciones y les impedían conocer a Dios. Las demás naciones miraban su hermoso templo, sus pergaminos y sus sacrificios, y pensaban que todo eso era maravilloso. Pero cuando se acercaban, encontraban que los líderes judíos no tenían amor, alegría, paz ni mansedumbre, y se alejaban.

¿Cómo podemos recibir el fruto del Espíritu? Teniendo fe, que permite que el Espíritu de Jesús esté en nuestras vidas. La higuera murió porque dejó de recibir el agua que la mantenía viva; se secó. De la misma manera, si Israel seguía rechazando a Jesús, perdería su suministro de agua espiritual. Perderían la protección de Dios. Jesús, a través de su Espíritu, es nuestro suministro de agua espiritual, y él es el único que puede darnos vida.

Jesús explicó a sus discípulos: “Si tienen fe, no sólo podrán hacer esto a la higuera; podrán decirle a una montaña que se mueva y que entre en el mar, y sucederá. Todo lo que pidan en oración, creyendo,

lo recibirán”. Hay tantas cosas que a Dios le gustaría hacer por nosotros, pero necesitamos tener fe en sus palabras para que esto suceda.

Podemos elegir si queremos ser como la higuera sin fruto o si queremos tener la fe que produce frutos hermosos en nuestro carácter. Pidamos a Jesús esta fe. Él confía y cree perfectamente en su Padre. ¡Él con gusto nos dará su fe!

60. La ofrenda de la viuda

"Cada uno con la ofrenda de su mano, conforme a la bendición que Jehová tu Dios te hubiere dado." Deuteronomio 16:17

Marcos 12:41-44; Lucas 20:45 - 21:4 / DTG capítulo 67

Durante esos últimos días que Jesús pasó enseñando en el templo, habló claramente sobre los problemas de los escribas y fariseos. Estos hombres hacían largas oraciones en público, hacían muchas ofrendas y asistían a todas las ceremonias del templo. Pero nada de esto los acercaba a Dios. ¿Por qué no? Porque durante sus ceremonias no pensaban en lo que Dios había hecho por ellos, sino en lo que otras personas pensarían de ellos. Estaban muy orgullosos de sí mismos. Sus largas oraciones no significaban nada, porque el amor de Dios no los había transformado. En cambio, justo después de orar, seguían engañando a las viudas y a los pobres, y no se preocupaban por aquellos que necesitaban su ayuda. Aunque le dieron a Dios grandes ofrendas, este dinero era sólo lo que les sobraba de sus riquezas; no se habían privado de nada porque todavía les quedaba mucho para ellos.

Un día Jesús estaba en el patio del templo. En el patio había grandes cofres del tesoro para que la gente dejara sus ofrendas. Jesús observó cómo la gente entraba para contribuir. Los hombres ricos entraron y arrojaron ruidosamente sus muchas monedas en el cofre para que otros pudieran oírlas y verlas. Disfrutaron sabiendo que otras personas los admiraban por hacer ofrendas tan grandes.

Entonces vino una viuda pobre a traer su ofrenda. Rápidamente introdujo dos monedas pequeñas y se giró para irse antes de que alguien pudiera verla. El rostro de Jesús se iluminó cuando la vio, y ella lo vio mirándola. Entonces escuchó a Jesús decir a sus discípulos: “Esta viuda, aunque pobre, ha dado más que todos estos otros hombres”.

¿Cómo podían sus dos pequeñas monedas ser más que las enormes sumas de dinero que habían traído los demás? Jesús explicó: “Estos hombres dieron de lo que tenían en abundancia, pero esta mujer dio todo lo que tenía, incluso lo que necesitaba para sí misma”.

La viuda salió del templo llena de alegría. ¡Jesús la había comprendido! Esta mujer amaba a Dios y quería ayudar en la obra de Dios en el templo. Había estado dispuesta a donar el dinero que necesitaba para sí misma, porque amaba mucho a Dios. Se había sentido avergonzada de dar tan poco, pero en realidad era todo lo que tenía. La hizo feliz que Jesús viera lo valioso que era su regalo.

Esta mujer dio por amor: estaba feliz de darle a Dios todo lo que tenía. Los hombres ricos daban por orgullo: querían quedar bien delante de los demás. ¿Quién crees que conocía mejor a Dios? Cuanto más conocemos a Dios y apreciamos lo mucho que él ha hecho y está haciendo por nosotros, más haremos las cosas por amor. Dios no quiere que hagamos cosas sólo porque pensamos que tenemos que hacerlas; él quiere que vivamos y actuemos con verdadero amor y agradecimiento hacia él por lo que está haciendo por nosotros. Si se lo pedimos, él nos dará este amor y agradecimiento en nuestros corazones.

61. Los griegos vienen a Jesús

“Entre tanto que tenéis la luz, creed en la luz, para que seáis hijos de luz.” Juan 12:36

Juan 12:20-50 / DTG capítulo 68

Jesús había terminado su obra en el templo. Acababa de decirles a los judíos: “Este templo, que es su casa, quedará desolado (vacío)”. Lo habían rechazado, y la presencia de Dios pronto abandonaría el templo.

Justo después de que Jesús dijera esto, Felipe y Andrés vinieron a Jesús. “Hay aquí unos griegos que quieren verte”, le dijeron. Jesús estaba muy feliz de encontrarse con estos hombres griegos. Los judíos como nación podrían haber rechazado a Jesús, pero todavía había tiempo para que otras naciones lo aceptaran. Estos hombres griegos estuvieron entre los primeros no judíos en creer en Jesús. Amaban a Dios y habían venido a adorar durante la fiesta, y también esperaban conocer a Jesús y ver por sí mismos quién era él.

Mientras Jesús hablaba con estos hombres, otras personas también escuchaban. Jesús comenzó a explicar que pronto tendría que morir para que todos pudiéramos recibir la vida eterna. También invitó a sus seguidores a unirse a él para ayudar a otros a conocer a Dios. Mientras Jesús hablaba, la gente vio una nube que lo rodeaba.

Entonces Jesús oró en voz alta. En su oración, le dijo a su Padre que se sentía atribulado porque pronto sería crucificado. Deseaba no tener que pasar por algo tan horrible. Pero mientras oraba, se sintió consolado. Terminó su oración diciendo: “Para esto vine al mundo. Padre, glorifica tu nombre; por favor, deja que la gente comprenda tu carácter”.

Dios respondió con gusto la oración de Jesús. Una luz brilló desde la nube que estaba sobre Jesús, y la voz del Padre fue escuchada por todos los presentes cuando dijo: “He glorificado mi nombre, y lo glorificaré otra vez”. Esta fue la tercera vez en la vida de Jesús que Dios habló en voz alta a su Hijo, frente a otras personas públicamente.

Aunque todos escucharon la voz, algunas personas todavía estaban confundidas. “¡Tronó!” algunos dijeron. Otros decían: “¡Un ángel le habló!” Pero los griegos vieron la nube, oyeron la voz, comprendieron y creyeron que Jesús era el Hijo de Dios.

Jesús dijo al pueblo: “Esta voz se oyó en alta voz, no por mí, sino por ustedes”. Luego les dijo: “El mundo me juzgará muy pronto; cada uno decidirá lo que piensa de mí. Seré crucificado y acercaré a mí a todos los hombres”. Al pueblo se le estaban dando las últimas oportunidades para aceptar a Jesús, la luz del mundo. Él dijo: “La luz estará con ustedes por un poco más de tiempo. Crean en la luz mientras la tengan, para que puedan ser hijos de la luz”.

Después de decir estas cosas, Jesús se fue y no pudieron encontrarlo. ¿Necesitaba el pueblo alguna otra señal para que se les demostrara que Jesús era verdaderamente el Hijo de Dios? ¿Acababan de escuchar a Dios mismo hablando con Jesús! ¿No habían visto también lo bueno y bondadoso que era Jesús y los milagros que había hecho? ¿Qué más necesitaba ver la gente para creer que Jesús era el

Mesías? En ese momento muchos de los gobernantes judíos creyeron, pero tuvieron miedo de los demás líderes, por lo que se quedaron callados. Lamentablemente, el resto de los judíos decidieron que ni siquiera estas señales eran suficientes para creer. Pero los griegos sí creyeron. Lo que vieron y oyeron fue más que suficiente para que vieran que Jesús realmente era el Hijo de Dios.

Los griegos optaron por creer en la luz. Los líderes judíos optaron por rechazar la luz. También nosotros tenemos la posibilidad de elegir. ¿Cuánta prueba necesitas para creer que Jesús es el Hijo de Dios? ¿Hay algún temor en tu vida que te esté haciendo rechazar su luz?

62. Señales del fin

**"He aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo.
Amén." Mateo 28:20**

Mateo 24; Marcos 13; Lucas 21:5-38 / DTG capítulo 69

Los sacerdotes tenían miedo. Habían oído a Jesús decir: "Este templo, que es su casa, quedará vacío". ¿Qué quiso decir Jesús con eso? Quería decir que pronto la presencia de Dios abandonaría el templo, porque habían rechazado a Jesús como el Mesías. Aunque los sacerdotes sintieron miedo, fingieron que no les importaba lo que Jesús había dicho.

Pero a los discípulos sí les importó. ¿Qué quiso decir Jesús? ¿Estaba realmente en peligro el templo? Mientras salían del templo, los discípulos señalaron los hermosos y fuertes muros del templo. Sí, el templo era hermoso. Pero Jesús dijo con tristeza a sus discípulos: "Un día no habrá piedra sobre piedra; este templo será completamente destruido". Mucha gente escuchó lo que dijo Jesús y sus discípulos pensaron en ello en silencio.

Jesús y sus discípulos subieron al monte de los Olivos para descansar. Ahora que estaban lejos de otras personas, los discípulos dijeron a Jesús: "Dinos, ¿cuándo serán estas cosas? ¿Cuál será la señal de tu venida y del fin del mundo?"

Jesús explicó bondadosamente las señales del fin: primero el fin del templo y luego el fin del mundo. La destrucción de Jerusalén y el templo ocurriría 40 años después, y la segunda venida ocurriría

cientos de años después; estamos esperando su segunda venida ahora mismo. Jesús sabía que los discípulos no estaban preparados para entender la diferencia entre estos dos eventos, por eso les dijo las señales para ambos. Sabía que, con el tiempo, sus seguidores leerían sus palabras en la Biblia y eventualmente entenderían de qué evento estaba hablando.

“Habrá hombres que vendrán diciendo que son el Mesías. No dejen que los confundan”, advirtió Jesús. Esto sucedió antes de la destrucción de Jerusalén y todavía continúa sucediendo ahora.

“Serán arrestados y maltratados. Algunos de ustedes serán asesinados porque creen en mí”, explicó Jesús. “La gente se escandalizará, se odiarán y se traicionarán unos a otros”. Esto se debe a que, cuando rechazan a Dios, pierden el amor de Dios en sus corazones y son incapaces de amar a los demás. Esto sucederá antes de la segunda venida, pero también sucedió justo antes de que Jerusalén y su templo fuera destruida. Los judíos odiaban a los seguidores de Jesús y querían hacerles daño.

Entonces Jesús les advirtió: “Cuando vean ejércitos rodeando a Jerusalén, huyan rápido a las montañas, porque el fin está cerca”. Cuarenta años después, cuando esto sucedió, todos los cristianos recordaron las palabras de Jesús y huyeron a las montañas. De todas las personas que murieron en la destrucción de Jerusalén, ninguna era cristiana. Todos los cristianos estuvieron a salvo porque obedecieron las palabras de Jesús.

Jesús también habló de las señales de la segunda venida. “Habrá guerras y rumores de guerras”, dijo Jesús, “y habrá hambrunas, pestilencias y terremotos”. Todas estas son señales de que los seres humanos han rechazado a Dios y él está retirando su protección de la

tierra. Pero no debemos tener miedo, porque Dios siempre está ahí con sus hijos, para darles fuerza y consuelo.

Jesús también dijo: “El sol y la luna se oscurecerán y las estrellas caerán del cielo”. Esto ya sucedió en 1780 y en 1833. “Al final de los tiempos, los hombres serán malvados como antes del diluvio de Noé”, dijo Jesús. El mundo empeorará cada vez más antes de su venida, “y el evangelio del reino de Dios será predicado en toda la tierra”. En tiempos de Noé, los hombres habían dañado tanto la tierra que ocurrió el terrible desastre del diluvio. Así será en nuestro tiempo, que a medida que dañemos más y más la tierra a causa del pecado, habrá más y más calamidades. El mensaje del regreso de Jesús será aún más urgente. Todos tendrán la oportunidad de aprender y decidir por sí mismos si quieren ser parte del reino de Dios o no; o si pondrán su fe en este mundo que se está desmoronando.

Luego Jesús explicó cómo sería su segunda venida: “El Hijo del Hombre vendrá en las nubes del cielo con poder y gran gloria. Enviará a sus ángeles con gran sonido de trompeta y reunirá a sus seguidores de toda la tierra”. Los que murieron creyendo en Jesús resucitarán y serán llevados al cielo. Los que vivan serán salvos de todas las cosas terribles que sucederán en la tierra.

“Pero nadie sabe el día ni la hora en que esto sucederá. Sólo mi Padre lo sabe”, explicó Jesús. ¿Y cómo podemos prepararnos para la venida de Jesús? Él nos dice cómo: “Velad y orad siempre”. Esto significa que sólo necesitamos pasar tiempo con Jesús y llegar a conocerlo. Si estamos seguros de que Jesús nos ama, tendremos paz y consuelo incluso cuando las cosas se pongan difíciles. Las señales de la venida de Jesús pueden preocupar a muchos, pero no es necesario que nosotros nos sintamos así. ¡Estas señales nos dicen que Jesús pronto estará aquí!

Jesús les dijo con amor a sus seguidores todas estas señales, para que podamos estar preparados. No debemos tener miedo, porque Dios es más fuerte que todos y todo, y Jesús ha prometido estar con nosotros siempre, incluso hasta el fin del mundo. Conozcámoslo cada día mejor y aprendamos a descansar en la seguridad de su consuelo, protección y amor. ¿Quieres hacerlo?

63. El siervo más grande

"Porque ejemplo os he dado, para que como yo os he hecho, vosotros también hagáis." Juan 13:15

Lucas 22:7-18; Juan 13:1-17 / DTG capítulo 71

Pronto sería la Pascua. Jesús les dijo a Pedro y a Juan: "Entren en la ciudad [Jerusalén] y encontrarán a un hombre que lleva un cántaro de agua. Síganlo hasta su casa. Luego digan al dueño de la casa: 'Nuestro Maestro pregunta dónde está la habitación para comer la Pascua con sus discípulos'. Después de preguntarle esto, él los llevará a un gran aposento alto. Preparen todo allí".

Todo sucedió exactamente como Jesús había dicho. Pronto los discípulos tuvieron todo listo, y Jesús y los doce discípulos subieron al aposento alto para la cena de Pascua.

Al sentarse, se dieron cuenta de que había un problema: no tenían un sirviente que les lavara los pies polvorientos. Por lo general, los sirvientes hacían este trabajo desagradable. Pero ahora ¿quién lo haría? No tenían sirvientes y ninguno de los discípulos quería actuar como sirviente y lavar los pies de nadie. De hecho, justo antes de llegar a la habitación, habían estado discutiendo entre ellos sobre quién era más importante y quién estaba más cerca de Jesús. Cada discípulo quería ser el discípulo más grande – y las personas importantes no lavaban los pies de nadie, ¿no es cierto?

Jesús se sintió triste. Él sabía que en tan sólo unas pocas horas, los pecados de cada persona en la tierra, incluidos los tuyos y los míos, harían toda su obra en su vida. Todos nuestros pecados desconectarían a Jesús de su Padre y quedaría claro cuáles son las consecuencias del pecado. Jesús sabía que esta separación de su Padre le rompería el corazón. También sabía que los judíos lo rechazarían y tratarían con crueldad, y que también sufriría en la cruz. Y al mirar a sus discípulos, se sintió triste porque estaban llenos de egoísmo.

Jesús necesitaba enseñar a sus discípulos a amar como ama Dios. Para ello, tomó una toalla y un recipiente con agua y silenciosamente comenzó a lavar los pies de cada discípulo. De repente, los discípulos se sintieron avergonzados de sí mismos. ¿Por qué Jesús les lavaba los pies? ¿Deberían haberle lavado los pies a él! Vieron su egoísmo y quisieron ser bondadosos y humildes como Jesús.

Pedro le dijo a Jesús: “¡No, jamás me lavarás los pies!” Se sentía mal porque Jesús tuviera que hacer este trabajo de siervo. Pero Jesús le dijo: “Necesito lavarte para que estés en mi reino”. Así como Jesús le estaba lavando los pies, también quería lavar su corazón del pecado. “¡Señor, entonces lávame las manos y la cabeza también!” respondió Pedro. Jesús le respondió: “Ya estás lavado, sólo tus pies están sucios y necesitan ser lavados”. Pedro ya pertenecía a Jesús; Jesús sólo necesitaba lavar su orgullo y egoísmo esa noche.

Jesús terminó de lavarles los pies, los miró y les dijo suavemente: “¿Ven lo que les he hecho? Soy su Maestro y Señor, pero les he lavado los pies. También deben lavarse los pies unos a otros”.

Ahora los discípulos ya no discutían sobre quién era el mayor. Si su propio maestro les había lavado los pies, ¿por qué no podían ser humildes unos con otros? Ahora sentían amor el uno hacia el otro y

querían ser como Jesús. Lamentaban haber sido tan orgullosos y egoístas. Jesús les había mostrado, con el ejemplo, lo que harán los más grandes en el reino de Dios. ¿Y qué harán? Servirán a los demás. Al igual que Jesús, encontrarán maneras de ayudar y bendecir a otros, incluso si eso significa hacer cosas que nadie quiere hacer. Por eso tenemos un servicio de comunión en la iglesia, en el que nos lavamos los pies unos a otros. Cada vez que hacemos esto, recordamos lo que Jesús quiso enseñar a sus discípulos ese día, y lo que quiere que nosotros también aprendamos.

Los más grandes en el reino de Dios pensarán en los demás antes que en ellos mismos. Esto es lo que Jesús hizo por nosotros y con gusto nos ayudará a hacerlo por los demás. ¿Estarás dispuesto a servir a otros como él lo hizo?

64. La última cena

"Haced esto en memoria de mí." 1 Corintios 11:24

Mateo 26: 20-29; Marcos 14:17-25; Lucas 22:14-23; Juan 13:18-30 / DTG capítulo 72

Jesús acababa de lavar los pies de sus discípulos. Se arrepintieron de haber sido tan orgullosos y egoístas que Jesús había tenido que hacer el trabajo de siervo para ellos. Ahora entendían su deber mutuo y cómo Jesús quería que fueran. Sus corazones habían cambiado y estaban listos para disfrutar de una comida especial con Jesús.

Esta era la comida de Pascua y la última que tendrían con Jesús. Él tomó el pan, lo partió y dijo: "Tomen y coman; este es mi cuerpo". El cuerpo de Jesús sería partido, tal como se partió el pan ese día. La Biblia también dice que Jesús es el pan de vida; así como no podemos vivir sin comida, tampoco podemos vivir sin Jesús.

Entonces Jesús tomó el vino y dijo: "Beban todos; esta es mi sangre. Hagan esto en memoria de mí". Jesús sería herido y sangraría por nosotros, y desde entonces, los discípulos de Jesús siempre recordarían el sacrificio de Jesús cada vez que bebieran jugo de uva.

Jesús pidió a los discípulos que hicieran estas cosas para recordar lo que él ha hecho por nosotros. Desde entonces, los seguidores de Jesús han realizado la comunión, o la santa cena. Incluso ahora, cada vez que tomamos la santa cena, cada vez que comemos el pan y

bebemos el jugo de uva, podemos pensar en cómo Jesús lo dio todo para que seamos salvos. Nos ayuda a comprender cuánto nos ama.

Los corazones de los discípulos cambiaron gracias a lo que Jesús estaba haciendo esa noche – todos excepto uno. Judas fue el único discípulo al que no le gustó lo que estaba pasando. Le molestó que Jesús hubiera hecho el trabajo de un siervo. “El Mesías jamás haría eso”, pensó Judas. Ahora realmente quería traicionar a Jesús. Jesús lo sabía y quería darle a Judas la oportunidad de arrepentirse. Él dijo: “Uno de ustedes me traicionará esta noche”. Esto preocupó a los discípulos, y cada uno de ellos comenzó a preguntar: “Señor, ¿soy yo?” Uno por uno hicieron esta pregunta. Juan estaba apoyado en Jesús y le preguntó: “Señor, ¿quién es?” ¿Quién haría algo así? Jesús respondió en voz baja: “Es el mismo hombre que mete la mano conmigo en el plato”. ¡Alguien en esa misma habitación lo traicionaría! Judas finalmente preguntó: “Maestro, ¿soy yo?” Jesús respondió en voz muy baja: “Tú lo has dicho”. De repente, Judas quiso salir de la habitación. Se sintió muy incómodo.

Cuando Judas se iba, Jesús le dijo: “Lo que tienes que hacer, hazlo pronto”. Esta fue la última oportunidad que tuvo Judas para arrepentirse. En realidad, Jesús le estaba diciendo a Judas: “Tienes que arrepentirte. ¡Hazlo pronto, antes de que sea demasiado tarde!” Pero ¿qué entendió Judas? Como se negó a arrepentirse, decidió que Jesús le estaba diciendo: “¡Tienes que traicionarme y hacerlo rápido!”. Pero, por supuesto, eso no es para nada lo que Jesús quiso decir. Jesús había hecho todo lo posible para tocar el corazón de Judas. Después de que Judas salió de la habitación, Jesús ya no pudo alcanzarlo.

La última lección que Jesús dio a sus discípulos mientras vivió aquí en la tierra fue una lección de amor y servicio. Hizo el trabajo de

siervo de sus discípulos y los amó plenamente. Incluso amó a Judas. Y él puede ayudarnos a hacer lo mismo por los demás. Él les dio a sus discípulos, y a nosotros, una manera de seguir recordando su amor y sacrificio por nosotros. Cada vez que participamos en un servicio de comunión, podemos recordar el amor profundo y desinteresado de Jesús y pedirle que nos dé ese mismo amor por los demás.

Ese día, cada discípulo tenía una opción: podía decidir aprender de Jesús para poder ser más lleno de amor hacia los demás, o podía rechazarlo. Once de los discípulos eligieron el amor de Jesús, pero Judas eligió su propio orgullo. No quería ser humilde y no quería sacrificarse como Jesús les estaba enseñando a hacer. Tenemos la misma opción hoy. Naturalmente, la gente no quiere ser humilde y servir a los demás; esto es algo que sólo Jesús puede darnos. Sólo él puede cambiar nuestros corazones para hacernos más como él. ¿Le dejarás hacerlo?

65. La última conversación

“Yo en ellos, y tú en mí, para que sean perfectos en unidad, para que el mundo conozca que tú me enviaste, y que los has amado a ellos como también a mí me has amado.” Juan 17:23

Juan 13:31-38; 14-17 / DTG capítulo 73

Jesús estaba solo en el aposento alto con once de los discípulos. Judas ya había salido de la habitación y se dirigía al encuentro de los sacerdotes para traicionar a Jesús.

Jesús comenzó a hablar a los discípulos. Era la última vez que podría prepararlos para lo que iba a suceder. Él dijo: “Estaré con ustedes sólo un poco más de tiempo y luego iré adonde ustedes no pueden ir”.

¿Jesús se iría? Los discípulos se sintieron preocupados al escuchar esto. Pero Jesús los consoló diciendo: “No se angustien. Iré a la casa de mi Padre para prepararles un lugar, y luego volveré por ustedes”.

Los discípulos estaban confundidos. Tomás preguntó: “Señor, no sabemos adónde vas. ¿Cómo podemos conocer el camino?” Jesús respondió: “Yo soy el camino, la verdad y la vida. Nadie viene al Padre si no es por mí. Si me conocen, entonces también conocen al Padre”. Felipe todavía no entendía. Él dijo: “¡Señor, muéstranos al

Padre!” Jesús le explicó pacientemente: “He estado con ustedes todo este tiempo, ¿y todavía no me conoces, Felipe? Si me has visto, has visto al Padre. Yo estoy en el Padre y el Padre está en mí”. Jesús y su Padre tienen el mismo carácter lleno de amor y el mismo propósito de salvarnos. Entonces, cualquier cosa que Jesús haya hecho, sabemos que el Padre también es así.

Jesús continuó: “Si creen en mí, podrán hacer las mismas obras que yo hago. Tienen que pedírselo al Padre en mi nombre”. Jesús les explicó que aunque él se fuera, el Padre enviaría su Espíritu para consolarlos y guiarlos. En este momento, Jesús solo podía estar en un lugar a la vez, pero después de ir al cielo, podría enviar su Espíritu y estar con cada uno de sus seguidores en cualquier parte del mundo.

Había llegado el momento de ir al Huerto de Getsemaní. Juntos, Jesús y sus discípulos cantaron el Salmo 117, que siempre cantaban en la Pascua, y luego salieron del aposento alto. Mientras caminaban hacia Getsemaní, los discípulos notaron que Jesús parecía cada vez más triste. Les dijo a sus discípulos: “Esta noche todos ustedes estarán enojados y avergonzados por mi causa”. Pedro estalló diciendo: “¡Aunque todos puedan sentirse ofendidos, yo no lo haré!” Jesús se sintió triste porque sabía lo que sucedería con Pedro. Le dijo suavemente: “Esta noche, antes que el gallo cante dos veces, me negarás tres veces”. Pedro se molestó por esto y exclamó: “¡No! ¡Estaría dispuesto a morir contigo!”

Jesús miró bondadosamente a sus discípulos y dijo: “Después de que resucite, los encontraré en Galilea”. Les estaba haciendo saber que los perdonaría por dejarlo y que estaría con ellos nuevamente. Mientras caminaban, Jesús siguió enseñándoles. Les recordó que necesitaban estar conectados a él, tal como los pámpanos están conectados a la vid. Si el pámpano está conectado a la vid, producirá

fruto. Si estamos conectados con Jesús, desarrollaremos el fruto del Espíritu Santo. “Quiero que se amen unos a otros, como yo los he amado. La gente sabrá que son mis seguidores por la forma en que se aman unos a otros”, dijo Jesús. Jesús amaba incluso a quienes lo odiaban, y ayudaría a sus seguidores a hacer lo mismo.

Entonces Jesús hizo una hermosa oración. Él oró por sus discípulos y también oró por todas las personas que lo seguirían después, ¡incluido usted! Oró para que todos llegáramos a conocerlo a él y a su Padre, y reflejar su carácter de amor. “Te he glorificado en la tierra, ayudando a la gente a ver cómo eres realmente, y por eso he terminado la obra que me encomendaste hacer”, oró Jesús a su Padre.

Jesús había dado algunas últimas palabras de seguridad y aliento a sus discípulos. A través de su vida, había mostrado al mundo y al universo cuán bondadoso y lleno de amor es Dios. Había llegado el momento en que Jesús permitiría que Satanás mostraría su crueldad y odio. Podemos agradecer a Jesús por vivir una vida tan compasiva y llena de amor, representando plenamente a Dios, su Padre. ¿Creemos que Dios es como su Hijo Jesús?

66. En Getsemaní

“Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí.” Gálatas 2:20

Mateo 26:36-56; Marcos 14:32-50; Lucas 22:39-53; Juan 18:1-12 / DTG capítulo 74

Parte 1: En el jardín

Jesús y sus discípulos caminaron hacia el huerto de Getsemaní. Cuanto más se acercaban al jardín, más silencioso se volvía Jesús. Comenzó a sentir una profunda tristeza. Estaba sintiendo el rechazo del mundo entero hacia él, sin la seguridad de su Padre de que todo estaba bien. Le parecía que la presencia de su Padre se estaba desvaneciendo de él y que la inmensidad del pecado lo abrumaba. Jesús se llenó de angustia.

Cerca de la entrada del jardín, todos los discípulos encontraron lugares para descansar. Pero Jesús pidió a Pedro, Santiago y Juan que lo acompañaran un poco más al jardín. Cuando llegaron a su lugar favorito, Jesús dijo a los tres discípulos: “Quédense aquí y velen conmigo”. Jesús se alejó un poco más, donde sus amigos todavía podían verlo, y cayó al suelo para orar.

Jesús se sentía como que estaba separándose de su Padre a causa de los pecados del mundo. Cuanto más cargaba con nuestros pecados, más sentía la “ira de Dios”. ¿Y qué es esta ira de Dios? ¿Está Dios enojado? No, no es eso. Significa que Dios ya no impide

que el pecado nos haga daño; ya no se interpone en el camino del pecado. Si una persona ha rechazado a Dios una y otra vez, Dios finalmente respeta sus deseos: deja de protegerla de este pecado y, al final, el pecado hace que esta persona muera. Esta es la ira de Dios y es completamente diferente de la ira humana, ¿no es así? Dios se entristece cuando esto sucede, porque él nos ama a cada uno y quiere darnos vida. Pero él sólo puede hacerlo si se lo permitimos; nunca nos obligará a aceptar su ayuda. Cuando Dios deja de interponerse en el camino del pecado, entonces este pecado toma el control y separa a la persona de Dios.

Cuando Jesús cargó con nuestros pecados, Dios estaba allí, cerca de Jesús, pero permitió que nuestros pecados le hicieran a Jesús lo que nos harían a nosotros si nos aferramos a nuestros pecados. Cuando Jesús sintió el horrible peso de nuestros pecados, se sintió separado de Dios y completamente solo. Ningún hombre ha sentido jamás lo que Cristo experimentó, y ningún hombre lo experimentará hasta la segunda muerte, cuando todas las personas que han rechazado a Dios enfrentarán sus pecados sin que Jesús cargue con ninguno de ellos. Jesús nos mostró a través de su muerte cuál es la consecuencia del pecado. Él quiere que sepamos esto para que podamos elegir la vida.

Jesús había pasado toda su vida estando cerca de Dios y sintiendo su presencia y consuelo, y esta separación le trajo mucha tristeza y angustia. Deseaba que alguien pudiera quitarle esos pecados, pero no había nadie. Él fue el único que pudo cargar con estos pecados por nosotros para que pudiéramos creer que Dios nos perdona. Mientras sufría, Satanás lo tentó a pensar que no valía la pena hacer esto por nosotros. “Quizás nunca vuelvas a ver a tu Padre”, sugirió Satanás, “¡Y también, piensa en todos los millones de

personas que nunca estarán agradecidas por lo que hiciste! ¡Olvídate de hacer esto y regresa con tu Padre! No tienes que sufrir por esto”.

Jesús estaba sufriendo y luchando tanto que seguía cayéndose al suelo. Él oró: “Padre, si es posible, que pase de mí esta copa. Pero quiero hacer tu voluntad, no la mía”. Deseaba que Dios pudiera quitarle este terrible sufrimiento, pero estaba dispuesto a pasar por ello si Dios decía que era lo mejor.

Jesús necesitaba consuelo. Se habría sentido fortalecido si sus tres amigos hubieran estado allí para decirle palabras bondadosas y si los hubiese encontrado orando. Pero en cambio, los vio durmiendo. Los despertó suavemente y les dijo: “¿Están durmiendo? ¿No han podido velar conmigo durante una hora? Velen y oren para que no sean tentados”. Luego Jesús regresó a su lugar de oración.

Nuevamente, Jesús le pidió a Dios que dejara pasar de él esta copa, o esta experiencia, “pero sólo si es tu voluntad”. Jesús estaba sufriendo tanto que empezó a sudar sangre y caía constantemente al suelo. Los discípulos oyeron a Jesús orar y pensaron que debían ir donde Jesús, pero rápidamente se durmieron nuevamente. Una vez más, Jesús los despertó suavemente. Cuando vieron que estaba sudando sangre, se sintieron asustados y confundidos. Su miedo, preocupación y confusión hizo que quisieran dormir, no orar. No podían permanecer despiertos.

Nuevamente Jesús fue a orar. Oró para no ceder a la tentación. “Por favor, quítame esta copa, pero sólo si es tu voluntad y no la mía”. Después de esta oración, Jesús tomó una decisión. Pensó en todos nosotros y en lo que pasaría si no hacía esto por nosotros. Pensó en todas las personas que serían salvas gracias a él. Lo haría, pase lo que pase. “Si esta copa no pasa de mí si no la bebo, lo haré;

que se haga tu voluntad”, oró. Después de decir esto, se desplomó, casi muriendo de tanto sufrimiento.

Los amigos de Jesús no permanecieron despiertos para orar con él, pero todos los ángeles del cielo estaban observando. ¡Cómo deseaban poder liberar a Jesús de su sufrimiento! De repente, un ángel descendió hacia Jesús. Era el ángel que está en la presencia de Dios, y vino a animar a Jesús. No podía quitar los pecados que Jesús llevaba, pero trató de consolarlo. Colocó la cabeza de Jesús sobre su pecho y le recordó: “Tu Padre te ama. Millones de personas conocerán tu sufrimiento y finalmente comprenderán cuánto los ama Dios, y tú podrás salvarlos. No te rindas”. Los discípulos se despertaron, vieron al ángel y oyeron su voz, pero la confusión, el miedo y la preocupación los adormeció y rápidamente se durmieron nuevamente.

Parte 2: Judas traiciona a Jesús

Después de la visita del ángel, Jesús se animó. Todavía estaba sufriendo tremendamente, pero se sentía fortalecido para afrontar lo que vendría. Por tercera y última vez Jesús se acercó a sus discípulos. Y nuevamente estaban durmiendo. No se habían quedado despiertos para orar como él les había pedido. Con tristeza, Jesús les dijo: “Sigán durmiendo; es hora de que sea entregado a los pecadores”. Jesús sabía que era hora de que los pecadores hicieran con él lo que quisieran; todo el universo vería muy claramente que Lucifer siempre había querido matar a Jesús, y que el pecado causa la muerte.

En ese momento oyeron voces y pasos que entraban al jardín. Jesús dijo a sus discípulos: “Levántense, vámonos; el que me traicionará está aquí”. Las voces y los pasos eran de un grupo de hombres ruidosos y enojados que habían llegado. Jesús fue hacia ellos. “¿A quién buscan?” Preguntó. “A Jesús de Nazaret”, respondieron. “Yo soy él”, respondió Jesús.

En ese momento, el ángel que acababa de estar con Jesús se interpuso entre él y la multitud. Los hombres vieron que el rostro de Jesús brillaba intensamente. El ángel no hizo daño a nadie, pero la multitud de hombres cayó al suelo al ver la luz brillante. Jesús podría haberse escapado fácilmente, pero no lo hizo.

Después de que el ángel se fue, la luz brillante se fue. Ahora los hombres se pusieron de pie. Se sintieron avergonzados y enojados, molestos por haber tenido miedo. No querían aceptar que Dios les había dado una oportunidad más de creer en Jesús como el Mesías. “¿A quién buscan?” Jesús preguntó de nuevo. “A Jesús de Nazaret”, respondieron. “Yo soy él”, dijo Jesús nuevamente.

Entonces alguien se acercó a Jesús y lo besó en la mejilla. ¡Era Judas! “Hola, Maestro”, dijo, tratando de actuar amistosamente. Fingió estar preocupado por lo que le estaba pasando a Jesús, pero en realidad él era el que había guiado a toda esta gente hasta aquí. Incluso les había prometido a los sacerdotes que besaría a Jesús en la mejilla sólo para que supieran quién era Jesús y lo atraparan.

Jesús lo miró con tristeza y le dijo: “Judas, ¿dónde estabas? ¿Me estás traicionando con un beso? Judas podría haberse arrepentido en ese momento. Pudo ver que lo que estaba haciendo estaba mal, pero se negó a arrepentirse. Él simplemente permaneció en silencio.

De repente la multitud agarró a Jesús y lo ató. Jesús no se defendió; él permitiría que estos hombres hicieran con él lo que

quisieran. Era hora de permitir que Satanás le mostrara al universo entero cómo es realmente. Cualquier cosa que estas personas le hicieran a Jesús sería lo que Satanás deseaba hacerle.

Los discípulos se sorprendieron al ver a Jesús atado. Pedro no pudo soportarlo. Llevaba una espada consigo. De repente agarró su espada y atacó a la multitud. En su ataque, le cortó la oreja al sirviente del sumo sacerdote. Jesús se desató rápidamente y tocó la oreja herida. Y al instante el criado quedó sano. Entonces Jesús miró a Pedro y le ordenó: “Ya basta. Guarda tu espada; los que usan espada, a espada morirán. ¿No pensaste que si le pido a mi Padre, él puede enviar miles de ángeles para ayudarme? Pero las Escrituras deben cumplirse. Necesito beber la copa que mi Padre me ha dado”. Matar y atacar no es la forma en que Dios hace las cosas, y Jesús tampoco quiere que sus seguidores lo hagan.

Entonces Jesús miró a los sacerdotes y a los líderes que estaban allí entre la multitud. Él dijo: “Han venido a mí con espadas y palos, como si fuera un ladrón. Muchas veces enseñé en el templo, pero no me arrestaron allí. Lo hacen de noche, en la oscuridad”. Los sacerdotes arrestaron a Jesús en el momento en que la mayoría de la gente dormía, para que nadie defendiera a Jesús. No querían que nadie les impidiera hacer esto. Lo que estaban haciendo no era justo. No estuvo bien.

Ahora Jesús les permitió volver a atarle las manos. Cuando los discípulos vieron que Jesús no se liberaba, sintieron tanto miedo que todos huyeron y lo dejaron solo. No querían ser arrestados con Jesús.

Jesús enfrentó un sufrimiento tremendo esa noche. Él cargó con los pecados de cada persona y lo hizo a pesar de que le trajo un dolor terrible. Amaba a sus discípulos y los perdonó por dormir cuando los necesitaba. Los perdonó por huir cuando fue arrestado. Amaba a

Judas y quería perdonarlo también. Fue cortés y bondadoso con la multitud que vino a arrestarlo, e incluso sanó la oreja de un hombre. Todo esto muestra cuán amante y perdonador es Dios. Dios y su Hijo realmente lo dieron todo para que pudiéramos ser salvos y tener vida eterna. ¡Agradecemos a nuestro Padre por tan maravilloso regalo!

67. En el patio del sumo sacerdote

"[Cristo] Quien cuando le maldecían, no respondía con maldición; cuando padecía, no amenazaba, sino encomendaba la causa al que juzga justamente." 1 Pedro 2:23

Mateo 26:57-27:10; Marcos 14:53-72; 15:1; Lucas 22:54-71; Juan 18:13-27 / DTG capítulos 75 y 76

Era de noche. Los pocos líderes judíos que querían a Jesús y lo defendían estaban durmiendo. No sabían lo que estaba pasando; nadie se lo había dicho. Los sacerdotes y líderes que odiaban a Jesús querían actuar rápidamente. Llevaron a Jesús a casa de Anás. La ruidosa multitud los siguió. Anás era un sacerdote mayor que solía ser el sumo sacerdote. Quería encontrar algo malo en Jesús, pero Jesús nunca había hecho nada malo.

Anás comenzó a hacerle preguntas a Jesús, esperando que Jesús dijera algo malo. Pero Jesús simplemente dijo: "Nunca he hablado en secreto; la gente me ha oído en el templo y en las sinagogas. Puedes preguntarles a las personas con las que hablé; ellos saben lo que dije". Finalmente, Anás no sabía qué más preguntarle a Jesús y parecía muy incómodo. Uno de los sirvientes se enojó tanto al ver a Anás incómodo, que abofeteó a Jesús en la cara. Jesús miró al criado y le dijo suavemente: "Si he dicho algo malo, por favor dímelo. Pero si no lo he hecho, ¿por qué me lastimas?"

“Llévenlo ante Caifás, el sumo sacerdote”, ordenó Anás. En el tribunal del sumo sacerdote, el grupo de líderes se reunió para juzgar a Jesús. Caifás comenzó a burlarse de Jesús y le pidió que hiciera un milagro. Pero Jesús simplemente permaneció allí callado y calmo. Aunque lo trataban con crueldad, él era la única persona en paz en todo el salón.

Caifás el sumo sacerdote también trató de encontrar una razón para acusar a Jesús, pero no pudo encontrar ninguna. Trajo gente para que contaran cuentos acerca de Jesús, pero todas esas historias eran mentiras, y lo que cada uno contaba no tenía sentido con lo que decían los demás.

Finalmente, Caifás le preguntó a Jesús enojado: “¿No vas a responder nada a lo que dice esta gente?” Jesús simplemente permaneció en silencio. Entonces Caifás le dijo: “Te pido en el nombre del Dios vivo que nos digas si tú eres el Cristo, el Hijo de Dios”. Esta fue una pregunta muy importante, formulada por uno de los líderes judíos más importantes. El sumo sacerdote le preguntaba a Jesús si era el Hijo de Dios. Jesús le respondió respetuosamente: “Sí, como tú lo has dicho”. ¿Aceptaría el sumo sacerdote la respuesta de Jesús?

Jesús acababa de decirle al sumo sacerdote la verdad: que él era el Hijo de Dios, el Mesías prometido. Esta era una oportunidad para que Caifás se arrepintiera y aceptara a Jesús, pero se negó a escuchar. En lugar de recibir a Jesús como Hijo de Dios, decidió condenarlo y enviarlo a morir. Lleno de ira, hizo algo que un sacerdote nunca debería hacer: rasgó su túnica sacerdotal para expresar lo enfurecido que estaba. “¡No necesitamos escuchar a nadie más! ¡Este hombre está hablando contra Dios!” él gritó. Según las leyes de los sacerdotes, hechas por el hombre, un sacerdote podía

rasgarse la ropa si alguien hablaba cosas contra Dios. Pero según la ley de Dios, a un sacerdote no se le permitía rasgarse la ropa. Cuando Caifás hizo esto, violó la ley de Dios y dejó de tener la autoridad de sumo sacerdote ante los ojos de Dios.

Todavía era de noche y, según la ley judía, nadie podía ser condenado durante la noche. Así que tuvieron que esperar unas horas hasta que amaneciera. Mientras tanto, permitieron que la turba se burlara de Jesús y lo lastimara. En todo esto, Jesús siempre estuvo calmo y manso.

Algo más sucedió mientras Caifás interrogaba a Jesús: los discípulos Juan y Pedro entraron en el salón. Aunque habían huido en Getsemaní, cambiaron de opinión y decidieron regresar y permanecer cerca de Jesús. Juan observaba todo en silencio y no le importaba que nadie supiera quién era, pero Pedro estaba ansioso y asustado y no quería que la gente supiera quién era. Encontró un fuego cálido en la habitación para calentarse las manos. De repente una sirvienta lo miró y le dijo: "Tú eres uno de ellos, ¿no?" "No, no lo conozco", mintió Pedro. En ese momento cantó el gallo.

Entonces alguien más le dijo a Pedro: "Tú eres uno de sus seguidores, ¿no?" "¡No, no lo conozco, te lo prometo!" Pedro volvió a mentir. Entonces otra persona le preguntó: "¿No te vi con él en el jardín? Estoy seguro de que eres uno de ellos. ¡Tu forma de hablar demuestra que eres uno de ellos! La gente sabía que los discípulos de Jesús no usaban malas palabras. Entonces Pedro, para asegurarse de que nadie pensara que era un discípulo de Jesús, comenzó a usar malas palabras y le dijo a la gente que no conocía a Jesús.

En ese momento, el gallo cantó por segunda vez, y Pedro se acordó de que Jesús había dicho: "Antes que el gallo cante dos veces, me habrás negado tres veces". Pedro miró a Jesús y Jesús miró a

Pedro. El rostro de Jesús estaba lleno de preocupación y compasión, y Pedro se sintió terrible. Se dio cuenta de que había lastimado a Jesús y salió corriendo de regreso al jardín de Getsemaní. Allí lloró durante mucho tiempo y deseó morir. Le rogó a Dios que lo perdonara.

Tan pronto como se hizo de día, los gobernantes judíos trajeron a Jesús nuevamente para hacerle preguntas, esperando que dijera algo malo. “¿Eres tú el Cristo?” ellos preguntaron. Jesús no les respondió; él ya había respondido esas preguntas. Después de más preguntas, Jesús respondió: “Si les digo, no creerán, y si les pregunto, no me responderán ni me dejarán ir”. Le preguntaron nuevamente a Jesús: “¿Eres tú el Hijo de Dios?” “Ustedes dicen que lo soy”, respondió Jesús. Nada de esto era suficiente para condenar a Jesús, pero los líderes decidieron llevarlo ante el gobernador romano. Pero antes de eso, dejaron que abusaran y se burlaran aún más de Jesús. La turba fue tan violenta con Jesús que incluso los soldados romanos se enojaron con la multitud y trataron de proteger a Jesús.

Judas también estaba presenciando el juicio. Poco a poco se dio cuenta de que Jesús no se iba a liberar y empezó a sentirse terrible. Se dio cuenta de que había traicionado al inocente Jesús. Corrió hacia donde estaba Caifás, arrojó las 30 monedas de plata al suelo y gritó: “¡Es inocente! ¡Libérenlo ir! ¡He pecado, he traicionado a un hombre inocente! Pero Caifás le dijo a Judas: “No me importa. Es tu problema”. Entonces Judas se arrodilló delante de Jesús. “¡Libérate!” le rogó. Jesús miró a Judas con bondad y respondió: “Para esto vine al mundo”. Ahora que Judas comprendió que Jesús no se iba a liberar, salió corriendo de la habitación y, tristemente, se ahorcó y murió. Jesús lo hubiera perdonado, pero Judas no creía que Dios podría perdonarlo por lo que había hecho.

Los judíos, el propio pueblo de Jesús, lo acusaron de cosas que nunca hizo y lo trataron como a un terrible criminal. Ahora lo llevarían ante los romanos para ver si podían matarlo. A través de toda esta crueldad, Jesús fue bondadoso, calmo y cortés. Amó a los sacerdotes crueles, amó a Pedro que lo negó y amó a Judas que lo traicionó. Amó a los hombres violentos de la turba que se burlaban de él y abusaban de él. Él estaba dispuesto a perdonarlos a todos, pero sólo unos pocos aceptarían su amor y perdón. A través de estas cosas que sucedieron, el universo entero pudo ver el amor, la bondad y la misericordia de Dios, y el odio cruel y malvado de Satanás. ¡Agradecemos a Dios por todo el amor que nos ha dado a través de Jesús!

68. En los tribunales de Pilato y Herodes

"[Cristo] El cual no hizo pecado, ni se halló engaño en su boca."

1 Pedro 2:22

*Mateo 27:2, 11-31; Marcos 15:1-20; Lucas 23:1-25; Juan 18:28 - 19:16 / DTG
capítulo 77*

El Gobernador Pilato

Ya era temprano en la mañana. Los sacerdotes rápidamente llevaron a Jesús ante el gobernador romano, quien se llamaba Pilato. Cuando Pilato miró el rostro pacífico y manso de Jesús, supo que Jesús no era un criminal.

“¿Qué ha hecho este hombre?” Pilato preguntó a los sacerdotes. Los sacerdotes sabían que Jesús no había hecho nada malo, por lo que no estaban seguros de qué responder a Pilato. Entonces dijeron: “Si él no hubiera hecho nada malo, entonces no te lo hubiéramos traído”. Esperaban que Pilato simplemente les creyera y castigara a Jesús. Pero Pilato miró a Jesús y decidió que Jesús era un buen hombre. Sin embargo, tenía miedo de los líderes judíos, por lo que dijo: “Tómenlo y júzguenlo según la ley de ustedes”.

“Nuestra ley dice que debe morir”, respondieron, “pero necesitamos tu permiso para matarlo”. Luego trajeron gente que dijo

mentiras acerca de Jesús. Esperaban que Pilato les creyera que Jesús era una amenaza. Pero Pilato se dio cuenta de que mentían.

Pilato le preguntó a Jesús: “¿Eres tú el rey de los judíos?” Jesús respondió: “Tú lo dices”. Ahora los sacerdotes comenzaron a gritarle a Jesús. Pilato se sorprendió de que Jesús permaneciera callado y no respondiera a sus acusaciones. Le preguntó a Jesús: “¿No responderás nada? Mira todas las cosas que dicen contra ti”. Pero Jesús todavía no dijo nada; no necesitaba defenderse. Su rostro y su vida demostraban que era inocente.

Entonces Pilato tomó aparte a Jesús y le habló. “¿Eres tú el rey de los judíos?” preguntó de nuevo. Jesús le dio una respuesta que habló a su corazón. Intentó llegar a Pilato y convencerlo de la verdad, y le dijo: “¿Esto lo preguntas tú mismo, o lo dijeron otros?”

Pilato sintió en su corazón que Jesús era el Hijo de Dios, pero se sintió incómodo y decidió ignorar lo que sentía. Le dijo a Jesús: “No soy judío, pero mira, los líderes judíos, tu propio pueblo, dicen que eres culpable. ¿Qué has hecho?” Jesús cortésmente respondió: “Mi reino no es de este mundo. Si tuviera un reino terrenal, tendría sirvientes defendiéndome. Pero mi reino no es de aquí”.

“Entonces, ¿eres rey?” preguntó Pilato. Jesús respondió: “Tú dices que soy rey. Para esto vine al mundo; para mostrarle a la gente la verdad. Quien ama la verdad escuchará mis palabras”.

Pilato le preguntó a Jesús: “¿Qué es la verdad?” Pero no esperó a que Jesús le respondiera; rápidamente regresó con los sacerdotes y les dijo: “No encuentro nada malo en él”. Los sacerdotes se quejaron, enojados por lo que decía Pilato. Pilato realmente quería liberar a Jesús, pero temía que la turba enojada causara grandes problemas. Entonces él dijo: “Jesús es de Galilea. Llénlo ante el rey Herodes,

gobernante de Galilea, para que lo juzgue. El rey Herodes está de visita aquí en Jerusalén ahora mismo”.

El Rey Herodes

Cuando el rey Herodes escuchó que le llevaban a Jesús, se alegró. “Quizás si puedo ayudar a Jesús, pueda sentirme mejor por lo que le hice a Juan el Bautista. Además, tengo muchas ganas de ver un milagro”, pensó Herodes. Cuando vio a Jesús, supo que era inocente. Le hizo muchas preguntas a Jesús, pero Jesús no respondió; permaneció en silencio. Herodes le pidió a Jesús que hiciera un milagro, pero Jesús no contestó. No había necesidad de un milagro. Jesús ya había hecho muchos milagros; la gente no necesitaba ver uno más. Todos ya sabían quién era Jesús y que no había hecho nada malo. Sólo necesitaban decidir cómo tratarían a Jesús.

Herodes se enojó porque Jesús no le hablaba. Finalmente, dejó que la multitud le hiciera lo que quisiera a Jesús. Se burlaron de Jesús y lo trataron con crueldad. Le pusieron a Jesús un hermoso manto real, y Herodes, los sacerdotes, la multitud y los soldados se burlaron de él. Jesús estuvo tranquilo y silencioso en todo esto. Él nunca se quejó ni se enojó, aunque le dolía que lo trataran de esa manera. Pero incluso mientras se burlaban de Jesús, algunas de las personas allí presentes, incluido Herodes, estaban seguros de que Jesús era el Hijo de Dios. Aunque Herodes pudo ver que Jesús era de Dios, se negó a liberarlo, pero también se negó a condenar a Jesús. En cambio, ordenó que Jesús fuera enviado de regreso a Pilato. Herodes tenía demasiado miedo de los líderes judíos para liberar a Jesús y, al

mismo tiempo, tenía demasiado miedo para ser responsable de la muerte de Jesús.

A Pilato otra vez

Nuevamente los judíos llevaron a Jesús ante Pilato. Pilato no estaba contento con esto. “No veo nada malo en él”, dijo Pilato, “así que dejaré que lo azoten y luego lo dejaré ir”. Si Jesús no había hecho nada malo, ¿por qué entonces Pilato dejaría que lo azotaran? Pilato esperaba hacer felices a los sacerdotes haciendo sufrir a Jesús, y esperaba que pensarán que era castigo suficiente.

En ese momento Pilato recibió un mensaje de su esposa. Decía: “Por favor, no le hagas nada a este hombre inocente. Acabo de tener un sueño terrible acerca de él”. Pilato quería hacerle caso a su esposa y liberar a Jesús, pero tenía miedo de los líderes judíos. Los líderes judíos seguían pidiéndole que matara a Jesús. ¿Cómo podría liberarlo?

Entonces Pilato tuvo una idea: era la Pascua, y en cada Pascua, los romanos liberaban a un prisionero judío. Pilato decidió traer al peor prisionero que tenía, llamado Barrabás. “Pueden elegir entre Jesús o Barrabás. ¿A quién les gustaría que libere?” preguntó Pilato. Estaba seguro de que la gente elegiría a Jesús, porque Barrabás había hecho cosas horribles y Jesús siempre había sido muy bueno y bondadoso. Pero Pilato se sorprendió cuando el pueblo gritó: “¡Liberen a Barrabás!”

“¿Qué quieren que haga con Jesús?” preguntó Pilato. La multitud gritó: “¡Crucifícalo! ¡Crucifícalo!” Pilato no quería matar a Jesús y

mucho menos crucificarlo. “¿Qué mal ha hecho?” preguntó Pilato. Pero la gente seguía exigiendo que crucificara a Jesús. Luego llevaron a Jesús a una gran sala, lo vistieron con ropas de púrpura como a un rey y le pusieron una corona de espinas en la cabeza. Entonces se burlaron de él, le escupieron y lo golpearon con una vara. Jesús estaba débil de cansancio y cubierto de sangre. En todo esto, él nunca se quejó ni perdió los estribos, a pesar de que todo esto le dolió inmensamente.

Pilato y muchos de los soldados quedaron asombrados de lo paciente y manso que era Jesús. Pensó que los sacerdotes se compadecerían de Jesús y lo dejarían ir después de todo este sufrimiento. Pero en lugar de eso, siguieron pidiendo que lo crucificaran. Pilato intentó hablar con Jesús por última vez, pero Jesús no respondió. Jesús ya había respondido todas sus preguntas; Pilato ya sabía lo que necesitaba saber. Finalmente Pilato dijo: “¿No quieres hablarme? ¿No sabes que tengo poder para crucificarte o para liberarte?” Jesús respondió: “El único poder que tienes es el que te ha sido dado del cielo. Pero aquellos que me trajeron a ti son más culpables que tú”.

Pilato intentó una vez más convencer a los judíos de que dejaran en libertad a Jesús, pero no lo logró. “¿Quieren que crucifique a su rey?” -Preguntó Pilato. Los judíos respondieron: “¡Nuestro único rey es César, el emperador romano! ¡No eres amigo del César si dejas libre a Jesús!” Ahora Pilato tuvo mucho miedo. Quería ser amigo de César, por supuesto, o de lo contrario ya no podría ser gobernador. ¿Qué elegiría: ser gobernador o liberar a Jesús? Lamentablemente, eligió ser gobernador. Tomó agua y se lavó las manos, diciendo: “¡Soy inocente de haber matado a este hombre!” ¿Pero era realmente inocente? No, porque pudo haber liberado a Jesús, pero no lo hizo.

Los líderes judíos le contestaron: “Nosotros y nuestros hijos asumiremos la culpa de haberlo matado”. Y Pilato permitió que se llevaran a Jesús, lo azotaran de nuevo y lo crucificaran.

Durante el juicio, Jesús mostró el carácter de su Padre. Jesús mostró que Dios es paciente, bondadoso, manso y amante. No trató de vengarse de las personas que lo trataron tan cruelmente. Intentó con delicadeza llegar al corazón de cada una de las personas que allí se encontraban. Este juicio también mostró al universo entero cómo Satanás está lleno de crueldad, burla, odio y maldad. Mientras los ángeles observaban, no tenían dudas de que Dios es amor. Al pensar en esta historia, también entenderemos la diferencia entre el carácter bondadoso y amante de Dios y la crueldad y la maldad de Satanás. Agradecemos a Jesús por estar dispuesto a sufrir para que podamos ver más claramente cuán hermoso es el carácter de Dios.

69. Jesús es crucificado

"Quien llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, para que nosotros, estando muertos a los pecados, vivamos a la justicia; y por cuya herida fuisteis sanados." 1 Pedro 2:24

Mateo 27:31-53; Marcos 15:20-47; Lucas 23:26-56; Juan 19:16-42 / DTG capítulos 78 al 80

Parte 1: Camino a la Cruz

Una gran multitud se reunió para observar cómo llevaban a Jesús para ser crucificado. Se suponía que Jesús debía cargar su propia cruz al lugar de la crucifixión, pero estaba demasiado débil. No había dormido, no había comido ni bebido nada y sangraba por todos los golpes que había recibido. La cruz era demasiado pesada y él no pudo cargarla aunque lo intentó.

En ese momento vino a mirar un hombre llamado Simón de Cirene, que no era judío. Un soldado vio a Simón y lo obligó a cargar la cruz de Jesús. Simón no esperaba hacer eso. Ni siquiera creía en Jesús, aunque sus hijos sí creían. Pero quedó impresionado por lo pacífico que era Jesús y se sintió honrado de haberle ayudado cargando su cruz. Simón se convirtió en un firme seguidor de Jesús después de ese día.

Algunas mujeres estaban cerca, llorando. Se sintieron muy tristes al ver a Jesús sufrir. Al pasar, él se detuvo para consolar a las

mujeres. Le importaba más el dolor de ellas que su propio sufrimiento.

Parte 2: En la Cruz

Finalmente, Jesús y otros dos criminales fueron clavados en cruces. Colocaron a Jesús en el medio, entre ambos delincuentes. Mientras los soldados le clavaban los largos clavos en las manos, Jesús oró: “Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen”. Jesús los amaba a pesar de que le estaban causando mucho dolor.

Cada cruz tenía un cartel donde se podía leer lo que el prisionero había hecho mal. Pilato colgó un cartel en la cruz de Jesús que decía: “Jesús de Nazaret, rey de los judíos”. De esta señal quedó claro que Jesús no había hecho nada malo y que los judíos habían decidido matar a su propio rey. “Oh, no, por favor no pongas ese cartel”, le rogaron los sacerdotes a Pilato, “por favor, cámbialo por ‘Jesús dijo que es el rey de los judíos’”. Pero Pilato estaba muy disgustado consigo mismo por haber permitido que Jesús fuera crucificado y estaba enojado con los líderes judíos, así que les respondió: “Lo que he escrito, lo he escrito”. No iba a cambiar el cartel. Había miles de personas visitando Jerusalén ese día debido a la Pascua, y leerían ese cartel. Esto haría que muchos de ellos estudiaran las Escrituras y creyeran en Jesús como el Mesías.

Una vez que Jesús fue colocado en la cruz, los soldados dividieron su ropa entre ellos. Su túnica estaba hecha de una sola pieza de tela. “No la rasguemos”, se dijeron los soldados entre sí,

“echemos suertes para ver quién se la queda”. No sabían que las Escrituras habían dicho que esto sucedería.

Mientras Jesús colgaba de la cruz, los líderes judíos se burlaron de él. Jesús sufría al escucharlos. Estos hombres deberían haber estado guiando a la gente a seguir a Jesús, pero en lugar de eso, habían alejado a la gente de él. Los ladrones que estaban crucificados con Jesús vieron y oyeron todo lo que le sucedía. Uno de ellos dijo enojado a Jesús: “¡Si tú eres el Mesías, sálvate a ti mismo y a nosotros!” Pero el otro ladrón respondió: “¿No respetas a Dios? Nosotros nos merecemos lo que nos está pasando, pero este hombre no ha hecho nada malo”. Este ladrón se arrepintió de los crímenes que había cometido. Deseó haber seguido a Jesús durante su vida. Ahora le dijo a Jesús: “Señor, acuérdate de mí cuando vengas en tu reino”. Jesús estaba más que feliz de perdonar a este ladrón. Le dijo: “Te aseguro hoy que estarás conmigo en el paraíso”. El hombre ahora tenía paz, sabiendo que Dios lo había perdonado.

Juan el discípulo y María la madre de Jesús estaban de pie junto a la cruz, mirando con mucha tristeza. Jesús miró hacia abajo y dijo a María: “¡Mujer, mira a tu hijo!” Y a Juan le dijo: “¡Mira a tu madre!” Quería asegurarse de que después de su muerte, María tuviera a Juan para cuidarla. Juan la llevó con gusto a su casa y la cuidó por el resto de su vida, y ella se sintió reconfortada de poder vivir con un discípulo tan cercano a Jesús.

Mientras Jesús colgaba de la cruz, todavía cargaba con los pecados de cada persona en esta tierra. Estos pecados lo separaban de su Padre, y esto lo hizo sentir triste y sin esperanza. No sabía si resucitaría ni si llegaría a estar con su Padre. Al mediodía, de repente se hizo de noche. El sol dejó de brillar y tampoco brillaban la luna ni las estrellas. La naturaleza sufría junto con Jesús, su Creador. En esta

oscuridad, el Padre se acercó a la cruz. Jesús no podía verlo ni sentirlo, pero el Padre estaba allí. La oscuridad escondió la gloria del Padre para que los seres humanos pecadores no murieran por su presencia. Todo esto que pasó debería haber sido suficiente para que todos creyeran que Jesús era el Hijo de Dios.

La oscuridad asustó a la gente; muchos de ellos se fueron a casa llorando. A las tres de la tarde el sol volvió a brillar, pero la cruz todavía estaba cubierta por una nube oscura. Jesús se sintió tan solo, tan lejos de Dios a causa de los pecados que llevaba, que gritó: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?” Le dolía el corazón por esta separación. Pero Jesús también estaba sufriendo en su cuerpo. Él dijo: "Tengo sed". Uno de los soldados romanos sintió pena por Jesús, llenó una esponja con vinagre y se la dio a beber a Jesús. Los Salmos habían dicho que al Mesías se le daría a beber vinagre, y así sucedió. Este tipo de bebida tenía como objetivo nublar su mente para que sintiera menos dolor, pero Jesús quería poder pensar con claridad. Por eso no quiso beberla.

Parte 3: Jesús muere

Jesús se sintió abandonado y sin esperanza, pero eligió confiar en su Padre. Finalmente, clamó: “¡Consumado es! ¡Padre, en tus manos entrego mi Espíritu!” La luz brilló en la cruz y en el rostro de Jesús, y él inclinó la cabeza y murió. Había un centurión romano parado cerca de la cruz mientras sucedía esto. Vio todo y se quedó asombrado. “¡Verdaderamente éste era el Hijo de Dios!” él dijo. No tenía miedo de que otros supieran que ahora creía en Jesús.

En ese mismo momento, el sacerdote de turno estaba en el templo, listo para matar el cordero para el sacrificio de la tarde. Pero antes de que pudiera hacerlo, la tierra tembló y el velo entre el Lugar Santo y el Lugar Santísimo se rasgó de arriba a abajo. Ahora este lugar ya no era santo. El sacerdote, aterrorizado, dejó caer el cuchillo y el cordero se escapó. Ahora que Jesús había muerto, ya no era necesario sacrificar animales.

El sol se estaba poniendo y todos se fueron a casa en silencio. Estaban a punto de comenzar el sábado, pero no había alegría entre ellos. Muchas de las personas que se habían estado burlando de Jesús ahora sentían que habían hecho algo terriblemente malo.

Mientras tanto, los sacerdotes querían que se llevaran el cuerpo de Jesús y lo enterraran antes de que comenzara el sábado. Pilato estuvo de acuerdo. Pidió a los soldados que rompieran las piernas de los prisioneros en la cruz para que murieran antes. Pero cuando vieron que Jesús ya estaba muerto, no le quebraron ninguno de sus huesos. Sólo para demostrarles a los sacerdotes que Jesús estaba muerto, un soldado clavó una lanza en el costado de Jesús, y de la herida brotó agua y sangre.

Los afligidos discípulos de Jesús quisieron enterrarlo, pero no tenían dinero ni tumba. Se sorprendieron y aliviaron cuando dos importantes líderes judíos vinieron a enterrar a Jesús. Estos hombres fueron José de Arimatea y Nicodemo, y amaban a Jesús. No habían sido invitados al juicio de Jesús, por lo que no habían podido protegerlo de los demás sacerdotes. José le dio a Jesús una tumba y Nicodemo compró todas las especias y telas costosas para el entierro. Luego colocaron a Jesús en la tumba, justo a tiempo para las horas del sábado.

Ahora el universo entero pudo ver claramente que Dios es amor. Dios, en su Hijo, había dado todo para que los seres humanos pudieran ser salvados del pecado. Incluso les permitió hacer lo que quisieran con su Hijo, sólo para que pudieran darse cuenta de cuán pecaminosos eran sus corazones. Satanás, por otro lado, había estado dispuesto a tomar y destruir todo lo que Dios dio, y sus principios sólo condujeron a la ruina.

El carácter amoroso y misericordioso de Dios y el carácter egoísta y odioso de Satanás quedaron completamente claros. Los ángeles ahora no tenían dudas de que todo lo que Dios hace es bueno, bondadoso y amoroso. Tampoco necesitamos dudar nosotros. Cuanto más pensamos en todo lo que dio Jesús por nosotros porque nos ama, más lo amaremos y más queremos tener un carácter hermoso como el suyo. ¿Lo quieres? ¡Él desea dártelo ahora mismo!

70. ¡Ha resucitado!

"Mas ahora Cristo ha resucitado de los muertos; primicias de los que durmieron es hecho." 1 Corintios 15:20

Mateo 27:66 - 28:15; Marcos 16:1-8; Lucas 24:1-12; Juan 20:1-18. / DTG capítulos 80 al 82

Durante las horas del sábado, Jesús descansó en la tumba. Mientras tanto, el pueblo asistía a la Pascua, pero no era un momento de alegría. Muchos enfermos habían venido con la esperanza de encontrar a Jesús para ser sanados, pero se sintieron desconsolados al saber que lo habían matado. Otros comenzaron a estudiar las Escrituras y a hacer preguntas, pero los sacerdotes no podían responderlas. El pueblo estaba triste y confundido, y los sacerdotes tenían miedo. Le pidieron a Pilato que pusiera 100 soldados romanos alrededor de la tumba. Le dijeron a Pilato: "Los discípulos podrían robar el cuerpo de Jesús y luego podrían decirle a la gente que resucitó de entre los muertos". Pero en realidad tenían miedo de que Jesús resucitara de entre los muertos después de tres días, porque recordaban que había hablado de esto.

El domingo por la mañana temprano hubo un terremoto. El ángel más poderoso de Dios descendió para llamar a Jesús desde su tumba. Este ángel estaba lleno de brillo y sus ropas eran de un blanco luminoso. Los soldados que vigilaban la tumba se aterrorizaron y cayeron al suelo sin poder moverse. Vieron como el ángel alejaba la

piedra con tanta facilidad como si fuera una piedrita. Entonces el ángel gritó: “¡Hijo de Dios, ven fuera! ¡Tu Padre te llama!” Jesús salió de la tumba y dijo: “Yo soy la resurrección y la vida”. Salió brillando en gloria. Y cuando salió, un grupo masivo de ángeles se inclinaron ante él y cantaron cánticos de alabanza.

Cuando los soldados ya no pudieron ver a Jesús ni a los ángeles, se levantaron temblando y fueron a la ciudad a ver a Pilato. En el camino, les contaron a todos los que encontraron lo que habían visto y oído. Ahora mucha gente escuchó que Jesús había resucitado. Cuando los sacerdotes se enteraron, rápidamente pidieron a los soldados que fueran a ellos antes de ir a Pilato. “No cuenten a nadie lo que han visto”, ordenó Caifás, “díganle que se quedaron dormidos y que los discípulos robaron el cuerpo para que pareciera que Jesús había resucitado”.

Los soldados quedaron horrorizados. “¡No!” Dijeron: “Pilato hará que nos maten si cree que nos quedamos dormidos. ¡No queremos poner nuestras vidas en peligro!” Caifás les aseguró: “Pilato tampoco quiere que nadie crea que Jesús ha resucitado. Me aseguraré de que no los castigue y les pagaremos mucho dinero si dicen esta mentira”. Lamentablemente, los soldados estuvieron de acuerdo. Tomaron su dinero y luego les contaron a todos la mentira que habían inventado los sacerdotes. Pero ni siquiera las mentiras pudieron ocultar la verdad. Pilato y los sacerdotes impenitentes sintieron temor por el resto de sus vidas.

Aunque los soldados compartieron la mentira de los sacerdotes, había personas que ya habían oído la verdad, y estas personas compartieron la verdad con otros. Además, algo maravilloso había sucedido ese domingo por la mañana: varias personas resucitaron de entre los muertos junto con Jesús. Esta gente caminó por las calles y

dijo a todos que Jesús había resucitado y que ellos habían resucitado con él.

Los seguidores de Jesús no habían oído nada acerca de que Jesús hubiera resucitado de entre los muertos. El domingo por la mañana temprano, María Magdalena llegó al sepulcro con especias para el cuerpo de Jesús. Cuando vio que el sepulcro estaba abierto y vacío, salió corriendo a decírselo a los discípulos. Mientras María estaba con los discípulos, otras mujeres vinieron al sepulcro. Vieron luz en la tumba, pero estaba vacía. En ese momento vieron a un hombre con ropas brillantes sentado cerca; era el mismo ángel que había quitado la piedra. “No tengan miedo”, consoló a las mujeres, “sé que están buscando a Jesús, que fue crucificado. Él no está aquí porque ha resucitado. Vengan y miren dónde fue puesto. ¡Vayan pronto y díganle a los discípulos que ha resucitado!”

Las mujeres miraron dentro de la tumba vacía. Entonces otro ángel, que se apareció en forma de hombre, dijo: “¿Por qué buscan a un vivo donde están los muertos? Él no está aquí; él ha resucitado. ¿Recuerdan que él les dijo que sería crucificado y que luego resucitaría al tercer día?” Las mujeres, asombradas y llenas de alegría, corrieron a decírselo a los discípulos.

Mientras tanto, María les había contado a Pedro y a Juan acerca de la tumba vacía. Pero ella aún no sabía que Jesús había resucitado. Pedro y Juan corrieron al sepulcro y lo encontraron vacío, tal como María había dicho. Entonces notaron algo: los paños estaban cuidadosamente doblados; Jesús mismo los había doblado. Cuando Juan vio estos lienzos prolijamente doblados, recordó que Jesús les había dicho que resucitaría y creyó.

Mientras Pedro y Juan estaban allí, llegó María. Los dos discípulos pronto se marcharon, pero María se quedó. Ella todavía no

sabía que Jesús había resucitado y estaba desconsolada. Luego vio dos ángeles en la tumba. “¿Por qué estás llorando?” le preguntaron. “Porque se han llevado a mi Señor y no sé dónde lo han puesto”, respondió María. Ella no sabía que estaba hablando con ángeles. Ella se dio la vuelta y alguien volvió a preguntarle: “¿Por qué lloras? ¿A quién estás buscando?” María le respondió: “Señor, si lo has llevado, por favor dime dónde está. Puedo llevarlo”. Ella pensó que podría poner a Jesús en la tumba vacía donde había estado su hermano Lázaro.

Entonces el extraño dijo: “¡María!” ¡Ella conocía esta voz! Este hombre no era un extraño: ¡era Jesús! María estaba tan feliz que se arrodilló para adorarlo. “Espera”, dijo Jesús. Primero quería escuchar de su Padre si su sacrificio había sido suficiente para salvarnos. Él no quería ser adorado hasta que estuviera seguro de ello. En cambio, envió a María para que fuera y les dijera a los discípulos que había resucitado.

Después de que María se fue, Jesús subió al cielo por un breve momento. Escuchó a su propio Padre decirle: “¡Has hecho más que suficiente para salvar a los seres humanos!” Los ángeles en el cielo se llenaron de alegría al oír esto. Pero los discípulos de Jesús todavía estaban tristes y sin esperanza. Podrían haberse alegrado como los ángeles, pero en lugar de eso, no le creyeron a María cuando ella dijo: “¡Jesús ha resucitado y lo vi! ¡Dijo que nos encontremos con él en Galilea!”

¡Jesús había resucitado! Él había hecho todo para que pudiéramos ser salvos. ¡Qué una noticia maravillosa! Era tiempo de estar gozosos, pero los discípulos se estaban perdiendo ese gozo porque no querían creer. Jesús tiene noticias maravillosas y gozosas

para nosotros. Él está vivo y quiere darnos vida eterna. ¿Creemos lo que él nos dice?

71. De camino a Emaús

"Entonces Jesús les dijo otra vez: Paz a vosotros: Como mi Padre me envió, así también yo os envío." Juan 20:21

Lucas 24:13-48; Juan 20:19-29 / DTG capítulos 83 y 84

Era domingo por la tarde y Cleofás y su amigo caminaban de Jerusalén a Emaús. Estos dos hombres eran creyentes en Jesús. Mientras caminaban, hablaban de todas las cosas tristes que habían sucedido ese fin de semana. Jesús había muerto, y con su muerte, todas sus esperanzas y sueños quedaron arruinados. Estos dos hombres estaban desconsolados.

En el camino se encontraron con otro hombre que se les unió. Este extraño les preguntó: "¿De qué están hablando? ¿Por qué están triste?" Cleofás le respondió: "¿Eres tú un simple visitante en Jerusalén que no sabes lo que pasó?" Luego le contó al desconocido todo acerca de Jesús y lo que había sucedido.

El desconocido les dijo tiernamente: "Oh, ¿por qué no creen lo que dijeron los profetas acerca de los sufrimientos del Mesías?" "Detenidamente, explicó los muchos pasajes de las Escrituras que hablaban del Mesías. Cuanto más hablaba, más se daban cuenta los discípulos de que Jesús había hecho todo lo que las Escrituras decían que haría el Mesías. Los dos discípulos comenzaron a sentirse consolados mientras escuchaban. Querían pasar más tiempo con este desconocido.

Cuando llegaron a Emaús, ya era de noche, por lo que invitaron al desconocido a quedarse con ellos en su casa. Al principio se negó, diciendo que continuaría su viaje. Pero los hombres insistieron en que él se quedara con ellos, y así lo hizo. Pronto la cena estuvo lista y se sentaron a comer. Justo antes de comer, el visitante levantó las manos para bendecir la comida – y fue entonces cuando los hombres se dieron cuenta de que, durante todo este tiempo, ¡habían sido visitados por el mismo Jesús! Jesús siempre bendecía la comida de esa manera antes de comer, y vieron las marcas de los clavos en sus manos. “¡Es el Señor Jesús! ¡Ha resucitado de entre los muertos!” gritaron. Se arrodillaron a sus pies para adorarlo. Pero Jesús desapareció de su vista, para que fueran a contárselo a sus amigos. ¡No hubieran querido salir de su casa si Jesús estuviera allí!

Ahora los hombres ya no tenían hambre, ni estaban cansados ni tristes. ¡Tenían que decírselo a los demás discípulos! Aunque estaba oscuro y no podían ver el camino, corrieron de Emaús a Jerusalén. Tan rápido como pudieron, subieron al aposento alto donde se alojaban los discípulos de Jesús. Llamaron a la puerta y al principio nadie les abría. Las personas que estaban dentro de la habitación habían cerrado la puerta con llave y temían que alguien viniera a hacerles daño. “¡Abran la puerta, somos nosotros!” gritaron Cleofás y su amigo. Tan pronto como los discípulos los dejaron entrar a la habitación, les contaron la maravillosa noticia de cómo Jesús había estado con ellos esa tarde. Algunos de los otros discípulos también dijeron: “¡Sí, ha resucitado y también se le apareció a Simón!”

Entonces todos notaron que había alguien más en la habitación que no habían visto antes. Todos se quedaron en silencio. Miraron a este desconocido y él dijo, con una voz que todos conocían: “Paz a ustedes”. Todos sabían que era Jesús, pero al principio tuvieron

miedo. “No tengan miedo”, los consoló Jesús, “no soy un fantasma; Soy real. Miren mis manos y mis pies; pueden tocarme”. Tocaron a Jesús y vieron las marcas de los clavos en sus manos y pies. Entonces Jesús les pidió de comer y le dieron de comer pescado y miel. Quería mostrarles que él era real, que realmente había resucitado de entre los muertos y que por eso podía comer y ellos podían tocarlo. Ahora los discípulos ya no tenían miedo; ¡Estaban llenos de gozo!

Entonces Jesús les explicó a todos las Escrituras. Les mostró cómo su vida había cumplido todo lo que los profetas habían escrito. Comenzó a prepararlos para compartir esta maravillosa noticia con el mundo entero. Luego sopló sobre ellos y dijo: “Reciban el Espíritu Santo”. Con su Espíritu, encontrarían la sabiduría y el poder para compartir el evangelio con el mundo entero.

El día que Jesús se encontró con los discípulos en el aposento alto, Tomás no estaba allí. Durante toda una semana, sus amigos le contaron todo acerca de su encuentro con Jesús, pero Tomás se negó a creer. “Sólo creeré si puedo ver y tocar las marcas de los clavos en sus manos y la herida en su costado”, dijo Tomás. No pensó que fuera justo que los demás hubieran visto a Jesús, pero él no. Cada noche, los discípulos se reunían en ese aposento superior para permanecer juntos, pero Tomás se negó hacerlo.

Sin embargo, una semana después de que Jesús se mostró a los discípulos, Tomás decidió unirse a ellos. De repente Jesús apareció de nuevo, aunque la puerta estaba cerrada. Nuevamente Jesús dijo: “La paz sea con ustedes”. Luego se volvió hacia Tomás y le dijo: “Ven, toca mis manos y mi costado. No seas incrédulo. Ven y cree”. Tomás creyó al instante; ni siquiera necesitó tocar a Jesús para estar seguro de que esto era cierto. Se arrodilló a los pies de Jesús y dijo: “¡Señor mío y Dios mío!” Pero Jesús dijo suavemente a Tomás: “Tú crees

porque me has visto; los que creen aunque no hayan visto son bienaventurados”. Jesús se alegró de que Tomás creyera, pero estaba triste de que él no hubiera creído antes. Jesús hubiera querido encontrarse con él antes, pero tuvo que esperar para que Tomás supiera que necesitaba más fe.

Los discípulos de Jesús se sintieron consolados y en paz después de ver a Jesús. Estaban muy contentos de que hubiera resucitado y comenzaron a comprender por qué había venido a la tierra y por qué necesitaba morir. Pronto estarían listos para compartir esta paz, alegría y consuelo con todos los que conocieran. Jesús también quiere darnos esta paz, alegría y consuelo. Todo lo que tenemos que hacer es creerle y aceptar lo que nos ofrece. ¿Lo harás?

72. Junto al mar con Jesús

“Mas el Dios de toda gracia, que nos ha llamado á su gloria eterna por Jesucristo, después que hubiereis un poco de tiempo padecido, Él mismo os perfeccione, confirme, corrobore y establezca.” 1 Pedro 5:10

Juan 21:1-22 / DTG capítulo 85

Los discípulos permanecieron en Jerusalén unos días más, hasta que terminó la semana de Pascua. Sabían que si salían de Jerusalén durante la fiesta, podrían tener problemas con los líderes judíos. Pero tan pronto como terminó la fiesta, los discípulos fueron a Galilea, porque Jesús había prometido encontrarlos allí.

Pedro, Santiago, Juan y otros cuatro discípulos fueron al mar de Galilea a esperar a Jesús. Vieron los muchos lugares donde Jesús había enseñado y realizado milagros. ¡Todo parecía recordarles a Jesús! Entonces Pedro tuvo una idea: “¡Vamos a pescar esta noche!” sugirió a sus amigos. Los demás discípulos estuvieron de acuerdo. Necesitaban vender pescado para poder comprar comida y ropa.

Toda la noche trabajaron duro, pero no pescaron ni un solo pez. Se sintieron muy desanimados. Cuando llegó el amanecer, empezaron a remar de regreso a la orilla con las redes vacías. En la orilla vieron a un extraño, y el extraño les gritó: “Hijitos, ¿tienen algo de comer?” “No”, respondieron. Entonces el extraño les dijo: “Echen la red al lado derecho del barco”. El lado derecho del barco era el más cercano a la orilla. No tenía sentido pescar así, pero no discutieron

con el desconocido; simplemente le obedecieron y pronto la red estuvo tan llena de peces que fue difícil llevarla a la orilla.

Juan supo enseguida quién era el desconocido. Le dijo a Pedro: “¡Es el Señor!” Pedro estaba tan emocionado que saltó al agua y nadó hasta donde estaba Jesús, mientras los demás discípulos remaban en la barca y arrastraban la red hasta la orilla. Allí estaba Jesús esperándolos. Estaba preparando pescado y pan sobre brasas.

Los discípulos miraron asombrados a Jesús y la comida. “Traigan los peces que han pescado”, los invitó Jesús. Pedro ayudó a traer el pescado y luego se sentaron todos a comer la comida que Jesús les había preparado. La última vez que Jesús los ayudó a pescar una red tan llena de peces, había invitado a los discípulos a trabajar para él como pescadores de hombres. Ahora los invitó nuevamente; les pidió que fueran sus ministros.

Hubo un discípulo que sintió que ya no podía ser ministro de Jesús. Sus amigos también se preguntaban si era digno de trabajar para Jesús. Este discípulo era Pedro. Había negado a Jesús tres veces. ¿Se podía realmente confiar en que él trabajaría por el reino de Dios?

Jesús sabía lo que todos estaban pensando y también sabía que Pedro estaba realmente arrepentido de lo que había hecho. Frente a los discípulos le preguntó a Pedro: “Simón, hijo de Jonás, ¿me amas más que a estos discípulos?” Pedro respondió en voz baja: “Sí, Señor, sabes que te amo”. Entonces Jesús le dijo: “Alimenta a mis corderos”.

Unos momentos después, Jesús volvió a preguntar: “Simón, hijo de Jonás, ¿me amas?” Pedro respondió: “Sí, Señor, sabes que te amo”. Jesús dijo: “Alimenta a mis ovejas”. Por tercera vez Jesús preguntó: “Simón, hijo de Jonás, ¿me amas?” Pedro se entristeció porque Jesús le preguntaba esto otra vez. Pensó que Jesús ya no confiaba en él. Pedro respondió en voz baja a Jesús: “Señor, tú lo

sabes todo. Sabes que te amo”. Nuevamente Jesús le ordenó a Pedro: “Alimenta a mis ovejas”.

Pedro había negado a Jesús tres veces delante de varias personas. Ahora, en presencia de los discípulos, Pedro había dicho tres veces que amaba a Jesús, y tres veces Jesús le había encargado la tarea de alimentar a sus corderos. Ahora, ninguno de los amigos de Pedro dudaba de que él estuviera arrepentido por lo que le había hecho a Jesús, y todos sabían que Jesús quería que Pedro fuera uno de sus ministros. Pedro sabía que Jesús lo había perdonado completamente, y después de esto fue una persona nueva. Llegó a ser un ministro maravilloso para el reino de Dios.

Entonces Jesús salió a caminar con Pedro y le habló a solas. Le dijo que él también terminaría crucificado por trabajar para él. Después de decir esto, Jesús invitó a Pedro: “Sígueme”. ¿Estaría Pedro dispuesto a seguir a Cristo incluso después de saber esto? Sí, Pedro estaba dispuesto. Vio lo precioso que era Jesús para él y ahora estaba realmente dispuesto a hacer cualquier cosa por él. Pero entonces Pedro se preguntó qué pasaría con Juan. “Señor, ¿y él?” Jesús respondió suavemente a Pedro: “Aunque él siga vivo hasta que yo venga, ¿eso importa? Todo lo que necesitas hacer es seguirme”. Cada discípulo necesitaba decidir si seguiría a Jesús y confiaría en que él haría lo mejor para él. Los discípulos no necesitaban mirar lo que estaba pasando con los demás discípulos; necesitaban mirar a Jesús y aprender de él.

Pedro entendió y aceptó lo que Jesús estaba diciendo. Decidió seguir a Jesús sin importar lo que le pasara, porque confiaba en que Jesús siempre haría lo mejor para él. Los demás discípulos tomaron la misma decisión. Ese día junto al mar todos volvieron a ser ministros de Jesús. Confiaron en que Jesús seguiría cuidándolos.

Jesús también se preocupa por nosotros. Nuestra comida y todo lo que tenemos proviene de él. También nos invita a trabajar para él, a compartir el evangelio con los demás. ¿Aceptarás su invitación?

73. Jesús regresa al cielo

"Porque nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos ardientemente al Salvador, el Señor Jesucristo."

Filipenses 3:20

Mateo 28:16-20; Lucas 24:50-53; Hechos 1:9-12 / DTG capítulos 86 y 87

Jesús había dicho a sus discípulos que los encontraría en una montaña en Galilea. Cuando llegó el momento de reunirse, había alrededor de 500 personas allí esperando ver a Jesús. Todos ellos eran discípulos, creyentes y seguidores de Jesús. Se reunieron en pequeños grupos para esperarlo y compartieron con entusiasmo todo lo que sabían sobre el Mesías resucitado.

De repente se les apareció Jesús. Habló con amor y explicó que había hecho todo lo necesario para que cada persona fuera salva. Habló sobre el reino de Dios e invitó a sus seguidores a compartir las buenas nuevas del evangelio con todo el mundo. "Comiencen en Jerusalén", instruyó Jesús, "luego vayan por todo el mundo". Prometió que estaría con ellos, a través de su Espíritu, para ayudarlos en esta obra. Prometió que les daría poder para enseñar acerca del reino de Dios y sanar a los enfermos, tal como lo había hecho. "Estaré con ustedes todos los días, hasta el fin del mundo", les prometió Jesús.

Después de esto, Jesús y sus once discípulos caminaron hacia el monte de los Olivos. Pasaron por la puerta de Jerusalén y mucha

gente los vio. Jesús y los discípulos hablaron mientras se dirigían a la montaña.

Cuando llegaron al monte, Jesús los miró con amor. Rayos de luz brillaron en su rostro y él los animó. Les dijo cuánto los amaba y que cuidaría de ellos. Extendió los brazos para bendecirlos y comenzó a subir lentamente al cielo. Los discípulos lo miraron todo el tiempo que pudieron y observaron cómo estaba cubierto por una nube brillante. Vieron un grupo brillante de ángeles recibir a Jesús y escucharon a los ángeles cantar una hermosa música.

Los discípulos todavía estaban mirando al cielo cuando se les acercaron dos ángeles. Con amor consolaron a los discípulos y les dijeron: “¿Por qué miran al cielo? Este mismo Jesús, que vieron subir al cielo, volverá de la misma manera que subió al cielo”. Los discípulos se consolaron. Extrañarían tener a Jesús con ellos, pero estaban gozosos sabiendo que su Espíritu estaría con ellos. Estaban emocionados de contarles a todos lo que habían visto y oído. Los discípulos regresaron a Jerusalén y comenzaron a compartir que Jesús había resucitado de entre los muertos y ahora había regresado al cielo, y que estaba preparando un lugar para ellos y regresaría para llevarlos al cielo. ¡Era la mejor noticia que jamás habían escuchado! Mucha gente se emocionó al escuchar lo que los discípulos tenían para compartir.

Mientras tanto, Jesús llegó a las puertas del cielo. Los ángeles que llevaron a Jesús al cielo se pararon junto a la puerta y cantaron con alegría:

Alzad, oh puertas, vuestras cabezas,

Y alzaos, puertas eternas,

Y entrará el rey de gloria.

Los ángeles al otro lado de la puerta estaban llenos de alegría mientras cantaban:

¿Quién es el rey de gloria?

Los ángeles sabían, por supuesto, quién era el Rey de gloria. ¡Pero querían cantarlo! Fuera de las puertas celestiales, los ángeles que vinieron con Jesús cantaron:

El Señor fuerte y poderoso.

¡El Señor poderoso en la batalla!

Alzad, oh puertas, vuestras cabezas,

Y alzaos, puertas eternas,

¡Y entrará el rey de gloria!

Los ángeles del interior volvieron a cantar,

¿Quién es el rey de gloria?

Y los ángeles fuera de la puerta cantaron lo que todos querían oír:

El Señor de los ejércitos,

¡Él es el rey de gloria!

Ahora las puertas del cielo se abrieron de par en par y los ángeles cantaron música bellísima cuando Jesús entró. Jesús no entró solo; estaban con él algunos ángeles, y también había traído al pueblo

que había resucitado de entre los muertos el mismo día en que él había resucitado.

Había un grupo bastante grande esperando a Jesús: estaban todos los ángeles del cielo, así como los líderes de otros mundos en los que nadie había pecado. Todos querían adorar y alabar a Jesús, pero Jesús les pidió que esperaran. Primero necesitaba ver a su Padre. El Hijo fue al Padre y le mostró las manos y los pies. También le mostró el pueblo que había resucitado de entre los muertos. ¿Aceptó el Padre lo que Jesús había hecho? ¿Jesús y todos estos resucitados podrían vivir en el cielo para siempre?

¡Sí, por supuesto que podrían! El Padre le aseguró a Jesús que había hecho más que suficiente para salvarnos. El Padre y el Hijo se abrazaron fuertemente y los ángeles los adoraron con alegría. ¡Jesús lo había hecho! Jesús había podido vivir una vida en la tierra sin pecar, y ahora prepararía un hermoso hogar para cada persona que quisiera estar en el cielo con él.

¡Qué maravillosa noticia! Jesús está en el cielo, preparando un hogar para ti y para mí. Y cada día, él nos ofrece su Espíritu para que aprendamos a ser amables y amorosos como él, y estemos listos para vivir en un lugar tan maravilloso. ¡Démosle gracias por ser tan amoroso con nosotros y compartamos esta maravillosa noticia con otros!

Índice temático

Hemos proporcionado este índice para ayudarle a consultar historias específicas. Los números se refieren a las historias (no a los números de página) del libro.

Alimentando a cinco mil 36	Elías 41, 48
Alimentando a los cuatro mil 39	Elizabet 1, 2
Ana 4	Emaús 71
Anás 67	Entrada triunfal 57
Andrés 11, 20, 36, 61	Espada, Pedro 66
Bartimeo 55	Felipe 11, 36, 61
Bautismo de Jesús 9	Fenicia, mujer 38
Bethesda, estanque 21	Gabriel, ángel 1, 2
Betsaida 40	Gallo 67
Burro 57	Getsemaní 65, 66
Caifás 67	Griegos 61
Caminando sobre el agua 37	Hermanos de Jesús 30, 45
Campo de cereales, comiendo 26	Herodes 5, 19, 68
Capernaum 17, 23, 25, 43, 44	Herodías 19
Cena última 64	Hidropesía 27
Centurión 28	Higuera marchita 59
Centurión en la crucifixión 69	Hombre parálítico, Betesda 21
Cerdos cayendo por el precipicio 32	Hombre parálítico, techo abierto 25
Ciego en Betsaida 40	Hombre sordomudo 39
Ciegos, dos 34	Jairo 33
Ciegos, dos amigos 55	José 2, 3, 4, 5, 7
Cielo, Jesús regresa 73	José de Arimatea 69
Cleofás 71	Joven rico 51
Crucifixión 69	Juan el Bautista 1, 8, 9, 18, 19
Cruz 69	Juan el discípulo 20, 33, 41, 43, 64, 66, 67, 69, 70, 72
David 26	Judas 56, 64, 66, 67
Decápolis 32, 39	La voz de Dios 9, 41, 61
Dinero en un pez 44	Ladrón en la cruz 69
Discípulos, Jesús llama a 11	

Lavado de pies 63
Lavado de pies 63
Lázaro 52, 53, 56
Legión 32
Leproso 24
Leprosos, diez 49
Madre de Jacobo y Juan 43
Mano marchita 27
María madre de Jesús 2, 3, 4, 7, 13, 30, 69
María Magdalena 52, 53, 56, 70
Marta 52, 53
Mayores en el reino de Dios 43
Mendigo ciego 47
Misioneros 35, 48
Moisés 41
Mujer atrapada en el pecado 46
Mujer doblada 27
Mujer enferma desde hace doce años 33
Mujeres llorando durante la crucifixión 69
Nacimiento de Jesús 3
Natanael 11
Nazaret 6, 22
Negación, Pedro 67
Nicodemo 15, 45, 69
Niño con cinco panes y dos peces 36
Niño, niños 43, 50
Noble 17
Padre de niño poseído por demonios 42
Pan, Pascua 64
Pascua, comida 63, 64
Pastores 3
Pesca, milagro 20, 72
Pescado 36, 39, 44
Pilato 68, 69
Poseído por demonios 23, 32, 34, 42
Preguntas capciosas 58
Procesión 57
Resurrección 70
Reyes Magos 5
Salomé 19
Samaritana, mujer 16
Samaritanos, 48
Santiago 20, 33, 41, 43, 66, 72
Señales, fin de los tiempos 62
Siervo, Jesús como 63
Siloé, estanque 47
Simeón 4
Simón el Cireneo 69
Simón el fariseo 56
Simón Pedro 11, 20, 23, 33, 37, 41, 44, 63, 66, 67, 70, 72
Suegra de Simón Pedro 23
Templo, limpieza 14, 58
Tomás 71
Tormenta 31
Transfiguración 41
Vino 13, 64
Viuda de Naín 29
Viuda, ofrenda 60
Zacarías 1, 2
Zacarías, profeta 57
Zaqueo 54

La Vida de JESUS

Los niños son uno de los regalos más preciados que Dios nos ha confiado. Es nuestra responsabilidad hablarles de Jesús, para que comprendan con claridad cuánto los ama su Padre celestial. Las verdades que entendemos que son clave para la experiencia del pueblo de Dios en estos últimos días deben ser explicadas con claridad y ternura.

Este libro tiene como objetivo presentar la vida de Jesús a la luz de estas verdades: el nuevo pacto, el carácter de Dios y la ciencia de la salvación. Es nuestra oración que este material ayude a nuestros hijos a tener una relación con Dios basada en conocerlo a través de su Hijo Jesucristo.

